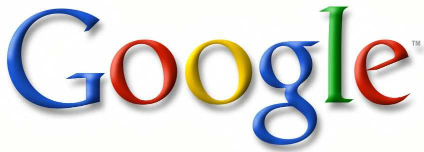
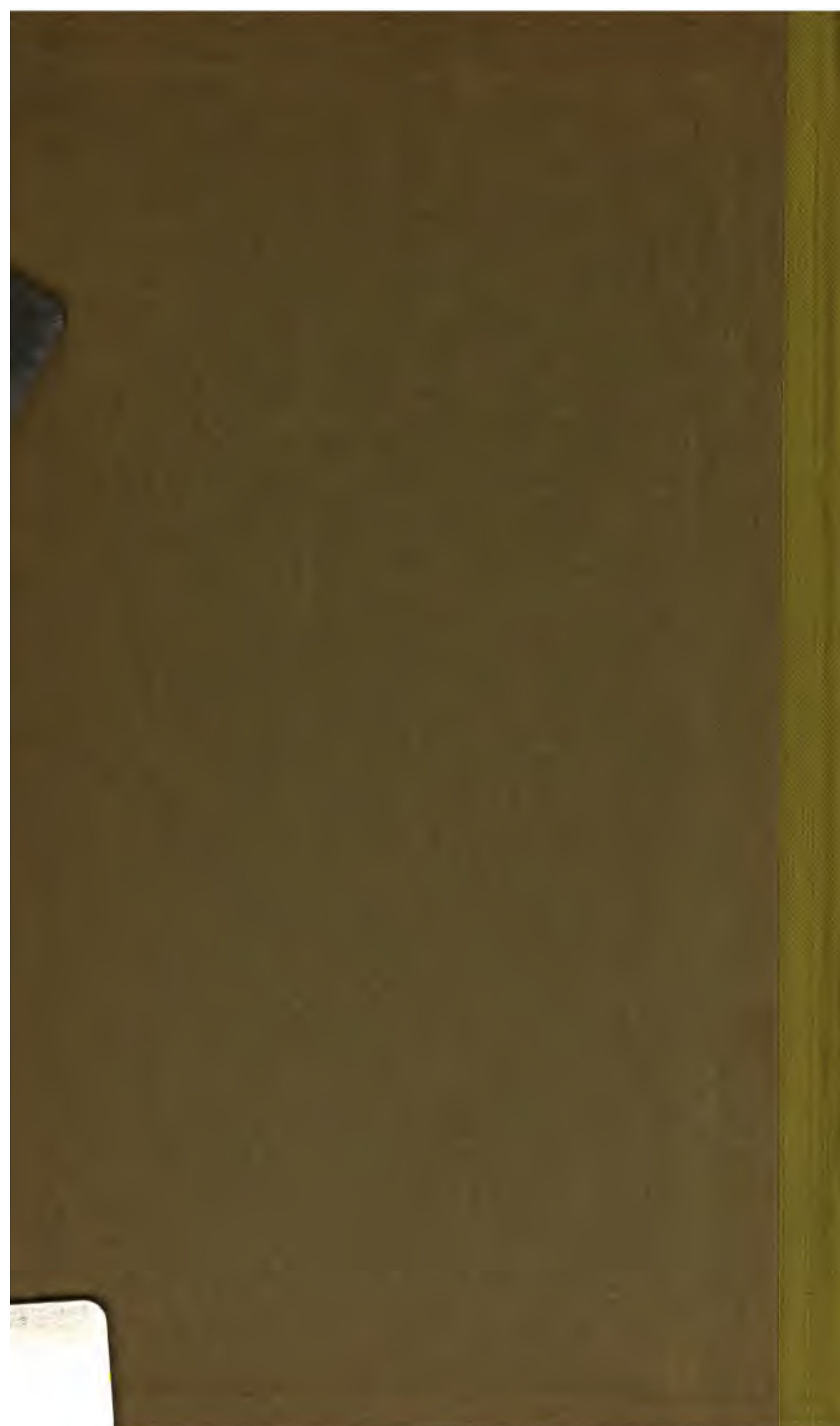
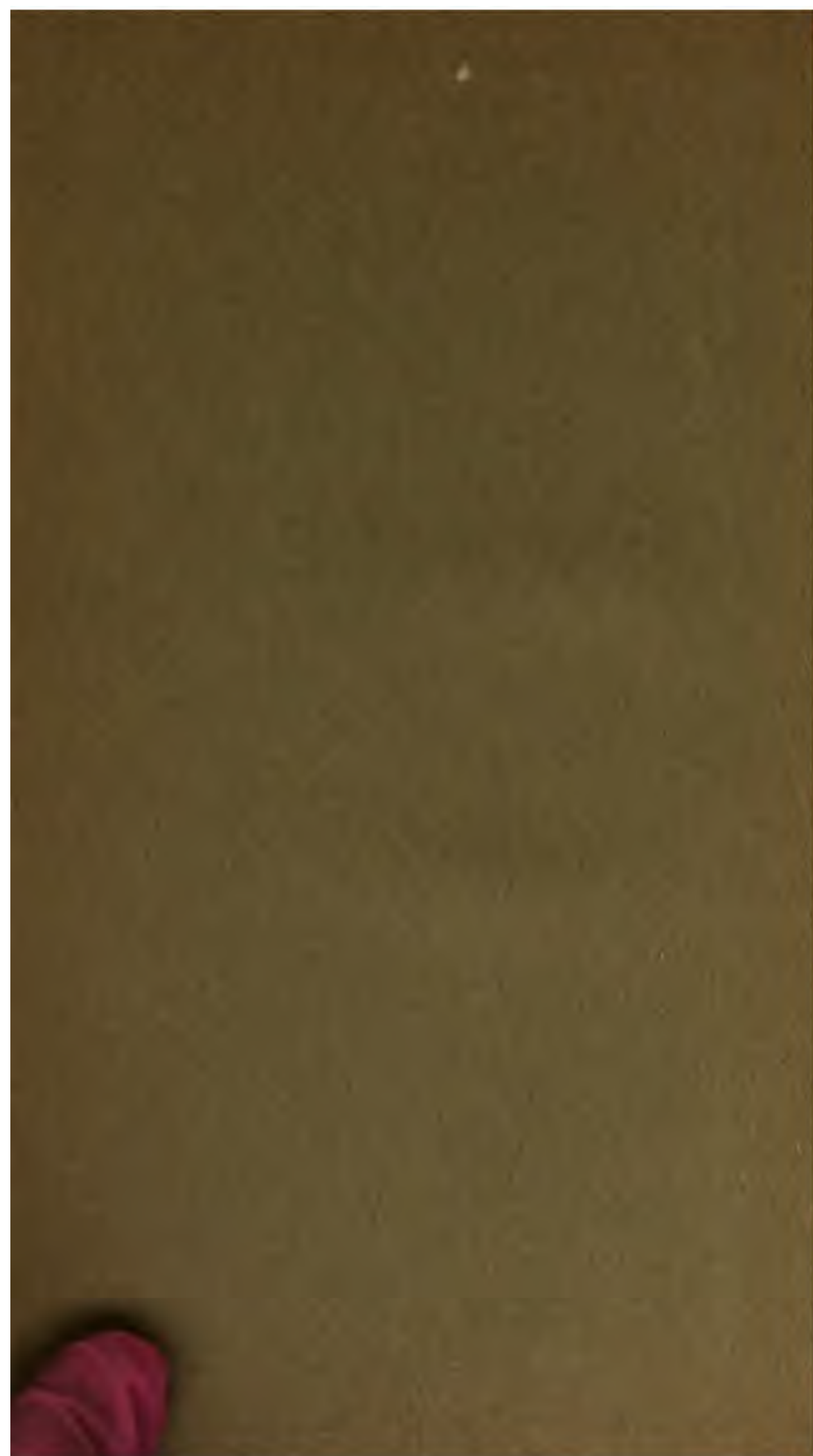



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585113 3







LETRA MENUDA.

LETRA MENUDA.

PROSA Y VERSOS

DE

MANUEL DEL PALACIO.

MADRID,
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVII.

Madrid, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
impresores de Cámara de S. M.
Duque de Osuna, 3.

PROSA.

Una enfermedad de la ostra produce la perla; una enfermedad de la imaginacion produce el poeta ; una enfermedad social produce el critico.

De todos estos enfermos, el poeta es el que tiene más probabilidades de mcrir en el Hospital.

LA PUERTA DEL SOL.

(Costumbres.)

En Madrid, donde más de una vez se cierran las puertas del trabajo al hombre laborioso; las de la caridad al mendigo, y las de la Academia al sabio, hay, sin embargo, una puerta que no se cierra nunca.

Esta puerta es la Puerta del Sol.

Sin duda los que la bautizaron comprendieron que el sol habia de entrar allí de todas maneras, y que sería un acto de incalificable grosería darle, como vulgarmente se dice, con la puerta en los hocicos; razon por la cual ni se cuidaron siquiera de ponerla el marco.

Y en verdad que si esa Puerta llegára á cerrarse algun dia, ¡qué cosas pasarian detras de esa Puerta!

No conozco la historia de la Puerta Otomana, ni sé hasta qué punto la llaman con justicia Sublime Puerta; pero de fijo no será ni más entretenida ni más curiosa que aquella cuyo bosquejo material conocen demasiado nuestros lectores, siendo, por tanto, este artículo el bosquejo de su fisonomía moral.

I.

Yo no me he creido completamente familiarizado con la vida de Madrid, ni digno de honrarme con el título de su vecino, hasta que he logrado el más vehemente de mis deseos; ver amanecer en la Puerta del Sol.

Habia visto la faz de la amarilla aurora asomar entre las brumas del Océano; la habia visto sonrosada y radiante desde las cumbres del Veleta; fresca y encantadora á las orillas del Turia y del Guadalquivir; pero esto no me parecia bastante, deseaba verla envuelta en los ropajes de cortesana y viniendo á sorprender el sueño de una gran ciudad, ni más ni ménos que la Diana mitológica cuando andaba buscando las vueltas á su Endimion.

Por eso fué un gran dia para mí aquel en que realicé tal deseo, en que despues he reincidido con una frecuencia que me permitiré llamar escandalosa.

Efectivamente, no hay nada comparable al aspecto que presenta la Puerta del Sol en las dos primeras horas de la mañana. El centinela de la casa de Correos se pasea tranquilamente de un lado á otro de la acera, como esas figuras que solian poner en los relojes antiguos y que eran en mi tiempo la desesperacion de los muchachos. Se oye á lo léjos el cencerreo de las burras de leche. Se improvisan varios cafés al aire libre, delante de los cuales se reune una sociedad escogida, compuesta en su mayor parte de barrenderos, jugadores trasnochados,

criadas que salen á la compra y esperan allí la hora de alguna cita; cesantes que rondan dia y noche las inmediaciones de los Ministerios, y caballeros de industria que madrugan para recibir el santo y seña.

A veces rompe la monotonía de estos grupos algun personaje desconocido vestido de gala y llevando todavía un guante en la mano izquierda; es un amante afortunado á quien el alba acaba de hacer un flaco servicio, ó un tertuliano de casa grande que no ha querido abandonar la *soirée* hasta que se ha agotado la última copa de Champagne, ó ha perdido el último duro al faraon. Los mozos de café que se ocupan en limpiar los muebles del establecimiento, procuran mancharle los pantalones con la regadera y el sombrero con el polvo, hecho lo cual encienden tranquilamente un cigarro y se disponen á servirle un refresco.

Cruzan de la calle de Carretas á la de la Montera, y del Arenal á la Carrera de San Jerónimo, algunas modistas que se dirigen á buen paso á los talleres. Casi todas van solas; así es que no se detienen á tomar nada. No falta nunca quien les eche un requiebro y les ofrezca su compañía; pero la modista odia por instinto la pobreza, y conoce demasiado la clase de propietarios que recorren á esas horas la poblacion.

Una diligencia seguida de otras várias desemboca por la calle de Alcalá con direccion al ferro-carril del Norte. No quisiera engañarme, pero en la berlina iba una mujer que lloraba. ¡Lo comprendo! ¡Es tan triste dejar acaso para siempre la Puerta del Sol!

II.

Son las diez de la mañana. La decoracion ha cambiado completamente.

La vida de las extremidades va á afluir hácia el centro.

Los Ministerios de Hacienda y de Gobernacion, semejantes á dos inmensas colmenas, reciben en su seno á toda clase de abejorros, vulgo empleados, excepto á los de mucho sueldo, que siempre van á la hora que les parece, cuando van.

Todos marchan con cierta inquietud, y penetran en el edificio con visible temor. No es extraño; la noche anterior se aseguraba que habia crísis. No la he experimentado aún, pero comprendo la sensacion que debe recibir el hombre que se levanta temprano y encuentra sobre el pupitre de su mesa el pasaporte para la calle.

La guardia de Palacio se aproxima tocando el can-can de los Dioses del Olimpo.

Principian á abrirse los balcones, en uno de los cuales distingo, en elegante *negligé*, una muchacha rubia como una espiga y flexible como una palma. La conozco; es una polaca que se ha propuesto arruinar á un noble ruso con quien viaja. El patriotismo de la mujer toma todas las formas imaginables.

Las parejas de vigilancia y los tomadores del dos ocupan los puntos que les han sido marcados por sus respectivos jefes. Puede decirse que ya no hay pañuelo seguro en el bolsillo del transeunte; pero en cambio tam-

poco hay ratero que tenga seguridad de serlo impunemente.

Las tiendas de modas y de alhajas empiezan á recibir visitas de damas elegantes, algunas de las cuales llegan en bonitos trenes de mañana.

Este es el momento que aprovechan muchas mujeres para comprar solas, ó acompañadas, el sombrero ó los pendientes que les negó su marido ayer.

Los bolsistas y los cobradores del Banco, reunidos en grandes pelotones discuten sobre el alza y baja de los fondos, ó preguntan noticias á todo el desgraciado que se les acerca. Yo creo que hay un gran error acerca de esta gente. Sé de muchos que se dirigen á ellos cuando se encuentran apurados, y hablan seriamente de negocios con el primero que ven con un saco al hombro, ni más ni ménos que si éste fuera un millonario disfrazado. Podrá ser verdad, pero yo me he figurado siempre que todo el que sale á la calle con un saco vacío es porque necesita llenarlo.

III.

Hace algunos años habitaba yo en compañía de un amigo, que constantemente á la hora de mediodia, cualquiera que fuese el estado de la atmósfera, y aunque para ello tuviera que abandonar una ocupacion grave, se vestia con cierta estudiada negligencia, encendia el mejor cigarro que encontraba en su petaca ó en la mia, y se lanzaba á la calle henchido de entusiasmo.

Yo solia decirle algunas veces:

—Pero, ¿qué diablos tienes tú que hacer á estas horas?

Mi amigo se sonreia, me daba dos palmaditas en el hombro con cierto aire de proteccion, porque en verdad yo no era tan listo ni tan viejo como él, y lanzándome una bocanada de humo, me dejaba siempre con la boca abierta, y rabiando materialmente de curiosidad.

En más de una ocasion me asaltó la idea de seguirle, acecharle, penetrar con él en todas partes como la sombra de su cuerpo, y arrebatarle así un secreto que me humillaba tanto más cuanto que nunca habia tenido secretos para mí.

Estas ideas debian reflejarse de tal modo en mi semblante y en mi proceder, que llegó un dia en que mi amigo me llamó aparte con toda formalidad, y me dijo con la mayor prudencia:

—Estás siendo muy injusto conmigo, y vas á convencerte por tus propios ojos dentro de un rato.

—¿Yo?

—Sí; vas á enterarte, como deseas, de mi ocupacion del mediodia.

—¡Ah! ¿No es más que eso? pregunté soltando la carcajada.

—¿De qué te ries? ¿Acaso sabes?...

—¡Todo, hijo mio, todo!

—¿Me has seguido entónces? Has hecho muy mal....

—No, no te he seguido, pero por una casualidad he representado ayer el papel que tu representas todos los dias; el de pirata callejero.

—¿Sí?

—Como lo oyes; pero he dejado ya la carrera y cedido el campo á mi rival, que eres tú.

—¡Hombre! cuéntame eso, que debe ser muy divertido.

—Ahora verás. Ya sabes que F., uno de mis amigos de Andalucía, se marchó anoche, y que para despedirnos me habia convidado ayer á almorzar en la Fonda Española, donde vivia. Salí, en efecto, de casa á las diez, y á mediodia, ya terminado el almuerzo, cruzaba á buen paso, aunque no muy seguro, pues habia bebido quizá demasiado, la extendida línea de la calle de Jacometrezo. En esto, veo salir de un portal, con el vestido recogido un poco, y enseñando un pié que hizo vacilar los mios, una mujer... ¡chico, qué mujer! Tú la conoces, y mejor que yo comprenderás el efecto que me produjo.....

—¡Infame! ¡Era Adelaida, de fijo! No hay otra en Madrid que llame la atencion á esas horas, ni otra que pueda enseñar, y que enseñe por lo tanto, un pié tan bonito.

—Sí, chico, sí, era ella; ella, á la que yo me acerqué en seguida con todo el atrevimiento que da una excelente digestion, y á lo que endosé una declaracion á quema ropa, capaz de conmover á la Cibéles que guarda la entrada del paseo de Recoletos.

—¿Y ella?

—Respira, mortal afortunado; has encontrado el fénix de las doncellas, la Juana de Arco de las modistas, la mujer fuerte de la Escritura, lo inverosímil, en una palabra; te quiere, te adora, me hizo tu retrato, que yo conocí en seguida, y si me permitió que la acompañára fué

porque yo, para decidirla, le ofrecí añadir algunos toques al original que ella guarda, segun asegūra, en su imaginacion.

—Bravo, amigo mio; eres digno de todo mi aprecio, y te convido á cenar esta noche con ella y conmigo; despues te daré algunas lecciones sobre el terreno, y no lo dudes, llegarás ántes de mucho á ser el *non plus ultra* de los piratas callejeros de Madrid.....

Desgraciadamente la prediccion de mi amigo no se cumplió, y todavía sigo mirando con envidia á esos seres dichosos que cruzan á mediodia la Puerta del Sol con sus parejas idolatradas, que las esperan á la salida del taller, que las llevan á cenar á los Campos Elíseos, y que encuentran en ellas muy á menudo lo que casi no se encuentra ya en ninguna parte; la fidelidad más completa, dentro de la independencia más absoluta.

IV.

El forastero que en un dia de fiesta atraviese la Puerta del Sol á las seis de la tarde, creerá sin duda que Madrid es una de las ciudades más populosas y más ricas del mundo. En efecto, nada es comparable á la animacion y el estrépito que se advierte á tales horas en este sitio, y que le dan un aspecto tan pintoresco como original. Caballos que galopan en todas direcciones; carruajes que impiden la comunicacion de una acera á otra; niñas que bajan á paseo con sus mamás al márgen y sus adoradores al dorso; desocupados que pululan alrededor de la fuente; todo confundido, todo revuelto, pero con

ese bello desórden que es por sí solo un efecto de arte, segun dice en no me acuerdo qué libro un autor, de que no me acuerdo tampoco.

A veces en medio del bullicio se deja oir la vibrante voz de unacorneta.

—¡La Reina! exclaman algunos paletos, y se aproximan y se estrechan para ver pasar la comitiva, retirándose despues muy alegres diciendo para sus adentros:

—¡Ya la he visto! Ya cuando vuelva á mi lugar no tendré nada que envidiar á la Alcaldesa, que tambien ha saludado á la Reina y ha asistido como yo á una sesion de Córtes.

Esta animacion y este tumulto no espiran, sin embargo con el dia. Las noches de Madrid tienen fama por lo borrascosas, pero en la Puerta del Sol lo son más que en ningun otro sitio. Se improvisan tertulias al aire libre, en torno de la fuente y de las farolas, en que los ciegos se encargan de la parte musical y cantable; y los cafés abiertos hasta las altas horas; los alegres grupos de gente del pueblo que se prepara con una broma para el trabajo del otro dia; los caballeros que llevan del brazo mujeres misteriosas que sólo se descubren en el Colmado ó en el Suizo; los perezosos que no hallan jamas hora conveniente para meterse en casa, y los desgraciados ó perdidos que no la tienen, charlan, pasean, gritan, murmuran en aquel recinto, estrecho siempre para los deseos de la muchedumbre.

No hace cuatro noches que á esas horas y en ese sitio tropecé con un antiguo amigo mio, á quien habia perdido de vista desde mis verdes años.

—¿Qué haces aquí? le dije.

—Lo de todas las noches; esperando que amanezca para lavarme en el pilon y marcharme de paseo al Retiro. Tengo allí una conquista.

Al dia siguiente supe que era verdad que tenía amores con una niña que pasea mucho por las mañanas, y que lleva pan á los patos, que mi amigo les ayuda á comer.

¿Qué sería de este desventurado si el dia de mañana se estableciera el derecho de puertas en la Puerta del Sol?

(1861.)

UN DIA DE AYUNO.

(Escenas de la vida literaria)

I.

Calientes todavía las cenizas del carnaval, asoma sobre los bordes de su tumba el triste y demacrado semblante de la cuaresma.

El carnaval es la época de los cólicos y de las mentiras; la cuaresma lo es de las privaciones y de las verdades. El sermon ha sucedido á la arenga; el sudario ha reemplazado al dominó, y los mismos que al dirigirse á la humanidad preguntaban con risa burlona: «¿Me conoces?» exclaman con dolorido acento, dirigiéndose al Rey de los reyes: «¡Te conozco!»

Para los que hacen de la vida un fatigoso viaje por el desierto, donde no se encuentra el oásis hasta el fin, la cuaresma es una cosa sencilla con puntos y ribetes de higiénica; para los que toman á juego lo presente y se entregan á las eventualidades del porvenir con la confianza de su misma impotencia, el carnaval es la suprema dicha y nada puede ofrecer mayores atractivos. Verdad es que los juegos son en muchas ocasiones un riquísimo

manantial de enseñanza, del que suelen aprovecharse los hombres serios.

¿No era jugando como hacía Newton sus experiencias sobre la luz y los colores, cuando lanzaba al aire con toda la fuerza de su aliento pequeñas burbujas de jabon?

¿No aprendia Franklin á nadar dejándose llevar por una cometa, ni más ni ménos que si fuera un granuja del Avapiés ó las Maravillas?

¿No ha sido y es todavía el columpio la más verdadera imágen de la vida, y sobre todo de la vida cortesana, hasta el punto de haber hecho decir á un poeta antiguo:

Ese que arriba contemplas,
Sueña hallarse sobre todos,
Y el balance del columpio
Le hace descender muy pronto.
Copia fiel de lo que pasa
En este mundo de abrojos,
Donde cuando uno se eleva
Es porque baja algun otro!

¿Qué tiene, pues, de extraño que haya quien se entregue con efusion á toda clase de juegos áun á riesgo de morir manteado, como el sobrino del Cardenal Mazarino, ó por jugar á la pelota, como Luis X *el Testarudo?*

Por mi parte confieso mi debilidad, sin ser gran partidario de los juegos veo siempre con terror la aproximacion de la cuaresma, por más que venga precedida de mi estacion más amada; de aquella primavera deliciosa que veinte siglos ántes de Jesucristo hacía ya exclamar á Horacio:

Jam solvitur acris, etc., etc.

Y ¿saben ustedes qué es lo que me aterra de la cuaresma? Pues bien, lo declararé sin rodeos: no es la obligacion del ayuno presente; es la memoria de los ayunos pasados.

Porque tal como ustedes me ven en la actualidad, panzudo y reluciente como los ídolos egipcios, yo he ayunado más de una vez, no precisamente por cumplir el precepto, sino por obedecer á la ley de la necesidad, la más imperiosa de todas. Yo, esclavo fiel de aquella máxima que nos ordena ganar el pan con el sudor de la frente, he sudado en algunas ocasiones, como sudan cuantos pretenden subir á una cucaña, donde por fin sube uno solo, y ese uno no he sido yo.

Un dia, sobre todo.....

II.

Era la cuaresma de 1855, y comenzaba á entrar en la noche la tarde fria y melancólica de un viérnes.

Yo no recuerdo si helaba en la calle, pero sí que habia helado mucho dentro de nuestra casa, sobre todo en la cocina, en cuyas hornillas era ya costumbre tradicional que tomáran el fresco los gatos.

Viviamos en compañía por aquella fecha, con la misma union en los cuerpos que continúa reinando en las almas, seis ó siete muchachos, arrebatados unos al hogar paterno por vicisitudes de fortuna, venidos otros á la Córte con la esperanza de conquistarse un nombre, dueño alguno ya de una reputacion que desgraciadamente no le habia producido más que gloria; todos alegres, to-

dos hermanos por el corazon y por la suerte, y nacidos todos ó criados bajo el mismo cielo; el que copian en sus corrientes Genil y Darro, y el que amenaza con sus picos Sierra Nevada.

De aquellos muchachos sólo uno ha bajado á la tumba recientemente, cuando el arte en que ya sobresalia le mostraba sus magníficos horizontes; en cuanto á los demas, los hay que honran en distinguidos puestos la Administracion y la Diplomacia; otros cultivan con fe y entusiasmo la Literatura y el periodismo, y alguno, lanzado á país extraño por los azares de la política, busca en las peripecias de nuevos viajes asunto para sus bellas producciones.

Aparte de estos cambios, todos son hoy lo que eran entónces, y hasta me atrevo á asegurar que todos recuerdan lo que pasó en aquella tarde fria y melancólica de un viérnes de Cuaresma de 1855, que comenzaba á entrar en la noche.

Y digo lo que pasó aquella tarde, porque me consta que nada habia pasado por la mañana, no solamente por nuestras imaginaciones, sino por nuestras bocas.

La dulce y serena voz de aquel á quién habia correspondido hacer de administrador durante la semana, nos lo anunció muy tempranito, murmurando á la cabecera de nuestros lechos:

—Señoritos, hoy no se come.

Nadie pensó en protestar de semejante medida; nadie recibió mal al mensajero de tan triste nueva: todos estrechamos su mano y gritamos á una voz:

—Está bien, chacho; pero cuéntanos un cuento. Y

entónces él, que era y es todavía un inimitable narrador, nos encantó durante media hora con su conversacion amena y chispeante y con sus anécdotas de varios colores.

Todos le escuchábamos sentados en las camas, alineadas en una sola habitacion como en un hospital, para no separarnos ni áun en el sueño, y en las que nada faltaba, empezando por la mesa de noche, que consistia en una silla desvencijada, con un sombrero viejo encima, al cual se le habia abierto á navaja una portezuela para meter la luz despues de apagarla.

Alguna vez, en medio de la narracion y turbando el silencio que por intervalos reinaba, se oia un fuerte campanillazo á la puerta. Ninguno se levantaba para abrir; nada esperábamos, nada podian traernos; el importuno era por fuerza un literato ó un *inglés*.

—Me parece que han llamado, solia decir alguno cuando insistia mucho el de la puerta.

—No es nadie, replicaba el narrador; es que están componiendo la campanilla.

Concluida la seccion de cuentos, llegó su turno á los planes que diariamente se discutian con el objeto de ganar algo.

Allí era donde habia que admirar la poderosa inventiva de cada uno. Quién proponia que nos pintáramos de negro y nos vendiéramos como esclavos; quién que abriéramos un despacho de versos, donde se escribieran por el precio más módico, cartas, epitafios, felicitaciones y sátiras; quién que nos tiráramos al Canal en detalle ó en junto; quién, por último, que abriéramos cáte-

dra de buen humor, no admitiéndose más que discípulas.

Pero para todo esto se necesitaba algun dinero, y nosotros no teniamos ni para el betun que pedia el esclavista, ni para el alquiler de la tienda, ni para la muestra del colegio. Lo único que no costaba nada era el Canal; pero estaba léjos, era malsano, y lo ménos que podiamos exigir era que nos llevåran en coche.

En estas y parecidas bromas pasó el dia de que vamos hablando; llegó la tarde, y lo mismo que se reparte á los náufragos una racion de carne salada, se nos repartieron tres cigarrillos por persona; yo recuerdo que dí los mios por un puro de á cuarto, quizás olvidado en casa por el aguador.

Cuando principió á anochecer no quedaban ya ni cigarros ni cuentos. Entónces nos consagramos un rato á la música. Recordamos en el piano las más sublimes melodías, sobre todo alemanas, que se acomodaban con la exaltacion de nuestros espíritus; cuestionamos largamente sobre si el coro de cazadores del *Freychutz* era ó no preferible al de la bendicion de los puñales de *Los Hugonotes*, y convinimos, por fin, en que en artes, como en todo, el corazon domina siempre la cabeza. Pero la lógica del hambre es terrible; lo mismo fué hablar del corazon que comenzar á dar voces el estómago.

—¿Qué hacemos? preguntaron por fin los más impacientes.

—Un solo recurso nos queda: apelar á los chicos de enfrente.

—Sí, sí, que se presenten los chicos, exclamamos todos con efusion.

Abrióse entónces la ventana, y una voz estentorea gritó en medio de la oscuridad:

—¡Pilátos!

Pocos instantes despues el aire trajo á nuestros oidos este otro grito:

—¡Viva!

—No cabia duda; los chicos estaban en casa y se disponian á venir en nuestro auxilio.

III.

Antes de presentarse en escena los chicos de enfrente, necesitamos decir acerca de ellos dos palabras.

Los chicos de enfrente y nosotros éramos, en realidad, una sola familia; pero estábamos divididos por una calle. Frente por frente de nuestro sotabanco tenian ellos el suyo; aparte de esto, no habia entre ellos y nosotros ni tuyo ni mio.. Cuando ellos se asomaban á su ventana y veian las nuestras cerradas y silenciosas, decian para sus adentros: ¡si no habrán comido! Cuando nosotros á las altas horas de la noche nos asomábamos y veiamos luces en su cuarto, exclamábamos alegremente: ¡mañana comen!

Los chicos de enfrente viven aún (1), y España los ha colocado en la lista de sus primeros autores dramáticos; nosotros les hémos seguido con anhelo fraternal en

(1) Vivian cuando se escribió este artículo: de entónces acá, la muerte, á cuyos ojos son acaso un crímen el talento y la juventud, arrebató de entre nosotros á nuestro inolvidable Luis Eguilaz. ¡Descanse en paz!

su gloriosa carrera, y su amistad continúa siendo uno de nuestros más preciados tesoros.

El grito á que ellos habian contestado era la señal convenida para llamarnos mutuamente. Un ¡viva Pilátos! bastaba para ponernos en inmediata comunicacion, cualquiera que fuese la hora y el motivo, sin respeto á los vecinos ni á los transeuntes, pues en el sitio que habitábamos puede decirse que nuestra atmósfera se hallaba sobre el mundo visible.

No habrian trascurrido diez minutos desde que sonó la señal, cuando los chicos de enfrente se presentaron en nuestra habitacion. Acompañando á los chicos venian otros dos ó tres tambien del círculo, pero que no vivian en la comunidad.

—¿Qué quereis? nos preguntaron todos con interes.

—¡Comer! replicamos con admirable laconismo.

—¡Imposible! volvieron ellos á decir.

Fácil es de comprender la explicacion que siguió á estas palabras, explicacion que, aunque parezca inverosímil, casi nos llenó de alegría, porque los chicos de enfrente no habian comido tampoco.

Serian entónces las nueve de la noche. Una lluvia lenta y monótona, que se congelaba al llegar á la tierra, habia alejado á la gente de las calles, desiertas y sombrías; el frio era intenso; de los doce que estábamos reunidos, apénas tres teniamos capa.

Uno de los chicos de enfrente llamaba despues á este dia *el último dia de Pompeya.*

—¡Esto no debe seguir así! exclamó de repente el

más arrojado de la cuadrilla. Si no hay otros auxilios, que nos traigan los espirituales.

—¡Yo no puedo más! murmuró un segundo por lo bajo.

—¡Ni yo ménos! dijo otro.

—Pero ¿no hay nadie en Madrid que tenga dinero? grité yo.

—¡Sí! me contestaron tres á un tiempo: se asegura que lo tiene Sevillano.

—Señores, interrumpió uno de los de fuera, yo no sé si me atreva, pero traigo unos cuartos en el bolsillo.

—¡A verlos! exclamamos en coro.

Los tenía, en efecto. Sumaban, entre todos, veintidos. Al ver este ejemplo, otro del círculo se animó. Llevaba seis cuartos, que necesitaba para franquear una carta. La carta fué sin sello. Muchos meses más tarde, alguno de los que tuvieron la culpa echó por el buzon del correo un sello suelto, en compensacion de aquél. Dios le ha recompensado con usura tal sacrificio.

Una vez dueños de veintiocho cuartos, el voto general fué lanzarse á la calle y devorarlos en silencio, como si se devorára una afrenta. Arropóse cada cual lo mejor que pudo, y agarrados unos á otros, quizá porque ninguno tenía seguridad de sostenerse por sí solo, salimos en direccion del Café Suizo.

Era aquella la época más brillante de este café: no habia muerto todavía Mattosi, dando ocasion á que un amigo mio dijera que era preciso variar la muestra del establecimiento, sustituyendo la que existe con la de *Muriosi Fanconi y Compañía;* reuníase allí lo más selec-

to de la literatura, lo más florido de la juventud y lo más elegante de la milicia, tres instituciones de las cuales sólo la primera ha sobrevivido; y las artes, el comercio y la industria se daban allí en espectáculo á todas horas.

Cuando nosotros llegamos al Suizo, calados y tiritando como es de suponer, el café parecia un hormiguero de gente; miramos al traves de los cristales, y allí estaban á pares nuestros amigos, y á docenas nuestros admiradores; el más insignificante de ellos hubiera podido hacer en aquel momento nuestra felicidad; pero todos permanecimos clavados en la puerta: luégo, y como impulsados por el mismo pensamiento, doblamos á la derecha y seguimos por la calle de Alcalá.

En el cielo de nuestras ilusiones no se vislumbraba más porvenir que los veintiocho cuartos.

Hízose, por lo tanto, entrega de ellos á uno de los más caracterizados de la reunion, y éste, acompañado de otro, que fuí yo, tomó á su cargo la difícil empresa de dar de comer á doce hombres con aquella suma.

Para lograrlo penetramos en una tienda de comestibles que existe aún casi á la esquina de la calle de Cedaceros, y con acento tranquilo, al parecer, pedimos al tendero nos diera hasta veintiocho cuartos de pan y queso, advirtiéndole que fuera barato y abundante, pues no éramos solos. El hombre nos contempló un instante, y (no sin emocion consigno este dato) al vernos, y al ver tambien en la calle el grupo de famélicos que alargaban el cuello como los buitres al olor de la presa, se contentó con decirnos que el queso valia á cuatro reales la libra,

y nos dió, sin pesarlo, un trozo que de seguro tenía dos, acompañado de seis ú ocho roscas.

Momentos despues, sentados los doce en el pilon de la fuente de Neptuno, rompiendo para beber agua los carámbanos de hielo, y entre bríndis y discursos tan sentidos como inspirados, saboreábamos con incomparable placer aquella comida, más deliciosa que muchos banquetes, y más animada que algunas orgías.

Desde aquel dia hasta el presente han pasado más de doce años; alguno de los que tomaron parte en el festin ha disfrutado quince mil duros de sueldo; el más pobre de todos puede dar de limosna, á cualquier hora, el pan y el queso que le tocaron en suerte aquella noche; y sin embargo, más de una vez han suspirado de alegría al recordar los sueños de entónces y compararlos con las realidades de ahora. ¿ Será necesario decir por qué? Tanto valdria preguntar al niño por qué prefiere el cristal al diamante y la mariposa al condor.

¡ Misterios incomprensibles de la edad!

En cuanto á mí, lo he dicho ya, y lo repetiré una y otra vez; miro con terror la aproximacion de la Cuaresma, acaso porque es el precepto y no la necesidad lo que me obliga al ayuno, y acaso tambien porque desde que como todos los dias, voy perdiendo la fortaleza del estómago.

(1867.)

ECLIPSES SOCIALES.

Tuve yo un amigo en mis buenos tiempos (porque han de saber ustedes que los he tenido mejores), el cual dió en la manía de creer que las afecciones del alma eran ni más ni ménos que afecciones astronómicas; las fiestas movibles, todas las que son indispensable acompañamiento de la amistad y del amor, y las únicas épocas célebres, aquellas en que uno deja de ir á la escuela, estrena el primer sombrero de copa y entra por primera vez en el gremio de los casados ó en la cárcel del Saladero.

Pero lo que constituia la base principal de lo que pudiera llamarse su sistema planetario, era la explicacion que daba á los eclipses, acomodándolos á todos los accidentes de la vida, y creando, por decirlo así, para su exclusivo uso, un sol y una luna, de los que se servia como el criado se sirve de la ropa del señorito, ó el empleado público del papel y las plumas de la oficina.

Dos ó tres años hace que, despues de tanto estudiar los eclipses, tocóle á mi amigo el turno de eclipsarse tambien, y de los escasos bienes que dejó en herencia y que

repartió entre las pocas personas que estimaba, vino á mi poder una pequeña esfera armilar compuesta por él mismo, y que era, al propio tiempo que una prueba de su ignorancia en cuestiones científicas, una demostracion irrecusable de su competencia en las cosas del mundo.

Aquella esfera no tenía marcados los distintos países del globo; pero en su lugar, y como representándoles, se veia una palabra encerrada dentro del límite de aquéllos, señalada á su vez, tan pronto por una cadena, y no de montañas, como por un hilo de seda ó un ronzal de esparto.

Un buen geógrafo hubiera reconocido, sin embargo, á primera vista los diversos territorios, tan sólo fijándose en la palabra simbólica, y hubiera puesto España en el sitio de la pereza; Inglaterra, en el del egoismo; Turquía, en el de la ignorancia; Prusia, en el de la ambicion; Italia, en el del orgullo; Francia, en el de la gula, y América en el de la avaricia.

Este detalle bastará para dar una idea del carácter de mi amigo, que por lo demas era un excelente sujeto, capaz de haber prestado dinero sin interes si lo hubiera tenido, ó de haberse sacrificado por el bien del país si al país se le ocurriera acordarse de esta clase de entes.

La esfera en cuestion estaba, al llegar á mis manos, envuelta en algunos pliegos de papel, que formaban sin duda parte de alguna obra en proyecto sobre los eclipses sociales, pues restaurando algunos pedazos rotos y descifrando algun párrafo ininteligible, pude al cabo de pocas horas sacar en limpio lo siguiente:

ECLIPSE PARCIAL.

Doña Ramona habia cumplido los cuarenta años.

A Luis le habia cumplido hacía cuarenta dias un pagaré.

Compadezcamos á doña Ramona, pero compadezcamos un poco más á Luis.

Aquel pagaré fué recogido de manos del usurero por doña Ramona.

Y cuando pasados algunos dias fué Luis en persona á darle las gracias; él, jóven de veintitres años, se sintió cautivo de aquella amabilidad, de aquella ternura, y fué desde entónces el tertuliano más asiduo de doña Ramona.

Cuenta una leyenda oriental, que un árabe, despues de olfatear un pedazo de tierra, le preguntó, encantado de su aroma, si era ámbar.

—No soy ámbar, le respondió la tierra; pero he vivido mucho tiempo con la rosa.

Del mismo modo hay en nuestra sociedad muchos seres á quienes se podria preguntar despues de olfatearlos:

—¿Sois cadáveres?

Y ellos, si tuvieran vergüenza, responderian:

—No somos cadáveres, pero hemos vivido mucho tiempo entre viejas.

Esta fué, en resúmen, la historia de Luis. Dueño ya del cariño de doña Ramona, no tardó en hacerse dueño

de sus intereses. Coche, caballos, butaca en la Opera, nada le faltaba. Pero en cambio le sobraba una cosa, le sobraba doña Ramona.

Esto pasaba hace ocho dias. Hoy se ha anunciado en el *Diario* una almoneda. Doña Ramona vende sus lujosos muebles para comer. Luis ha desaparecido, embarcándose, segun se cree, para América.

Compadezcamos á doña Ramona, pero compadezcamos tambien á Luis.

Le acompaña una bailarina francesa, que á él le ha parecido jóven, y que no lo es en el arte de desplumar incautos.

Este eclipse parcial sólo ha sido visible en una limitada zona.

Principió en la Bolsa hace dos semanas, y terminará, probablemente, en el hospital ó en el presidio.

ECLIPSE TOTAL.

¡Qué buen muchacho era Isidoro cuando llegó á Madrid!

Gusto daba verle por la mañanita barrer el portalillo de la calle del Cármen, donde se fabricaron los primeros bastones con chuzo y los primeros abanicos con el retrato de Montes.

Las gentes de la vecindad se hacian lenguas de su comportamiento y buen modo; los horteras, sus compañeros, casi se avergonzaban de tutearle, y hasta llegó un dia en que no dudó nadie de que fuera él mismo á

devolver á una señora una moneda de cuatro duros que habia recibido en vez de una peseta.

¡Oh instabilidad de las cosas humanas! ¡Oh inflexible ley de los eclipses!

Isidoro fué creciendo, y la tienda creció con él; era ya un almacen respetable de blondas y sedas, de juguetes y de bisutería.

Nunca habia estado tan bien surtido como aquel dia en que su propietario, que apénas le visitaba, le vió en una noche ser devorado por las llamas.

—¡Ay, mamá, qué noche aquella! decia Isidoro en la carta que escribió á Galicia dando cuenta á sus padres de la catástrofe.

Efectivamente, ¡qué noche aquella..... para Isidoro! El dueño de la tienda se arruinó, y el pobre mancebo se vió en el triste caso de tener que establecerse por su cuenta. Y ¡cosa extraña! los parroquianos antiguos de la casa decian que en la tienda nueva se vendian los mismos objetos que en la antigua y á precios más baratos.

Cuatro años despues, Isidoro dejó de ser comerciante y se hizo banquero. Todo Madrid se despepitaba por asistir á sus reuniones, por ser invitado á sus banquetes, por tomar parte en sus empresas. Por este tiempo ya gastaba coche blasonado y habia hecho feliz, dándole su nombre, á una tronada ilustre, cuyos antepasados llevaban la cola á doña Urraca. Diez y seis eran los cuarteles de su escudo. Él añadió sus veinte, y nada tan pintoresco como aquella profusion de barras y roeles; lobos pasantes y ballestas en palo; águilas que sacaban la cabeza

por las almenas de una torre, y cabezas de moro que se tenian, como por milagro, en el aire.

Sólo faltaba á este escudo una divisa; pero hubo un chusco que se la aplicó, diciendo que pensaba colocar sobre el casco una salamandra con este mote: *Salí del fuego.*

Así ha vivido Isidoro más de diez años. Su última obra fué la creacion de aquella magnífica sociedad de seguros que garantizaba á los asociados casa y carruaje por toda la vida.

Las últimas noticias que de él se han recibido no pueden ser más satisfactorias. Hoy tiene más dinero que nunca. ¡Como que se ha llevado el de la Sociedad! Pero al ménos se ha portado bien con su familia. Manda á Galicia cinco duros mensuales y tiene á su lado su mujer y sus hijos.

Con él están tambien los restos de mi pobre fortuna. Yo aspiraba al coche de paseo, y hoy ni áun tengo seguridad del carro fúnebre.

El eclipse de Isidoro ha sido el más total que yo recuerdo: tan total, que el primer contacto de la sombra con la luz se verificará, si acaso, en el limbo.

Aquí terminaba el manuscrito de mi amigo, del cual supongo no he llegado á conocer la mejor parte.

Dejo, por tanto, á la consideracion de los curiosos

averiguar si la materia se presta ó no á la observacion y al estudio, y me eclipso tambien más que á paso,

sicut nubes, cuasi naves, velut umbra

como ha dicho hace tiempo Job, á quien imito en esto, sintiendo no poder imitarlo en algo más.

(1866.)

LAS INICIALES.

Más de una vez, al contemplar, bien en los botones de una elegante librea, bien sobre el frontispicio de entrada de un aristocrático palacio, bien á la portezuela de un blasonado carruaje, una, dos ó tres iniciales simbolizando el nombre ó el título de su dueño, se me ha ocurrido lo que podria resultar de la interpretacion de esas iniciales por uno que no tuviera idea de lo que significaban y las empleára con relacion al carácter ó la historia de ciertos y determinados personajes.

Aplicando este sistema á las fórmulas usadas en el lenguaje epistolar, es como varios amigos descubrimos, hace tiempo, que las cuatro letras que habrán ustedes visto en muchas esquelas de muerto Q. S. G. H. querian decir: *Que Salió Ganando Horas;* que el Q. B. S. M. que anteponen á la firma los altos funcionarios, debe traducirse *Que Buen Sueldo Mama*, y que el B. S. P. final obligado de todas las cartas amorosas, equivale á *Buscar Sus Patacones*, cuando se trata de una vieja, y

Bailar Sobre Puñales, cuando la aludida es una jóven hermosa y pobre por añadidura.

Sobre todo, donde yo he hecho curiosas observaciones de este género, ha sido en los paseos y en los besamanos, cuando los trenes van en hilera ó desfilando uno por uno.

Apénas hay inicial que no se preste á un epigrama; que no signifique, al aplicarla á la vida real, algo cómico, cuando no terrible; que no condense en su misterioso laconismo una historia de la más alta importancia, ó dibuje un retrato tan perfecto como la misma fotografía.

Sin tratar de profundizar esta cuestion, peligrosa como todas las que se rozan con la vida íntima, vamos á presentar un pequeño cuadro de estas observaciones, limitándonos á las que son absolutamente inofensivas y se refieren al corto número de escritores y periodistas que pasean por Madrid en carruaje.

Ustedes habrán visto, de seguro, una berlina que pertenece al Director de *La Correspondencia*, y que tiene las iniciales M. M. S. Pues bien; esas iniciales no quieren decir Manuel Maria Santana, sino *Madrid Me Sostiene.*

Enrique Perez Escrich, uno de nuestros más fecundos y populares novelistas, suele ir á su casa de campo, situada en un pueblo cerca de Madrid, en un modesto birlocho, adquirido, como lo indican sus propias iniciales E. P. E. *Escribiendo Por Entregas.*

Cárlos Frontaura, el discreto y festivo propietario de *El Cascabel*, posee tambien un carruaje que con las iniciales C. F. va diciendo por todas partes: *Cascabel Fuí.*

Manuel Fernandez y Gonzalez, el príncipe de nuestros literatos, que cultiva con igual exuberancia de ima-

ginacion la poesía, el teatro y la novela, parece que ha querido escribir su biografía literaria en la portezuela del coche, con estas tres letras: M. F. G. Todos los que conocen sus obras las traducen así: *Mentiras Fabrica Grandes.*

Eduardo Asquerino dejó hace poco de tener coche propio, sin que nadie llegára á creer que lo tenía. Y es natural; todos los que se fijaban en la E. A. leian como de corrido: *Es Alquilado.*

Hay algunas iniciales que á primera vista se creerian hijas de un excesivo orgullo si el nombre que simbolizan no las sirviera de disculpa. Tales son, por ejemplo, las de Breton de los Herreros, que con su M. B. H., nos está recordando contínuamente: *Mucho Bueno Hice.*

Hay otras que revelan una particularidad del carácter de un individuo haciendo de ella casi un sistema; en este caso se encuentra Gutierrez de Alba que lleva su aficion á la crítica hasta haber puesto en su *victoria* este que casi parece un cartel de desafío: J. M. G. A.: *Jamas Me Gustó Aplaudir.*

Cuando mi amigo Ramon Correa puso coche, se empeñó en que el coche no habia de tener iniciales. Muchos creyeron que este empeño era una tontería, pero yo comprendí desde el primer momento la causa. Sin duda temió que al escribir en las portezuelas R. C. iba á leer todo el mundo: *Rara Casualidad.*

Si yo me hallára alguna vez en su caso, que no lo espero, no vacilaria en imitarle, porque de fijo mi M. P. no tendria más explicacion que *Milagro Patente.*

De buena gana seguiria interpretando iniciales, ha-

ciendo para ello una excursion entre la gente de dinero y la de buen tono; pero esto podria tener graves inconvenientes, y el más grave para mí sería el de que nadie quisiera llevarme en coche, cosa que hoy sucede á menudo, á pesar de cuanto digan las iniciales.

(1867.)

VIAJE AL REDEDOR DE UNA NEGRA.

Se llamaba Inocencia.

Yo me habia representado siempre á la inocencia blanca y pudorosa, coronada de flores, y alegre como los primeros dias de la juventud.

La Inocencia que tenía delante era negra retinta, con esa fria tersura del mármol, á cuyo contacto se siente algo parecido á una descarga eléctrica, y con esa belleza de formas que hace de las mujeres de su raza una especie de Vénus oxidadas.

Por lo demas, nada tan gallardo como Inocencia cuando se presentaba los domingos á la puerta del cuartel, arrastrando la enorme cola de su vestido de percal, que dibujaba admirablemente los contornos de su espalda medio desnuda, y cuando al oir los primeros acordes del tiple ó del atambor que preludiaban una bomba, se lanzaba en medio del círculo retorciéndose como una serpiente, y lanzando de tiempo en tiempo lastimeros aullidos.

Porque Inocencia, aunque nacida entre los manglares

de Puerto Rico, era africana de corazon y de sangre; su madre habia sido arrancada de la costa de Zanzíbar y traida en union de algunos centenares de esclavos por un negrero que logró á duras penas echar en tierra las dos terceras partes de su cargamento, despues de haber arrojado otra tercera á las profundidades del mar Caribe; y fruto de una pasion tan ardiente como desventurada, habia Inocencia venido al mundo para vivir tambien en la esclavitud; ella, que por su hermosura parecia la soberana de un cuento oriental, ó el genio protector de los alcázares de la noche.

Fuerza es confesar, sin embargo, que Inocencia no se quejaba de su situacion; ántes al contrario, cualquiera hubiera creido que estaba muy satisfecha de ella.

Una tarde habia yo colgado mi hamaca bajo la sombra de una ceiba, y me balanceaba tranquilamente, en tanto que los últimos rayos del sol se desvanecian en el mar, cuando por un sendero del bosque vi aparecer á Inocencia con un cántaro de agua que venía de tomar sin duda de un manantial vecino.

—¡Oiga, niño Manuel! exclamó al verme, con una satisfaccion conquistada por mí á fuerza de propinas. No se duerma en ese sitio que está rodeado de manzanillos.

—¡Ah, Selika! murmuré yo por lo bajo.

—¿Su mercé quiere agua? continuó despues de un momento.

—Sí, morena; pero no quiero beber en el cántaro; acércame mi jipijapa.

Dejó entónces el cántaro en tierra, y tomando mi

sombrero que estaba colgado en una rama, llenó de líquido sus anchurosas alas, y arqueándolas en forma de caño, aplicó á mis labios un extremo.

—¿El niño quiere algo más? me preguntó en seguida disponiéndose á continuar su viaje á la hacienda.

—Yo, nada; y tú, Inocencia ¿quieres algo?

—Si su mercé me diera un medio...

Me incorporé en la hamaca, saqué del bolsillo una peseta de cinco reales que era el doble de lo que me pedia, y se la di. Ella tomó la moneda, apretó mi mano con la suya y suspiró.

—¡Niño bueno! la oí balbucear débilmente.

Habria andado ya algunos pasos, cuando un impulso, no sé si de hombre ó de filántropo, arrancó de mis labios este grito:

—¡Inocencia!

La negra giró sobre sus desnudos piés con la velocidad de un resorte.

—¿Qué manda su mercé? exclamó.

—¿Amas la libertad? la dije.

—¡La libertad! ¿Y qué es eso? añadió con amargura.

Y volvió á tomar lentamente su camino.

Cuando ya de noche regresé yo á la hacienda, seguramente sabian ya todos lo ocurrido, pues no habia blanco que no se burlára de mí, ni negra que no me pidiera un medio.

Poco tiempo despues, una tarde tambien, leia yo no sé que libro, sentado en una galería corrida que daba al campo.

De pronto sentí debajo de mis piés un ruido como el de un trueno lejano, y árboles, muros, edificios comenzaron á rechinar y á bambolearse. La tierra se movia tambien ondulando, y la oscilacion era tan sensible que yo, que me habia levantado al sentir el ruido, no pude andar, y me vi obligado á asirme con ambas manos á la balaustrada del balcon.

En esto veo salir del soportal que formaba la galería una negra medio desnuda, trémula, casi loca, que quiere correr hácia el campo, y que al volverse á contemplar la casa de que huia, y al mirarme solo en el balcon, extiende los brazos hácia mí, alza los ojos al cielo, da un grito y cae en tierra como herida del rayo.

Habia ya pasado el terremoto, y la gente corria en todas direcciones. Hice trasportar á Inocencia, desmayada aún, á una sala baja, donde habia un catre, y yo mismo la dí á aspirar un pañuelo empapado en vinagre. Cuando volvió en sí, estábamos solos. Abrió sus grandes ojos dulcemente, me miró con inefable ternura, y ántes que yo pudiera evitarlo me besó la mano.

Yo me incliné entónces hácia ella, y entónces fué cuando en una mesa que habia en el mismo cuarto escribí el soneto siguiente, que figura en mi coleccion, y que no todos han encontrado inteligible.

Á UNA NEGRA.

Ya el matiz del rubor me causa enojos
De hipócrita virtud mentido sello;
Ya no me encantan el nevado cuello,
La tez de rosa y los azules ojos.

Placen de mi capricho á los antojos
De bronce y mármol el conjunto bello,
Ondas del mar copiadas en cabello,
Labios de fuego trémulos y rojos.
¡Vén hácia mí, mujer! Con dulces lazos
Bajo un bosque de palmas y laureles
Mi corazon te entregaré á pedazos;
Vén, y tus gracias tímida no veles,
Quiero estrecharte en mis amantes brazos...
Pero ¡ay, alma del alma, qué mal hueles!

—¿Qué ha sido de Inocencia? me preguntará algun curioso.

Continúa en Puerto-Rico, tan negra y tan hermosa como siempre; pocos dias ántes de perderla de vista me enteré de por qué no amaba la libertad; lo que ella amaba era un negro bozal que trabajaba de carpintero en la hacienda, y con el cual se ha puesto de acuerdo, sin duda para mayor gloria y fomento de la esclavitud.

¡Dios les dé numerosa prole, y me libre á mí de mujeres negras y de ingratitudes más negras todavía!

(1868.)

RECUERDOS DE ROMA.

La celda del Tasso en San Onofre.

De cuantos genios ha producido la Italia en los pasados siglos, ninguno es para mí tan simpático como el Tasso. Sin la profundidad de Dante, sin la dulzura de Petrarca, sin la riqueza de imaginacion de Ariosto, hay en él al mismo tiempo tanta imaginacion, dulzura tanta y tan grande profundidad, que leyendo su admirable poema, y áun en la creencia casi general de que no es otra cosa que una imitacion de la *Iliada*, llega uno á convencerse bien pronto que más de una vez ha pintado Tasso lo que Homero no habia hecho más que dibujar.

Pero así y todo, no es el talento del poeta lo que á mí me seduce ó me conmueve; es la existencia azarosa del hombre; la cadena no interrumpida de sus desgracias; la historia tierna de sus amores, y más que nada, su cristiana resignacion.

Perseguido desde la edad de ocho años, sin patria, sin bienes, sin familia; calumniado más tarde por los enemigos que su talento le creára; elogiado negligentemente por los que se decian sus amigos, sufrió el destierro,

la prision, la más extremada pobreza, el hambre misma, y de todas estas pruebas salió siempre triunfante, sin que en su corazon arraigára jamas el ódio.

Tales razones y la no ménos poderosa de la curiosidad que inspiran los sitios consagrados por el recuerdo y la tradicion, me llevaron una tarde á visitar en Roma el convento de San Onofre, lugar que escogió el Tasso para su retiro, y en el cual murió precisamente el dia ántes del señalado para su coronacion, «como si la fortuna hubiera querido engañarle hasta el último momento.»

Formóse, pues, una alegre caravana de amigos, y paso á paso tomamos á pechos las empinadas calles del Trastevere, que debian conducirnos al fin de nuestra peregrinacion. Aunque españoles todos, y algunos llegados no hacía mucho tiempo, todos conociamos á Roma de memoria y la habiamos estudiado en todos sus aspectos, desde el Palatino á la Marmorata, desde el pobre altar de la prision Mamertina hasta la soberbia basílica cuyas capillas son otras tantas catedrales. Pero en cambio, casi ninguno habia visitado San Onofre, lo cual prueba que los artistas estaban allí en mayoría sobre los poetas.

Llevados, por lo tanto, del mismo deseo; haciendo historia unas veces, y requebrando otras á las trasteverinas que nos salian al paso ó nos contemplaban con risa, sentadas á la puerta de sus antiguas viviendas, no tardamos en ver el término de nuestra ascension, y jadeantes y sudorosos llamamos á la puerta del convento.

Exteriormente nada ofrece éste de particular. Un pequeño pórtico á la derecha con algunos sepulcros en la

pared; un cuerpo de edificio sin ningun carácter monumental, y una tapia muy blanqueada que rodea su recinto, tal es el convento de San Onofre, cuya puerta nos abrió al primer campanillazo un demacrado fraile, que, apénas conocido el objeto de nuestra visita, se prestó de muy buena voluntad á servirnos de *cicerone.*

Despues de atravesar una larga galería y un salon donde sólo vimos algunos cuadros muy medianos; despues de haber contemplado desde los balcones el soberbio panorama de Roma con sus inmensos palacios, sus majestuosos acueductos, sus apiñadas iglesias y sus pintorescas *villas*, el buen fraile hizo rechinar una cerradura, y nos introdujo en la celda del autor de la *Jerusalen libertada.*

No sin emocion, emocion que se tradujo en el hecho de descubrirnos todos la cabeza, penetramos en el estrecho aposento donde cayeron las lágrimas del infeliz amante de Eleonora, aposento que apénas medirá la extension de quince ó veinte piés en cuadro, y que se conserva tal como lo dejó su ilustre huésped. Un balcon que, como todos los de este lado del edificio, domina la vasta extension de la ciudad y la campiña romana, sirve para dar luz y alegría á la modesta estancia, donde se miran en elegante desórden la pobre mesa y el sillon de cuero del poeta; un cuadro que contiene la última carta escrita por su mano, y en la cual anuncia á un amigo su próximo y desgraciado fin; várias coronas y guirnaldas de laurel y flores imitadas que sirvieron en sus funerales; dos ó tres libros de los que él leia con preferencia, y algunos objetos de su uso.

En la pared que da frente á la puerta han tenido los frailes la singular idea de hacer pintar al fresco el retrato del Tasso, de tamaño natural y con el traje de su época, pero de tal manera, que arrancando desde el suelo la figura y estando colocada en actitud de andar, parece, en efecto, que se está paseando por la habitacion.

Desde ésta, y siguiendo siempre á nuestro ilustrado *cicerone*, nos dirigimos á la huerta, sembrada toda de legumbres, y cultivada por los frailes, que acaso no tienen otro alimento ni otra renta, con gran esmero y habilidad.

En esta huerta, y sobre una especie de plazoleta formada al declive de una pequeña colina, se ven las ruinas de una fuente, unos cuantos asientos de piedra y un árbol que sería magnífico en su tiempo y que es todavía hermoso, á pesar de haberlo destrozado un rayo años atras: es la celebrada encina del Tasso.

La fama cuenta que todos los dias, á la caida de la tarde, venía el poeta á sentarse bajo aquella encina, y á contemplar desde allí el sublime espectáculo de la puesta del sol, y el no ménos sublime de la ciudad, cuyos vagos rumores llegaban apénas á sus oidos.

¡Qué soledad tan encantadora para un alma tan enferma! ¡Cuántas veces, al pensar el pobre Torcuato en lo caras que habia comprado la inmortalidad y la gloria se le ocurriria exclamar recordando al héroe de su inmortal poema:

Molto soffri nel glorioso acquisto.

La tristeza del recuerdo y del lugar se iba tambien

apoderando de nosotros, cuando uno dió muy discretamente la señal de marcha; era muy cerca de la noche; dejamos una limosna para el convento, y nos encaminamos al Teatro Argentina, donde una compañía de ópera muy mala debia cantarnos no sé qué ópera nada buena.

(1870.)

LA QUE LLEVA PERRO.

Semblanza.

Quisiera, aunque no fuese más que por un momento, retroceder á mi edad infantil, tropezar á la vuelta de una esquina con mi tipo, y poderle aplicar materialmente lo que viene á ser el objeto moral de este artículo; una maza ó gallardete de esos que cuelgan á menudo los chicos, y que dan derecho á chicos y grandes para apostrofar al transeunte con el saludo de ordenanza:

«¡Que lo lleva! ¡Que lo lleva!»

Y eso que, en buen hora lo diga, no nacen estos renglones de la envidia ni del despecho, ni se escriben en ódio á la raza canina, que tantos títulos tiene á la consideracion pública, no: inválido de las guerras amorosas, he experimentado todos sus azares, todos, excepto el de tener por rival un perro.

Verdad es que no lo hubiera consentido nunca; todo lo que habria tolerado á una mujer es una mona; primero, por la identidad del sexo, y hasta de inclinaciones, y despues, por lo mucho que suele gustar á todas el oirse llamar contínuamente: «¡Mona mia!»

Así es que no conozco los combates internos, las humillaciones morales, ni los bocados físicos que se ven obligados á sufrir en silencio aquellos á quienes depara la fortuna una compañera, ya se llame novia, querida, ó esposa, que cuente entre sus debilidades el sentimentalismo perruno.

El culto del perro tiene para la mujer diversas fases, y segun la edad, diferentes manifestaciones. Para las jóvenes es el culto sencillo y misterioso del hogar, lleno, sin duda, de goces desconocidos, pero que ni traspasa los límites del decoro, ni se opone al desarrollo de otros afectos; para las viejas es la condensacion en un sér animado de todas las ternuras, mimos y galanteos que recibieron acaso en su juventud, y que devuelven como un anticipo forzoso al único que por su inteligencia y su bondad encuentran algo parecido al hombre.

Las jóvenes tratan á su perro como á un esclavo; las viejas como á un dueño. Esta diferencia se advierte hasta en el nombre del animal: miéntras la jóven llama al suyo Lindoro ó Cupido, la vieja lo bautiza siempre Sultan, Turco ó Nabucodonosor.

La diferencia se hace todavía más visible en los caractéres. El perro de la jóven ladra; el de la vieja muerde; el primero es retozon y goloso; el segundo taciturno y egoista: aquél tiene para su ama la adhesion de la gratitud; éste la conciencia del deber. A pesar de todo, á ninguno de ambos se le puede sacar á la calle sin cordon.

Entre las mujeres que llevan perro no incluyo, por supuesto, las grandes señoras á quienes suele acompañar en el carruaje; éstas llevan el perro únicamente como un

adorno; como llevan á veces una amiga; como llevarian á un hijo, si lo tuvieran.

El verdadero tipo de la *perrófila* es el de la que sostiene y educa al animal con sus propias manos y con sus propios recursos; la que se priva por él del manjar más sabroso y del más dulce sueño; la que le vela y asiste cuando está malo; la que le entierra, ó peor aún, le embalsama cuando muere, y si más de una vez no le acompaña al sepulcro, es porque todavía no se ha introducido el uso de la perrera en los trenes fúnebres.

He visto un ejemplar de esta clase que podria pasar por modelo.

La tierna solicitud del acreedor hácia el deudor; la abnegacion de una fea pobre para cualquiera que la mire con buenos ojos; el interes simple ó compuesto de todos los prestamistas y filántropos de la córte, no son nada al lado del interes, la abnegacion y la tierna solicitud que aquella virginal criatura de cincuenta años desplegaba en obsequio del más chato, derrengado y gruñon de todos los perros habidos y por haber.

Canelo se llamaba, si bien este nombre era el ménos usual en los labios de su protectora.

«Bien mio, tesoro, cielo»; estos y otros epítetos semejantes eran de los que se valia para atraerle á su blando regazo cuando algun devaneo del espíritu ó alguna necesidad de la materia le alejaban por un instante del lado suyo. Hasta recuerdo haberla oido exclamar un dia: «¡Terso de mi alma!» dirigiéndose al animalito, y no ciertamente en són de broma, porque entre los dos tenía dividido su cariño, y si la hubieran puesto en el caso de

escoger, creo que por llevarme la contrária se habria quedado con los dos.

Nada faltaba á aquel perro para ser el más feliz de los hombres; digo, de los perros. Tenía cama aparte con mosquitero para el calor; manta escocesa con orejeras y capucha para el frio; collar de plata y de charol para todas las estaciones. Y sin embargo, estaba escrito que la desgracia habia de perseguirle, y que su muerte sería desastrosa y vil como la de un criminal.

¿Cuál pudo ser la causa de esta mudanza? Supongo que ya lo habréis adivinado: una perra.

Canelo no salia jamas de casa solo, pero Celinda habitaba en la vecindad, y esto hizo que se cambiáran de balcon á balcon meneos de rabo equivalentes á saludos, y ladridos que acaso significaban juramentos. Canelo comenzó á enflaquecer visiblemente, y las caricias de su ama, en vez de halagarle como en otro tiempo, le arrançaban á menudo sordos gruñidos. Por fin, una noche, á la hora de recogerse, el perro no se presentó: buscáronle por todas partes; en la cocina, en el desvan, en la carbonera, todo fué inútil: Canelo habia desaparecido.

En vano salieron en su persecucion las columnas de *El Diario* y de *La Correspondencia:* en vano se excitó la codicia de los pobres y la vanidad de los ricos con promesas y súplicas; en vano se vigilaron la calle de la Montera y las avenidas del Rastro, lugares de contratacion perruna; cuatro dias despues del suceso, Canelo escuchaba todavía los gritos de angustia de su ama desde la boardilla del vecino, donde pasaba la luna de miel

oculto con su adorada perra. Allí probablemente hubieran espirado entrambos de amor y necesidad, si el portero de la casa, llevado del capricho de robar una estera, no hubiera penetrado por la ventana de la boardilla y hecho salir de ella á escobazos á los dichosos y fugitivos amantes.

No se crea por eso que ninguno de ellos pensó ni por un instante en volver á su domicilio; la perspectiva de la calle les sedujo, y silenciosos y ligeros se lanzaron hácia la escalera, pero denunciados por los gritos del portero, no tardaron mucho en caer en manos de sus implacables señores. Celinda fué indultada por el suyo, que debia más tarde explotar las consecuencias de su falta, pero el pobre Canelo, despues de adivinar por una tremenda paliza la intensidad del cariño y de los celos de su ama, fué arrojado desnudo y hambriento á la vía pública, donde al amanecer le hallaron los barrenderos moribundo, poniendo fin á sus tormentos el pisoton de una graciosa y compasiva burra de leche.

Pero el destino se encargó de vengar á Canelo; su verdugo, al verse sola y escarmentada, segun decia, de perros, trató de probar fortuna con los hombres, viniendo por fin á poder de uno que empezó por molerla los huesos y acabó por comerle los cuartos.

Entónces fue cuando recordó con pena su conducta para con aquel animalito, que no le habia sido infiel más que una vez en su vida, y entónces tambien fué cuando mandó restaurar un retrato, en que se la puede ver aún, sentada en una silla, teniendo á sus piés al desgraciado perro, el cual lleva en la boca una carta cer-

rada, en cuyo sobre se lee: «Señora doña Angustias Gil, y Canelo.»

Y no es esto sólo: no hace mucho que escudriñando la pintura, un curioso descubrió en el reverso de ella la siguiente inscripcion:

Mujer, quien quiera que seas
Que este retrato contemples,
Date á todos los demonios
Antes de darte á *chusqueles.*
Que si es verdad que los hombres
A los perros se parecen,
Y son muchos los que ladran,
Y no pocos los que muerden,
Yo, que hombre y perro he tenido,
Pude há tiempo convencerme,
De que un instante de aquél
Vale más que un siglo de éste.

(1871.)

LA CUCA.

—

Estudio del natural.

I.

Todos la habeis visto, aunque es seguro que no todos la conoceis.

Viste generalmente de negro, y suele llevar margaritas en la cabeza.

Su edad varía por lo comun entre los treinta y los cincuenta; el ménos ó el más de estas dos fechas constituyen la excepcion.

Parece viuda, y se dan casos en que lo es. No obstante, acostumbra ir acompañada, sobre todo de noche.

En política es comunista, en literatura romántica, en religion atea.

Frecuenta los Bufos y los Campos Elíseos; cuando refresca lo hace en el Iris; alguna vez se permite pagar.

Debió ser bonita en su juventud; ahora tiene pretensiones de graciosa.

Por muy tronada que se encuentre, no le faltan nunca dos cosas buenas; las botas y los guantes claros. Delira por tener reloj.

Tal es la cuca bajo el punto de vista físico; estudiémosla ahora en sus diferentes aspectos.

Hace algunos años me daba yo por jóven y me tomaban por alegre; lo mismo en el grande que en el pequeño mundo, mi papel se cotizaba á la par, y las muchachas se disputaban mi conversacion, única cosa que podia ofrecerles. Las invitaciones y los convites llovian sobre mí.

Una tarde (serian, lo más, las tres, pues me acababa de acostar) me sorprendió la criada con una carta que despues de embalsamar la habitacion, me dejó ver al abrirla una tarjeta de cuerpo entero, en que se leia:

«Fulana de Tal tiene el honor de invitar á V. al baile y concierto con qué inaugura esta noche sus salones. Calle de...»

Lo singular del lance es que yo no conocia, ni de nombre siquiera, á doña Fulana de Tal. Es más; creo que no habia pasado nunca por la calle á donde me citaba.

Mi primer pensamiento fué no acudir á la cita. La imaginacion me representaba en aquella tarjeta la emboscada de algun acreedor, la burla de un enemigo ó de un rival, la venganza de un hombre público, ó de una mujer no secreta; todo, ménos lo que me prometia. Dando vueltas en mi cerebro á estas ideas, me dormí.

No ya la del alba, la del alumbrado sería cuando me desperté. Lo primero que vi sobre la mesa fué la tarjeta, que parecia una provocacion. No debia, por consiguiente, esquivar el reto.

Vestíme, pues, con los trapitos de cristianar, y con unos cuantos reales en un bolsillo, unos cuantos cigar-

ros en otro, y las manos en otros dos, enderecé mis pasos hácia el Café Suizo. Lo ménos diez de mis amigos estaban sentados alrededor de una mesa, y ¡oh casualidad! los diez tenian delante de sí una tarjeta igual á la mia.

—¿Qué es eso? les pregunté no sin asombro.

—Ya lo ves, me respondieron á un tiempo cuatro ó cinco; que estamos invitados á una reunion.

—Donde se bailará, exclamó uno.

—Donde se cantará, añadió otro.

—Donde se cenará, murmuró el más viejo.

—Todo eso y mucho más, interrumpió el que ocupaba la cabecera, y el único que tomaba café.

—Pues, ¿qué es ello? dije á mi vez.

—¡Qué! ¿No lo sabes, incauto? ¿No lo adivinais, imbéciles?

—No, no, no.

—Yo sí; nos convidan á una *soirée* de cucas.

II.

Todavía recuerdo la gacetilla que al dia siguiente apareció en las columnas de un periódico neo-católico:

«Brillantes, decia, estuvieron anoche los salones de la calle del Gato.

»Cuanto encierra Madrid de distinguido en artes, letras, armas y hermosura, todo allí se dió cita; la señora se lució en los honores de la casa.»

No hay para que anotar que la gacetilla era obra de uno de nuestros más insignes poetas.

Y, ciertamente, para el curioso poco conocedor del mundo ó del idioma que hubiera asomado la cabeza por allí, la reunion ofrecia un golpe de vista encantador. Habia entre los hombres mancebos elegantes, militares de graduacion, filósofos y literatos, célebres los unos y aspirantes á la celebridad los otros; entre las damas no pocas bien vestidas, muchas agradables, algunas hermosas; en fin, ¿qué más? hasta habia cierto número de hijas con madre.

Esto no quita que de vez en cuando se oyera al pasar por cerca de un grupo:

—Anda, niña, á ver si el general quiere darte una *vaca.*

—Mamá, por ser *sota* me he quedado sin nada al *tercer golpe.*

—¿Ha reparado usted, doña Mónica, cómo levanta muertos la viudita?

O bien estos diálogos entre caballero y señora:

—¿Me concederá V. el honor de una polka?

—Sí, señor, pero á cambio de una *armadura.*

—Vamos, Lolita, que ya la he visto á V. acertar tres ó cuatro seguidas.

—Pues ya ve V.; no tengo más que siete pesetas.

—Picarona, eso no prueba más sino que se va usted al *rio.*

Y todo esto mezclado con música y baile, entre parejas que desfilaban por un pasillo hácia el comedor, y por un gabinete hácia otro sitio que no llamaré por su nombre, pero donde tambien entré para contemplar el cuadro más abigarrado y grotesco que pude nunca imagi-

narme, y que consiguió sorprenderme, á mí, que habia visitado como artista las cuevas de los gitanos en Andalucía y los bodegones de los traperos en París.

Figuraos una mesa ovalada ocupando todo el centro de una gran sala, y en torno de la mesa treinta ó cuarenta personas de ambos sexos, sentados por lo general los hombres y de pié las mujeres, salvo alguna cuya belleza, ó mejor aún, las cantidades que apunta, la hacen acreedora á un lugar escogido.

Figuraos aquel conjunto de bocas que murmuran, de brazos que se retiran ó se adelantan, de monedas que van y vienen, de juramentos por lo bajo, de sonrisas por lo alto, y dominando esta especie de tempestad sorda, donde lo que más aterra es el silencio, una voz pausada siempre, á menudo conmovida, nunca amenazadora, que repite cada cinco minutos: «¡Juego!»

Despues de esto, unos instantes de agitacion; luégo la calma; un poco más tarde la explosion de todas las iras, de todos los deseos, de todas las vanidades del corazon humano.

—¡Buen rey! exclama uno que fuera de allí pasa por demagogo furioso.

—Hubiera querido ser caballo, añade otro que por más que quiera no puede dejar de ser burro.

—Yo llevaba medio duro á las de abajo, grita con melodioso acento una jóven encantadora.

—¡Miente V.! responde con tranquilidad un honrado padre de familia.

—Hija mia, dice una respetable anciana al oir el ruido de la disputa, no cuestiones con hombres groseros.

—A ver, á ver, prorumpe ya muy quemado un punto fuerte; pocas palabras ó le vuelvo á cualquiera un reves.

Esta insinuacion restablece la tranquilidad en todos los espíritus.

Es, como si dijéramos, el *sálvese quien pueda*, que impide cuando no precipita las grandes catástrofes.

III.

Dejé la sala de juego, sofocado por aquella atmósfera, y me instalé en un sofá del gabinete. La péndola de la chimenea acababa de sonar tres veces para decirnos al oido que eran las tres de la madrugada.

Cerca de mí se hallaba sentada tambien una mujer elegante y no mal parecida. Yo recordaba haber visto aquella cara en otro tiempo, y medité.

Durante largo rato, no me atreví á creer á mis ojos. Era ella, sí, la misma que yo me figuraba. Pero ¡ qué cambio! Yo la habia conocido inocente y jóven, esperanza de una familia que la amaba, encanto de una sociedad que embellecia con sus atractivos. Recordé haberla oido cantar *la Traviata;* de fijo no pensaba entónces en representarla.

Por fin nos aproximamos, y como era de esperar, nos reconocimos. Mi amiga de la niñez habia sido tres años corista, uno escaso amante maltratada de un americano sin ingenio; en la actualidad ribeteaba calzado por la mañana y zurcia voluntades por la noche. La habia presentado en la reunion una que pasaba por tia suya, y

á quien, sin serlo de nadie, todos llamaban del mismo modo.

Ella fué la que me inició en los misterios de esa ciencia especial que se titula cuquería, y que tiene sus profesoras en todas las clases, particularmente en la siempre benemérita de las huérfanas de coroneles y viudas de jefes políticos.

Tambien aprendí, gracias á ella, que si algunas aplicaciones de esta ciencia no son antiguas, la primitiva ciencia lo es.

La cuca desciende en línea recta de la *buscona* de Quevedo; tiene muchos puntos de contacto con la Celestina y no pocas analogías con la beata.

Hay cucas de corazon y de cabeza; las de corazon viven poco, y llegan, cuando más, á patronas de huéspedes: las de cabeza acostumbran á morirse muy tarde, y concluyen generalmente en prestamistas. Unas y otras creen asegurado el cielo, como la Magdalena, á fuerza de haber amado mucho.

Todas suelen tener poco que perder, y sin embargo, yo he visto á una perder... diez y siete cartas seguidas, de á peseta.

(1871.)

COBRAR EL BARATO.

(Orígen de esta frase.)

No recuerdo haber leido en ninguna parte la historia que voy á contaros, ni sé si alguno ántes que yo se ha ocupado de la etimología que da nombre y ocasion á este artículo; lo único que sé y que recuerdo es que he oido esta historia muy léjos de aquí; al compas de los remos de una góndola que se deslizaba por el Canal Grande, y de los mismos labios que poco ántes entonaban una barcarola.

Voy, pues, á narrarla tal como la conservo en la imaginacion, ya que no con el acento y la poesía y la lengua de su primitiva narradora.

Eran los buenos tiempos de la república de Venecia. La reina del Adriático se hallaba todavía en la luna de miel de su desposorio con el mar, y ejercia la autoridad suprema el anciano Sebastian Ziani, que, á pesar de sus años, recogió el poder desdeñado por Malipieri, seguro de que su buena estrella le ayudaria á vencer del ódio

de las facciones interiores, y al mismo tiempo de los griegos, sus enemigos irreconciliables.

Aunque ocupado en los trabajos de la guerra, Ziani no descuidaba el embellecimiento y conservacion de su querida ciudad, como tampoco dar el ejemplo siempre que se trataba de adelantos y reformas útiles. Por eso, á la vez que discurria sellar con plomo los diplomas, costumbre que introdujo el primero, fundaba la preciosa abadía de San Jorge, y decretaba la construccion de las dos magníficas columnas de granito que áun hoy son bizarro ornamento de la soberbia plaza de San Márcos.

Todos conocen, aunque sólo sea por las descripciones de los viajeros, esta plaza, la más bella del mundo, con la que pretenden competir en vano la de la Concordia, en París, y la de San Pedro, en Roma. En la época á que nos referimos, hace 700 años, poco más ó ménos, esta plaza servia, entre otras cosas, para las ejecuciones, espectáculo que la Señoría no escaseaba á sus turbulentos súbditos, despues de haber sido durante algunos siglos una especie de garito al aire libre, pues estando el juego tolerado por la república y afluyendo á ella todo el comercio y la riqueza de Oriente, la plaza se llenaba de puestos en que una muchedumbre tan inmensa como abigarrada pasaba el dia y la noche entregada á su diversion favorita. Pero hacía poco que este desahogo habia sido prohibido, y fuera de las horas de mercado y paseo, y de los dias de funcion ó motin, la plaza permanecia desierta y silenciosa.

Entónces fué cuando, compadecido, sin duda, de su soledad, y para que sus ojos, al asomarse á los calados bal-

cones del palacio, tuvieran algo más en que fijarse que en la inmensidad de las aguas y los cielos, concibió el dux Ziani la idea de colocar en aquel sitio las dos columnas cuya construccion habia decretado.

Labráronse, pues, los dos enormes trozos de piedra, y acordóse tambien que sobre las columnas se colocáran dos figuras representando los guardianes y protectores de la ciudad. La una debia ser un leon alado de bronce, teniendo bajo las garras un libro, y la otra una estatua de San Teodoro, antiguo patron de la Señoría, con un escudo en la mano derecha, y una lanza en la siniestra.

Estaba en aquella época muy adelantado el arte y muy atrasada la mecánica.

Habíase perdido ya la tradicion de cómo los romanos pudieron conducir desde remotos países y llenar sus plazas de colosales obeliscos, muchos de los cuales yacian por tierra, esperando á los Fontana y los Bernini para levantarse.

Por eso el pueblo veneciano, que habia acogido con júbilo el pensamiento del Dux, se asombró una mañana al ver tendida casi al pié de la torre de San Márcos una magnífica columna de granito, y cerca de ella, y no esperando más que el momento opcrtuno para ser colocada encima, la estatua de su querido San Teodoro.

Pero pasaron dias y dias, y la columna y la estatua permanecian inmóviles en el suelo; los más hábiles arquitectos de la ciudad no encontraban medio para elevar aquella columna y ponerla por remate aquella estatua.

Por fin la Señoría llegó á alarmarse, y como suele su-

ceder en tales casos, apeló al público, ofreciendo grandes recompensas al que le llevára la solucion del problema.

Un solo hombre se presentó. Nadie le conocia; preguntáronle su oficio; era albañil; pidiéronle su nombre; se llamaba Baratieri.

El desconocido no era simplemente inventor de un proyecto con el cual pudiera llevarse á cabo la obra; se comprometia á ejecutarla por sí mismo, con diez hombres de su confianza y en el preciso término de ocho dias. En cuanto á recompensa, se reservaba el pedirla para cuando su trabajo estuviese terminado.

Lo único que pidió fué que el sitio en que habia de trabajar se cercase y cubriese con lienzos á alguna distancia, tanto para no ser interrumpido, cuanto porque no se divulgára su procedimiento. Hízose así, y al dia siguiente, Baratieri y sus diez obreros, despues de haber oido misa en San Márcos, se encerraron en el recinto ya cubierto, donde habian guardado la noche anterior algunos útiles y herramientas.

Ocho dias despues la muchedumbre se agrupaba en la plaza, y el Gran Canal parecia pequeño para contener las góndolas empavesadas que de todas partes acudian á la Piazzetta. A eso de mediodía, y á una señal convenida de antemano, cayeron los lienzos y los andamios, y apareció gallarda y escueta la columna, coronada por San Teodoro.

Una aclamacion inmensa llenó los aires, y cien mil voces pidieron al autor para conducirle en triunfo. Inútilmente: Baratieri habia desaparecido.

Aquella misma tarde un hombre entregaba á la puerta del palacio una carta para el Dux, solicitando hablarle. Ziani le hizo llevar en seguida á su presencia. Era Baratieri.

—Y bien, ¿qué teneis que pedirme? le dijo el noble anciano. Hablad; la República es rica, y todo es poco cuando se trata de premiar á un obrero como vos.

—Señor, respondió humildemente el albañil, aquí donde me veis yo no he sido albañil toda mi vida; la necesidad me trajo á este extremo, despues de haber perdido al juego mi pequeña fortuna.

—Decid, pues, qué quereis.

—Quiero, señor, volverla á recobrar del mismo modo.

—¿Siendo jugador?

—No, señor, siendo banquero.

—Precisad en ese caso vuestra pretension.

—Es muy sencilla; no deseo más que el privilegio de establecer algunas mesas de juego en la plaza.

—Levantad en otros ocho dias la columna y el leon de San Márcos, y la República os lo concede.

Baratieri tuvo durante algunos años en Venecia el monopolio del juego. Los que tallaban por su cuenta ó administraban sus intereses, se llamaban tambien *baratieri*.

Mas adelante, cuando tuvo ya una regular fortuna, arrendó los puestos á cambio de una especie de contribucion que le pagaban diariamente. De su nombre y del de sus cobradores nació, sin duda, y se trasportó á nuestro país la frase de *cobrar el barato*.

A la muerte de Baratieri el juego volvió á prohibirse,

y las ejecuciones siguieron haciéndose, no ya en la plaza, sino precisamente entre las dos columnas, lo que dió orígen al proverbio veneciano: *guardati dall' intercolumnio.*

Tal fué la historia que oí contar á la caida de una tarde, sentado en la popa de una góndola en el largo y trasparente camino que separa Murano de la Riva degli Schiavoni.

(1872.)

LA MUJER DE SORIA [1].

Ardia en todo su furor la que yo no sé si llamar primera de nuestras guerras civiles, pues tengo por tales todas las de aquí, inclusa la de la Reconquista, cuando mi padre, más achacoso por sus heridas que por sus años, abandonó la carrera militar, y fué destinado á Soria, arrastrando en pos de sí á su familia, de que era yo á la sazon reciente, pero vigoroso vástago.

Es, por lo tanto, esta ciudad la que más señalado lugar ocupa en mi memoria; á ella se refieren mis apacibles recuerdos de la niñez, y acaso por saborearlos de nuevo, ocupacion que no sé por qué, ó si lo sé, juzgo conveniente callarlo, me sirve ya de agradable entretenimiento, elegí en el concurso femenino á que nos invitaba el Sr. Guijarro, *La mujer de Soria*, que he estudiado quizá ménos que otra alguna, pero que por esa misma razon es posible que conozca más.

Lo primero que se me ocurre ántes de lanzarme á hacer investigaciones sobre este punto, y de buscar en la *numantina* de otros tiempos la soriana de hoy, es con-

(1) Escrito para la magnífica publicacion *Las Mujeres españolas.*

signar una observacion puramente mia, pero que voy á regalaros, para que, olvidando el nombre del autor, penseis con toda tranquilidad si de ella no puede sacarse una máxima tan profunda como cualquiera otra.

Siempre que veais un pueblo que se haga célebre en la historia por un gran acto de heroismo, podeis decir sin temor de equivocaros: «En ese pueblo las mujeres valian, por lo ménos, tanto como los hombres.»

Poco ó nada se conserva de la

« Numancia, horror de Roma fementida »,

cuyo sacrificio hemos visto más de una vez puesto en caricatura por pintores y comediantes; apénas si entre las humildes casuchas de Garray asoma alguna piedra ennegrecida ó se descubre el trazado de un muro que denuncien allí el rastro de una poblacion valerosa, conocida precisamente desde que no existe; y nada tampoco hace presumir que pudiera haber el menor asomo de semejanza material entre aquella ciudad y la que describe un poeta anónimo de principios del siglo en estos términos:

. . . .
¡Soria es ésta, bueno va!
La siempre empinada Soria,
La que, cual dice la Historia,
Tiene el cielo en los zancajos,
Porque siempre los trabajos
Están cerca de la gloria.

Pero en cambio, no teneis más que deteneros un dia de mercado delante de los aldeanos de Villaciervos y de

Fuentetoba para contemplar en su primitivo esplendor lo que debió ser la gente celtíbera, que casi no ha variado de traje, conservando los hombres la capa blanca con capucha, ó la dalmática de manga suelta, y las mujeres el corpiño ajustado y el pañuelo graciosamente ceñido á la cabeza, cuya antigüedad y orígen son anteriores á todo arte, y por consiguiente inaccesibles á toda erudicion.

No es menester tampoco haber leido ni viajado mucho para saber que la naturaleza del terreno en que viven influye poderosamente en el carácter y las costumbres de los pueblos, y que las razas montañesas conservan más que ninguna otra el tipo primitivo, tanto en su aspecto físico, como bajo el punto de vista de sus cualidades y sentimientos buenos y malos. Grandes cataclismos y revoluciones han conmovido el fondo y la superficie de este traqueteado planeta, y continúan siendo laboriosos y afables los suizos, astutos y vengativos los corsos, fanáticos y tenaces los navarros, sufridos y belicosos los astures. No será aventurado, por tanto, creer que la mujer de Soria no ha degenerado de su antepasada la numantina, y que posee el mismo ascendiente que entónces sobre el sexo feo, y la misma energía y virilidad, llegado el caso de las altas empresas.

Pero ¿qué es suponer? Yo tengo antecedentes que me permiten asegurarlo.

Escasa ó ninguna era la guarnicion de Soria por los años del 38 al 40, y los carlistas, que solian llegar hasta sus puertas, capitaneados por el famoso Don Basilio, no se atrevieron jamas á intentar un ataque en regla. ¡Y era de ver, cuando se aproximaban á la poblacion, las retre-

tas y músicas que se armaban por calles y plazas, y el entusiasmo con que mujeres y chiquillos arrastrábamos un cañon de á cuatro, que era toda nuestra artilleria, y no subiamos hasta el desmantelado castillo, que acaso lo esperaba más que oirle hacer fuego para acabar de desmoronarse!

Viviase entónces una vida muy agitada y llena de emociones é incertidumbres, y sin embargo, yo no he conocido una pequeña sociedad más culta ni más animada que aquella. No faltaba teatro donde alternaban los actores con los titiriteros; tertulias y bailes, tan pronto en casa de los empleados de cierta categoría como de las personas notables de la ciudad; amenas y deliciosas giras campestres, y de cuando en cuando alguna comedia de aficionados, ejecutada por las más lindas damiselas y los más distinguidos petimetres, como se llamaban entónces. Yo he trabajado de comparsa en alguna de aquellas fiestas; yo he salido á dar un recado en *El Trovador* con mi propio traje infantil, sin más adicion que un turbante, superado por una hermosa pluma negra, que para mayor lucimiento del niño habia mi madre hecho el sacrificio de arrancar de un sombrero recien llegado de Madrid, que veo aún en sueños, con el afan de un coleccionador de objetos raros.

¡Y qué representacion aquélla!

Habíase encomendado el papel de Leonor á una preciosa señorita, huérfana, si mal no recuerdo, que en compañía de un hermano, ya mozo, habitaba con su anciana abuela. El hermano, que tenía cierta fama de calavera en la ciudad, desempeñaba tambien uno de los papeles.

De la parte de apuntador se habia encargado el Jefe Político, ó sea la autoridad superior de la provincia, el señor Camacho, el mismo que pocos años despues arrastraron cobardemente las turbas amotinadas en Valencia.

Bien sea que al apuntador no le disgustára la primera dama, bien por una de esas casualidades que nadie puede prever, el caso es que en uno de los entreactos, y miéntras se colocaba la decoracion, que consistia en varios bastidores de percal, que se mantenian derechos á fuerza de cuerdas, la abuela de la actriz, que vió desde léjos á ésta en dulce coloquio con el Jefe político, que despues de todo es posible la estuviera repasando el papel, quiso cruzar atropelladamente la escena para ponerse al lado de su niña, y tropezando en uno de los hilos de aquella inmensa red, cayó contra una antigua mesa de nogal, sobre la cual se ostentaba un hermoso Crucifijo, preparado ya para aquella ceremonia religiosa en que se retira del mundo la desgraciada amante de Manrique.

Ver á la anciana tendida en tierra sin conocimiento; ver salir á borbotones la sangre de su frente; desenvainar su espada de gavilanes y lanzarse con ella en alto sobre el ilustre apuntador, á quien supuso desde luégo autor de la catástrofe, todo fué para el aturdido nieto de la víctima obra de un instante. El Jefe político, que no era manco, previnose contra la brusca acometida; tomaron unos su defensa, acudieron otros en ayuda del vengador, y siendo el foro estrecho campo para su cólera rebasaron las tres ó cuatro colchas añadidas que servian de telon, con lo que llevaron la inquietud y el espanto

al escogido público, faltando tiempo para correr á muchos hombres y sobrándoles para desmayarse á muchas mujeres. Afortunadamente, un genio superior de esos que aparecen en los momentos críticos, lanzó sobre aquel océano de voces un diluvio de notas, vomitado por la más desentonada de las orquestas, y la tempestad pudo calmarse y proseguir la representacion, despues de asegurar los médicos que el golpe no tendria consecuencias y que todo quedaria arreglado con algunas puntadas en la piel.

Una prueba elocuente del buen sentido y de la sólida moral de las mujeres de Soria es que el romanticismo, que por entónces hacia estragos en otras capitales, fué silbado allí más de una vez en el teatro, y casi pasó desapercibido en la novela.

Solo un duende que se paseaba de noche por los tejados del palacio del Conde de Gomara logró entretener durante algunos dias la atencion de los desocupados, y turbar el sueño de las gentes incautas, que no debian ser tampoco en gran número, si se atiende á que en pocas partes llegaron á reunir tantos suscritores los dos periódicos más agudos y maldicientes de aquel tiempo, el *Fray Gerundio* y *La Posdata.*

Yo no sé si el *pólen* de las revoluciones habrá fecundado desde entónces acá en tan aterido suelo alguna nueva idea. No sé si la facilidad en los medios de comunicacion, que en mi época se reducian á la prosaica mula ó al histórico carro, habrá introducido allí otras costumbres, otras necesidades, y por consiguiente otros vicios; pero era un espectáculo muy curioso el de aquella socie-

dad, modesta en sus deseos, patriarcal en sus hábitos, ingenua y candorosa en sus placeres, que, sin cuidarse de los peligros de la guerra ni de los rigores del invierno, asistia con fruicion á la comedia y se solazaba en bailes y reuniones, de las cuales se salia en grupos á las altas horas, yendo delante un criado con un farol, pues el alumbrado público no existia aún, pisando á veces muchos palmos de nieve, y oyendo en ocasiones al revolver de una esquina la voz de algun centinela ó vigilante nocturno, que, al ver pasar corriendo en cuatro piés una sombra con dos ojos muy relucientes, gritaba desaforado: «¡Al lobo! ¡Al lobo!»

Sin embargo, esta vida, tan agradable para la materia, ofrecia pocas satisfacciones al espíritu. De aquí que la poesía, que ha embellecido otras ciudades de ménos importancia histórica y artística, fuera en Soria poco ménos que artículo de contrabando, y de aquí tambien que hayan ido perdiéndose de dia en dia los recuerdos y las tradiciones que forman el tesoro de las poblaciones viejas, y que sin duda debió existir en ésta, á juzgar por el número de sus monumentos, por la importancia que tuvo en distintas épocas, y por los variados sucesos acaecidos en su recinto. Solo un viajero, entusiasta de las ruinas, ya porque habia crecido entre ellas, ya porque las llevaba dentro de sí mismo, el tan ilustre cuanto malogrado poeta Gustavo Becquer, se ha atrevido á remover el polvo de los siglos acumulado sobre la que se llamó alguna vez *Soria pura cabeza de Extremadura*, y fabricar con ese polvo dos ó tres de sus magníficas leyendas. Y la verdad es que donde no se conoce al

hombre antiguo, apénas si puede apreciarse á la mujer contemporánea.

Afortunadamente queda todavía un libro de texto en que poder hacer cierta clase de estudios, y este libro es el que nosotros vamos deshojando poco á poco, y en el cual se deletrea ya con dificultad el título de «Fiestas populares.»

Y hay una fiesta en Soria, cuya heroína es la mujer, que basta para acreditarla de hacendosa, de caritativa y de humilde; tres cualidades que aisladas constituyen ya una mujer buena, y que reunidas, aunque no sea más que una vez al año, dan idea de la perfeccion posible dentro del género. Esa fiesta es la de San Juan, que los sorianos designan con el nombre más familiar, si bien más prosaico, de fiesta de las Calderas. Por ella dijo el poeta anónimo que ya citamos al comienzo de este artículo, satirizando los usos y costumbres de la ciudad aquello de

La fiesta de las Calderas
Diez y siete bueyes monta,
Y para hacerla más tonta
Traen gaitas de las fronteras.
Fiestas de tales quimeras
No las verá el mundo entero,
Y así dijo un forastero,
Que se llamaba Teobaldo,
Que por las gaitas y el caldo
Eran fiestas de tra.....

Mas diga lo que quiera el desvergonzado escritor, que, de fijo, siendo de principios de siglo, sería algun enciclopedista sin conciencia ni temor de Dios, puedo asegurar

á ustedes que yo no he visto nada más pintoresco ni original que la tal fiesta, que se verifica, como he dicho, el dia de San Juan, en una extensa y amenísima pradera llamada, si no recuerdo mal, San Polo.

En semejante dia todas las familias de la poblacion matan, segun sus necesidades y sus posibles, cuál una ternera, cuál un buey, cuál un cabrito, y todo esto, convenientemente aderezado y metido en una caldera más ó ménos grande, segun el número de personas que han de participar de ella, sirve de base á la comida campestre, á que concurre todo Soria con sus cientos de calderas vistosamente adornadas de flores y ramaje, llevadas en angarillas unas, en un palo atravesado otras, ya por las criadas de las casas grandes, ya por las jóvenes de la medianía, ya por los ancianos de más respeto entre la gente baja. En pos de las calderas marchan agrupados todos los individuos que viven bajo el mismo techo, sin distincion de categorías, haciendo cabeza de todos ellos la mujer, que una vez instalados en la pradera, es la que distribuye el alimento, la que preside el círculo que se forma, como es natural, en el santo suelo, y la que brinda la primera por su marido, por sus hijos, por sus padres, por cualquiera de esas pequeñeces en que suelen ocuparse y ocuparnos las señoras mujeres. Á veces el círculo se ensancha; várias familias conocidas juntan sus respectivas calderas, y entónces la reunion toma otro carácter; lo que era expansion doméstica se trueca en amigable regocijo; el baile sucede á los brindis; y la vuelta de noche á la ciudad, á la luz de las teas y precedidos de los despojos del festin, convierte en procesion lo que ha-

bia empezado romería. Por supuesto que todos los pobres que se acercan durante el banquete entran en el corro y participan de él: caso que sólo ocurre con alguno protegido ya de antaño, pues el Ayuntamiento tiene á disposicion de los necesitados del pueblo y de los que vienen de fuera, diez y siete enormes calderas que contienen despedazadas otras tantas reses, y que son á las que hace referencia el autor de la décima ántes citada. Las gaitas y los tamboriles abundan tambien que es una bendicion, pues además de enviar la suya todos los barrios y parroquias de la capital, acuden en tropel las de las aldeas comarcanas.

Tal es en Soria la fiesta de las Calderas, fiesta esencialmente femenina, de cuya animacion y encanto no es posible, sin auxilio de los ojos, formar idea exacta, y en la cual la alegría y la paz forman tan perfecto consorcio, que no hay memoria de que las haya turbado el más pequeño desórden, ni interrumpido el accidente más pueril.

Escribo este artículo evocando los recuerdos de mi niñez, y no sé las trasformaciones que desde entónces acá hayan podido sufrir estas costumbres, condenadas acaso á desaparecer con el tiempo; pero cualquiera que ellas sean, no habrán alterado de seguro el fondo del carácter de las mujeres en aquella localidad, que léjos de pervertirse, supongo en el camino del perfeccionamiento, merced á los adelantos de la civilizacion y al comercio de las

ideas, desarrollados ya en todas partes. Por de pronto sé que hace algunos años cuenta Soria con un bonito Liceo, en el cual se han dado á conocer como notables aficionadas en el arte lírico y dramático algunas distinguidas señoritas, y hasta la literatura, que antiguamente no se atrevia á salvar la falda del Moncayo, tiene hoy allí entusiastas adeptos é ilustrados cultivadores.

Tal es en pálido bosquejo lo que podemos llamar la mujer de Soria, y más lógicamente deberia llamarse la mujer castellana.

El fraccionamiento excesivo de nuestras provincias dentro de un mismo Reino; la escasez de tipos nacionales en un país en que las razas han venido á fundirse por amalgamas sucesivas; donde el romano ha puesto la savia de su entendimiento, el godo la chispa de su espíritu guerrero, y el árabe el soplo de su fantasía soñadora y de su poética indolencia, hacen que la mujer carezca en muchas regiones de fisonomía propia, y lo mismo en su aspecto físico que en su aspecto moral, aparezca confundida, y áun borrada á veces, entre las bellas figuras que constituyen el precioso cuadro de las mujeres españolas.

No busqueis, por tanto, en Soria ni en la clase que puede llamarse acomodada, ni tampoco en el pueblo bajo, esos dramas que se representan en Andalucía á la luz de la luna, que parece hecha de encargo para los rondadores de celosías; no busqueis allí la pasion ardiente que roba el color á las hermosas hijas de Valencia y Murcia, ni el fanatismo que convierte en fieras á las en muchos casos dóciles vascongadas. Julieta, Desdémona,

Beatriz, respirando constantemente aquella atmósfera bajo cero, hubieran concluido por casarse en paz y en gracia de Dios con algun tratante de lanas merinas, ó por abrir en el Collado una tienda de gorros y medias de algodon.

¿Quiere esto decir que el amor tema, al verse tan ligero de ropa, no poder soportar las asperezas de aquel clima? De ningun modo: para el amor no hay regiones desconocidas; lo mismo penetra en las nubes que en los abismos, y cuando él no pudiera hacerlo, el deseo, su fiel servidor, y la curiosidad, su inseparable compañera, se encargarian de darle á conocer y de ejercer en nombre suyo el monopolio de las almas. Quedamos, pues, en que la mujer de Soria ama tan bien y tan á menudo como las demas mujeres, y puede asegurarse que San Saturio y Nuestra Señora del Miron, los dos númenes tutelares del pueblo, no tendrian un momento de reposo si hubiésen de proporcionar novio á todas las muchachas que lo piden.

Pero el amor, como las ideas, como la vida, todo es pacífico y normal entre aquellos afortunados seres, para los cuales la *cocotte* es un personaje mitológico, casi tan desconocido como la crónica escandalosa; y sería necesario remontarse por lo ménos al tiempo de los monjes teatinos, ó de los abades de Veruela, únicos que, bajo el secreto de la confesion, por supuesto, oirian alguna vez rugir las humanas pasiones, para encontrar el más pequeño argumento de novela en que pudiera figurar como protagonista la mujer soriana.

Dejémosla, pues, en la soledad de su hogar, que sa-

brá defender, si llega el caso, con la intrepidez de que ya ha dado tan repetidos ejemplos, y ¡ bien haya el frio que viste sus montañas de perpétua nieve, si es verdad, como afirma la ciencia, que el frio es un preservativo contra la corrupcion!

(1875.)

DON JUDAS.

Artículo de malas costumbres.

La humanidad puede entregarse tranquilamente al reposo.

Los tomadores del dos pueden con toda confianza dedicarse á su profesion.

El comercio no tiene ya nada que temer.

Don Júdas ha muerto.

Hace algunas noches que los vecinos de la calle de la Esperancilla oyeron en un sotabanco ruido de napoleones; vieron por la rendija de la puerta un hombre que aprovechaba su último suspiro para apagar la luz, y acompañaron con una carcajada interior el solitario viaje á lo desconocido de un cuerpo que por lo desvencijado y lo sucio hubiera podido ser cuerpo... de guardia.

Aquella carcajada fué la oracion fúnebre de don Júdas.

Luégo se esparció por el aposento un fuerte olor á anisado; roció el portero con vinagre las paredes; entraron unos cuantos hombres andrajosos; volvieron á salir con un bulto largo y estrecho como dos cajas de violin añadidas, y todo quedó de nuevo en soledad y sombra.

Al dia siguiente *El Diario de Avisos* tuvo el atrevimiento de escribir:

«Don Júdas Sacristan y Verdugo, tres veces benemérito de la patria; condecorado con la cruz de los Sitios... intransitables; comendador de la Órden griega de la Garduña sensible; alcaide perpétuo de Ronda, y miembro de la Sociedad protectora de los animales, ha fallecido.

»Sus parientes, amigos y testamentarios suplican á usted, etc., etc.»

Un periódico de artes y otro de modas se hicieron lenguas en alabanza del difunto, apasionado, segun ellos, de los pintores y de las modistas, y hasta hubo quien inició la idea de levantarle una estatua que deberia colocarse en la plazuela de Matute ó en la era del Mico.

Despues la capa sin embozos del olvido cayó sobre aquel nombre tantas veces ilustre, y hasta su misteriosa morada, primer obstáculo con que tropezaba el sol al asomar las narices á la tierra, ha pasado á otras manos, cuyo destino y ocupacion se desprenden de este pintoresco rótulo colocado en la puerta: *Milagros, planchadora de fino.*

Don Júdas no es un mito.

Pertenece á la humanidad, de la que fué el azote; al país, sobre el que vivió largos años; á las letras, que falsificó más de una vez con un candor y una maestría de que la historia ofrece repetidos ejemplos.

Como todos los grandes hombres, como Colon, como el Españoleto, como Cervántes, se ignora á punto fijo el lugar de su cuna.

Hablando, parecia catalan; discurriendo, vizcaíno; murmurando, no cabia duda que era español. Habia vivido en Lugo y en las Chafarinas; en Albacete y en Laredo, en Jerez y en Logroño: entendia algo del pote y de los trabajos forzados; de probar el temple á las navajas y pescar el atun; de hacer vino viejo con mosto nuevo, y de preparar los pimientos en conserva hasta el punto de darles la forma y el tamaño de gorros frigios.

En Lugo se dedicó al estudio y la explotacion de las antigüedades, siendo su casa un taller de donde brotaban á docenas mosáicos y vasijas que hubieran hecho desesperar á Amador de los Rios.

En Chafarinas inventó una nueva industria reducida á extraer azúcar del carbon de piedra, por medio de combinaciones matemáticas, mucho más sencillas que la lengua universal de Sotos Ochando.

En Albacete estableció un molino con diez piedras de chispa, que andaban á fuerza de oraciones, como las comedias de Enrique Escrich.

En Laredo fundó una cofradía para pescar conciencias con caña dulce.

En Jerez vendió una bota de las dos que gastaba á un zapatero inglés que ya se habia bebido várias; y por último acabó de hacerse rico en Logroño con una edicion de *El Hombre de los tres calzones*, traducido en verso por un exclaustrado.

Cuando yo conocí á don Júdas, acababa él de llegar á Madrid. Venía de dar un paseo por Europa, habiéndose detenido algunos meses en Lóndres, donde no pudo lograr su deseo de ingresar en la órden de la *Jarra en*

tierra, pero donde adquirió la costumbre de bañarse todos los dias, gracias á lo cual los mozos de la fonda le llamaban á boca llena el caballero del Baño.

Llegó, como digo, á Madrid, y tomó para él solo una casa de huéspedes con cuanto en ella habia, excepto la patrona, que no se resignó á ser para él solo.

Apénas instalado en su casa, y con objeto de adquirir relaciones en poco tiempo con lo más florido de la córte, se hizo anunciar en los periódicos como prestamista sobre alhajas y ropas hechas. No hay para qué decir que con este motivo recibia diariamente, y que sus salones estaban siempre llenos de una sociedad cuyas *buenas prendas* conocia él mejor que nadie.

Célebre ya como prestamista, nada más fácil que adquirir celebridad como banquero. La fortuna le ayudó en esto como en todo. Un capitalista estaba á punto de arruinarse; don Júdas le prestó su apoyo y algunos miles de duros al 10 por 100 mensual; el capitalista se rehizo en algunos meses, y don Júdas duplicó su dinero; los hombres honrados batieron palmas de alegría, y en los círculos financieros no faltó quien se lamentára de la escasez con que se distribuian las cruces de Beneficencia.

Hasta esta fecha no habia sido amado don Júdas: este lance fué para él un manantial inagotable de conquistas. Su facha, que hasta entónces habia parecido vulgar, se ennobleció hasta la altura del heroismo; su conversacion llegó á parecer seductora y amena, y ¡oh fragilidad de la humana especie! Dos ó tres reyes de armas y pintores heráldicos se apresuraron á ofrecerle lo que ellos llaman sus servicios.

¿Cómo se desplomó este coloso?

Preguntad al sol cómo deshace las montañas de nieve; al alud, cómo rueda desde la sierra; cómo cae el águila desde las nubes. Un rayo de luz, un soplo de viento, un pedazo de plomo bastan para producir este fenómeno.

La luz de unos ojos, el viento de unos suspiros, el plomo de una pasion, precipitaron á don Júdas de la cima al abismo, de la opulencia á la nada; de la gloria al oprobio. La falsedad de una mujer vengó en él todas las falsedades, desde la de la edad á la del domicilio; desde la de la firma á la de la moneda.

Prófugo mucho tiempo, oculto más tarde, perseguido y acosado siempre, don Júdas se hizo avaro cuando nada tenía ya que guardar, como muchos se hacen ambiciosos cuando no tienen nada que pedir, ó trabajadores cuando nada pueden hacer.

Sus diez últimas onzas han sido halladas esta mañana debajo de un ladrillo, y ellas serán el dote de la pobre Milagros, que sólo ha hecho uno hasta ahora, pero verdadero; el de conservarse buena y honrada, áun siendo jóven y bonita, y lo que es más, planchadora de fino.

Podrá haber quién á pesar de esto dude de la existencia de don Júdas; al que así lo haga me ofrezco á presentarle en Madrid todos sus hijos naturales, que son muchos, y que viven á su imágen y semejanza.

El arte y la Historia Sagrada tienen una desesperacion de Júdas; la sociedad en cambio tiene varios Júdas que son su desesperacion.

VERSOS.

¡Ay, como place recordar las olas
El negro escollo y el destino incierto,
Cuando al rumor de alegres barcarolas
Llega la nave al suspirado puerto!

PREFACIO.

A mi hija María.

Al pronunciar tu nombre, hija querida,
Puros están mis labios y mi alma;
Pasadas las tormentas de la vida,
Miro ya al cielo con serena calma.

—

De cuanto amé y creí con fe y empeño
Sólo dos cosas en mi pecho abrigo:
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño,
Mi amor á tí, que morirá conmigo.

—

Rendido alguna vez, jamas postrado,
Crucé del mundo la escabrosa senda,
Alta la sien, el pensamiento honrado,
No dócil al error y sí á la enmienda.

—

Nunca esperé ni aplauso ni memoria,
Ni demandé favor á la fortuna;
Los pobres lauros que debí á la gloria
Todos los arrojé sobre tu cuna.

—

Si de la edad venciendo los agravios,
Eres, como ángel hoy, mujer un dia,
Oirás, contada por ajenos labios,
Una historia infeliz; esa es la mia.

—

Aspirar á lo grande y ser pequeño,
Amar la libertad y no gozarla,
Tener tan sólo la razon por dueño
Y al capricho del mundo encadenarla;

—

Vivir sujeto al afrentoso lazo
Que teje á veces la maldad triunfante,
Y ver unidos en estrecho abrazo
El ódio ruin y la ambicion gigante,

—

Tal fué mi vida, tal será la tuya,
Y ¡ay de tí si tu aliento desfallece,
Cuando mi noche terrenal concluya,
Cuando tu aurora celestial empiece!

—

Verás con miedo, como yo con ira,
Tomar el vicio de virtud el nombre,
Aplaudir la verdad á la mentira,
Hacer el hombre su escabel del hombre.

—

Verás de amor cubierta con el velo
La torpe liviandad ó el vil amaño;
Herencia del sufrir, el desconsuelo;
Herencia del gozar, el desengaño.

—

Si esto sucede, y si la duda impía
Osa empañar tu corazon siquiera,

Abre este libro entónces, hija mia,
Donde cayó mi lágrima primera.

—

Ábrelo, sí, y al recorrer sus hojas
En que pintarte quiso mi deseo
De los muertos placeres las congojas
Y de la vida el loco devaneo,

—

Piensa no existe entre sus hojas una
Que un consejo no guarde provechoso,
Y que es un buen consejo una fortuna
Que no suele tener el poderoso.

—

Piensa que con la fe todo se allana,
Que con la caridad todo se puede,
Que hay flor que al huracan resiste ufana
Y al blando soplo de la brisa cede.

—

¡Sentir, amar, creer! Aquí se encierra
Todo el secreto de la humana vida;
Quien cumple esta mision sobre la tierra
Puede esperar en calma su partida.

—

¡Por eso yo con efusion te estrecho,
Hija del alma! Te coloco al lado,
Y me duermo tranquilo y satisfecho
Como el atleta de luchar cansado.

(1873.)

DESENCANTO.

Sobre el fuego de amor que yo escondia
Mis lágrimas cayeron:
Eran fuego tambien, y al que ya ardia
Más incentivo dieron.

Hoy que otro amor mi corazon inflama
Y ser feliz presumo,
Miro de aquel amor la viva llama
Y al lado de ésta es humo.

Pronto quizá de tu rigor impío
Sucumbiré al tormento;
Pronto quizá tu amor y el amor mio
Serán, cual todos, ¡viento!

(1865.)

EN UN ALBUM.

No te conozco, niña,
Pero el sencillo aroma
Del libro en que deseas
Mi nombre escrito ver,
Me dice que tú eres
Purísima paloma
Que Dios mandó á este valle
Con forma de mujer.

—

La gracia y la inoceucia
En tí reunidas creo,
Tu amor debe ser gloria,
Ventura tu existir.
¡Ay! Nunca ausente llores
La paz que te deseo,
Ni la desgracia nuble
Tu hermoso porvenir.

(1865.)

EL PUENTE.

(Imitacion de Víctor Hugo.)

Solo, y transida de dolor el alma,
Á Dios alcé la faz,
Y en su trono le ví de luz vestido,
Vertiendo amor y paz.

—

—¡Ay! exclamé; para llegar tan léjos
Quizás tengo valor;
Mas ¿dónde el puente está que abra camino
Al triste pecador?

—

En esto, de una lágrima en el fondo
Leve sombra miré
Que apoyaba en las nubes la cabeza
Y en el abismo el pié.

—

—Yo soy el puente, murmuró á mi oido,
Que niega tu razon;
Si allí quieres llegar, vén á mis brazos;
Me llamo ¡la Oracion!

(1867.)

POLOS OPUESTOS.

Por más que mires, por más que rias,
Por más que juegues, por más que corras,
Yo te aseguro que tus encantos,
Aunque me encantan, no me enamoran.
Sé que eres linda, sé que tus ojos
Dan, como el rayo, la muerte sorda;
Sé que á jazmines tu aliento huele;
Sé que de perlas nido es tu boca;
Mas sé que fuiste siempre coqueta,
Mudable siempre, siempre traidora,
Como la nube,
Como la sombra,
Como los vientos,
Como las olas.

—

Tú sueñas mucho, yo espero poco;
Yo soy esquivo, tú eres celosa;
Tú, como el ave, buscas espacio;
Yo, cual molusco, vivo en mi concha;
Tú, embelesada con el ruido,
Sientes del mundo la fiebre loca;
Yo, en la tristeza y en el silencio

Mis ilusiones evoco á solas;
Tú eres flexible como la idea,
Yo rudo y grave como la historia,
Como el destino,
Como la roca,
Como la vida,
¡Como la fosa!

(1868.)

EL RAYO DE LUNA.

(A Federico Balart.)

Entra, cariñoso amigo,
Que abierto dejé el postigo
Del calabozo profundo,
Y no estoy solo en el mundo
En tanto que estés conmigo.

—

Vén á iluminar mi frente
Como en más serenos dias,
Y háganme grato este ambiente
Mis soñadas alegrías
Y tu luz resplandeciente.

—

¡Astro de calma y de paz!
¡Cuántas veces bondadoso
Me serviste de solaz
En aquel tiempo dichoso,
Tan dichoso y tan fugaz!

—

¡Cuántas al pié de una reja

Presenciaste mi ventura,
Miéntras en amante queja,
Como en las flores la abeja,
Libaba doquier dulzura.

—

De la selva en el misterio,
Del mar en la inmensa calma,
En el triste cementerio,
Por todas partes mi alma
Buscó tu mágico imperio.

—

Y hoy, á tu rayo evocados,
Reviven en mi memoria
Cien fantasmas adorados,
Desde el cielo de mi gloria
Por mi mal precipitados.

—

¡Luna! siguiendo tu huella,
De la lumbre que destella
Mi espíritu marcha en pos,
Seguro de que por ella
Puede llegar hasta Dios.

—

Por eso siempre te adoro,
Y de esperanza tesoro,
Á tu luz por que suspiro,
Los hierros que en torno miro
Toman el color del oro.

—

En dolor ó en alegría
Nunca me prives de verte,
Pues este amor, luna mia,

Realidad ó fantasía,
Ha de vencer á la muerte.

—

Tú serás mi compañera
Hasta despues que sucumba,
Porque, humilde ó altanera,
Pondré de modo mi tumba
Que la bañes toda entera.

(Prisiones militares.—Setiembre, 1868.)

A UNA MUJER.

Ceñido del placer con la guirnalda
Viví á tu lado y venturoso fuí;
Cuando la suerte me volvió la espalda
Te alejaste de mí.

Ni ódio ni amor (los hechos te lo abonan)
Pidas ya á mi cansada juventud;
¡Yo soy de los que todo lo perdonan,
Ménos la ingratitud!

(1868.)

EL ARTE.

A mis amigos de Roma.

Aun era yo muy niño
Cuando por vez primera
Abriendo al entusiasmo
Mi vírgen corazon;
Al ruido de las olas
Del mar en la ribera,
Sentí dentro del alma
Brotar la inspiracion.

—

La nave que pasaba,
El sol que descendia,
La brisa cuyo soplo
Rizaba el ancho mar,
Me hablaban un idioma
Que yo no comprendia,
Sonoro, como suenan
Los ecos de un cantar.

—

Y era que ya en mi pecho
Con ímpetu vibraba

La misteriosa cuerda
Á cuyo dulce són
Mi mente de poeta
El Arte adivinaba,
Sirviendo á su hermosura
De ofrenda mi cancion.

—

¡El Arte! Peregrina
Deidad á quien adoro,
Que mis dolores calma,
Que alienta mi existir.
¡El Arte! Pura estrella
Que en mis ensueños de oro
Iluminó cien veces
Mi oscuro porvenir.

—

Yo en sus misterios hallo
Del sér la omnipotencia,
En pos de sus creaciones
Mi espíritu se va.
Yo de su ambiente aspiro
La regalada esencia,
Y tengo en él la clave
De cuanto fué y será.

—

Él, cuando el tiempo ha hundido
Los pueblos y las razas,
Cuando hasta la memoria
De lo pasado huyó,
Evoca de Pompeya
Las anchurosas plazas,
Ó turba en las Pirámides

El sueño de Cheó.

—

Él inspiró del Tasso
La mente enamorada,
Los mármoles de Fidias
Hirió con su cincel;
Él hizo concibieran
Homero su *Iliada*,
Cervantes su *Quijote*,
Su *Pasmo* Rafael.

—

Él penetró en las almas
De Calderon y Dante,
Mostrándoles un mundo
Que nadie vió jamás;
Y alzó sobre San Pedro
La cúpula gigante,
Admiracion del mismo
Que la soñó quizás.

—

Y él, ¡ay! en nuestra España
Potente vióse un dia
Temido y aclamado
Cual árbitro y señor;
Y áun guarda esa memoria,
Que al tiempo desafia
Quien por su patria siente
La llama del amor.

—

Aun viven esculpidos
En bronces inmortales
Lope de Vega, Ercilla,

Rivera, Zurbaran,
Murillo, Berruguete,
Fray Luis, Tirso, Morales,
Quevedo y Garcilaso,
Velazquez y Boscan.

—

Despues... al ronco grito
De la discordia fiera,
Por tierra derribados
Los ídolos de ayer;
El Arte fué la triste
Paloma mensajera
Que á nuevos horizontes
El vuelo fué á tender.

—

Ya vuelve; en torno vuela
De su laurel amado,
Con ella resucitan
Las glorias de otra edad.
Dejadla que su nido
Fabrique á nuestro lado,
Y santo emblema sea
De amor y libertad.

(1868.)

CONTEMPLANDO LA TORRE DE PISA.

Soneto.

¡Cómo desde esa cúspide gigante
Mísera y ruin la humanidad parece,
Y cómo el corazon se empequeñece
De esta soberbia fábrica delante!
Miéntras ella, inclinada y vacilante,
Miedo y admiracion al mundo ofrece,
Un siglo tras el otro desparece,
Y una edad á otra edad vence arrogante.
Enigma de la humana inteligencia,
Siempre que absorto te contempla el juicio
Aprende una verdad en tu existencia:
Todo se inclina aquí, sér y edificio;
Mas ¡ay! ¡la inclinacion que da la ciencia
No tiene el triste fin que la del vicio!

(1869.)

EL CANTOR SCHAHKOULI.

(Imitacion de Aleardi.)

Á JUAN VALERA.

Envueltas de polvo y humo
Entre la bruma pesada,
Se ven las doscientas torres
De Bagdad, la ciudad santa.
Oscilan los minaretes
Al impulso de las llamas,
Y se oyen doquier gemidos,
Y lamentos y plegarias.
Sólo en un pórtico oscuro
Reina pavorosa calma,
Que allí en silencio un mancebo
Lucida hueste prepara,
Dispuesta á morir matando
Por su Dios y por su patria.

—

Vencida quedó la hueste
Y por el turco diezmada;
Desde su tienda de seda
Vió Amurates la batalla.
Al mirar los prisioneros
Que á su cautiverio marchan,

«Esclavos, dijo, traedme
Del persa que los mandaba,
En una bandeja de oro,
La cabeza ensangrentada.»

—

Y era un cantor el mancebo,
Celebrado por la fama
Desde la orilla del Tígris
Á los confines del Asia.
«Dispuesto estoy á la muerte,
Con voz exclamó muy alta,
Pero de ver al caudillo
Pido la suprema gracia,
No ya por mí, por el arte,
Que tal vez conmigo acaba.»

—

Del tirano en la presencia
Las cuerdas templó del arpa,
Y el canto de la agonía
Lanzó á la turba asombrada.
Era su voz un concierto
De sollozos y de lágrimas,
Una lluvia de suspiros
En el desierto del alma.

—

Cantó despues de la guerra
Los horrores y la saña,
Las cenizas de los héroes,
La tierra muda y esclava,
Y sus notas parecian
Juramentos de venganza,
Agudo són de clarines,

Ronco silbido de balas.

—

Por fin, el himno entonando
De la redencion humana,
Narró de la paz los goces,
Del ámor las esperanzas,
Y artes, letras, monumentos,
Siendo memoria sagrada
De los cantores ilustres
Y los clementes monarcas.

—

Tristes quedaron los rostros
Al escuchar sus palabras;
Los más feroces soldados
Envainaron las espadas;
Desde su elevado trono
Tranquilo Amurates baja,
Y al cantor la mano tiende,
Y de este modo le habla:
«Vida y perdon te concedo,
Que quien cual tú siente y canta,
Á los más fuertes humilla
Y á los más grandes ensalza.»

—

Fiero Neron á Amurates
Los historiadores llaman;
Mas del músico persiano
Áun suenan las alabanzas
Desde la orilla del Tígris
Á los confines del Asia.

(1869.)

MILAGROS.

—

(Traducida del Aleardi.)

Á PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

I.

Un convento hay en Castilla
Enclavado en una peña,
Conocido por el nombre
De San Pedro de Cardeña,
Y á la Vírgen consagrado
Por su antiguo fundador;
Donde en tierra la rodilla
Oraba el Cid Don Rodrigo,
Miéntras cubierto de polvo
Y sangre del enemigo,
Bajo el pórtico piafaba
Su corcel batallador.

—

Estando el Cid en campaña
Turbas de moros feroces
Asaltaron el convento,
Y entre rugidos y voces
Las cabezas demandaron

De cien frailes y el abad;
Y con inaudita saña
En el claustro, al otro dia,
Inmolados fueron todos
En atroz carnicería,
De la Madre de los tristes
Implorando la piedad.

—

Pasó un año, y luégo otro año,
Y, segun cuenta la historia,
Para guardar de aquel hecho
Viva siempre la memoria,
Sangre sudaban las piedras
Donde la sangre cayó;
Y duró el portento extraño
Hasta que el moro maldito
Aprisionado en Granada
Y por Isabel proscrito,
Del desierto en la llanura
Sus aduares fabricó.

II.

Cuando cada año llegaba el dia
Recuerdo triste del bien perdido,
Oculta pena me consumia,
Sudaba sangre mi pecho herido.

—

Hoy ya soy otro; cual limpio lago
Tornó á la calma mi vida inquieta;
Los astros brillan, el aire es vago;
Brotan las flores, canta el poeta.

—

Ví á los reflejos de dulce aurora
Una zagala cruzar el prado,
Y ella fué sólo, perfida mora,
Quien de mi pecho te ha desterrado.

(1869.)

TRABAJO ETERNO.

Como buscan el mar los arroyuelos
Y se vuelve al Oriente el girasol;
Como buscan los pájaros su nido,
¡Así te busco yo!

—

Como esquiva al milano la paloma
Y se aparta del césped el jazmin;
Como las nubes huyen de la brisa,
¡Así huyes tú de mí!

—

Pero nubes, y brisas, y palomas,
Y milanos existen á la vez,
Y áun alcanzarse les permite el cielo
Cual yo te alcanzaré.

(1869.)

EL VALLE DE LA MUERTE [1].

(Traducido del Aleardi)

Á JOSÉ FERNANDEZ GIMENEZ.

Hay un lugar al fondo del Oriente,
Por cuarenta volcanes alumbrado,
Que en su recinto fértil y riente
Guarda un pequeño valle envenenado.

—

Ninguna planta en su erial germina
De enormes piedras por do quier ceñido,
Y la sombra de un monte le domina
Sobre la arena lívida tendido.

—

Del monte aquel en las pendientes suaves,
Selvas crecen de cedros y castaños;
Cantan en derredor extrañas aves,
Pacen en derredor brutos extraños.

—

(1) El valle de este nombre, en la isla de Java, donde existen treinta y ocho volcanes en combustion, y muchos que hace tiempo parecen extinguidos, tiene media milla de circunferencia, y á la falda de la colina que forma la isla brota un manantial de ácido carbónico.

Fuera, un eden parece la llanura,
Que interrumpen arroyos bullidores;
Cargada de jazmin, el aura pura
Mece tranquila las pintadas flores.

—

Pero en el valle, cual lebrel ansioso,
Siempre en el arco la acerada flecha,
Cazadora implacable y sin reposo
Al descuidado sér la muerte acecha.

—

La golondrina, que con fácil vuelo
De una en otra region los aires doma,
Sólo al tocar aquel confin de duelo
Como herida del rayo se desploma.

—

Allí acaba del ciervo la carrera,
Del insecto el zumbido allí fenece,
No hay planta ni reptil que allí no muera,
Yerto sepulcro el arenal parece.

—

Oye en la selva el retumbar del trueno
Y quieto duerme el búfalo salvaje;
Ve del volcan el encendido seno,
Y ni aún le asombra el cárdeno oleaje;

—

Mas si un hálito sólo desprendido
De aquel lugar de maldicion le toca,
Huye lanzando atronador rugido
Que resuena al pasar de roca en roca.

—

Y con todo, mujer, yo he descubierto
Cosa más que este valle desolada,

Bella por fuera, de delicias huerto,
Seca en el interior, y envenenada.

—

¡Y esa eres tú, mujer! Que exista dudo
Desierto al que tu pecho no supere,
Como llanura devastada mudo,
Dó todo afecto que se acerca, muere.

—

Triste erial de dudas y de engaños,
Abismo de ilusiones no nacidas,
Ese es tu corazon, raudal de daños
Fecundo sólo en aguas corrompidas.

—

Allí del cementerio está la calma,
Si del amor y el bien buscais las fuentes
De este valle, sarcófago de un alma,
¡Huid, huid, mortales inocentes!

(1870.)

EN EL ESCORIAL.

Soneto.

¡Todo aquí es grande! Soledad, tristeza,
Horizonte, recuerdos, pöesía;
El templo que á los siglos desafía,
La salvaje y feraz naturaleza.
Donde un prodigio acaba el otro empieza,
Donde el pecho no siente se extasía,
Y á Dios el labio su plegaria envia
Sin que la voluntad le diga: «¡reza!»
Ejemplo vivo del orgullo humano,
Aquí Felipe, del frances triunfante,
Tumba labró y alcázar soberano.
Hacer no pudo mas, y fué bastante;
Que al enterrar su corazon enano
Le dió por compañero el de un gigante.

(1870.)

NUBES DE VERANO.

Cuando levanta el mar embravecido
Sus olas hasta el cielo,
Si una lluvia desciende de las nubes
Lo calma en el momento.

—

Como mar que á menudo se embravece
Me dices que es tu genio,
Mas guardo yo para calmar sus olas
¡La lluvia de mis besos!

(1870.)

ARMONIAS INTIMAS.

(Imitacion de Zanella.)

Voces secretas que en murmullos suaves
De misterios llenais mi fantasía,
Dulces susurros, vibraciones graves,
¿Quién os envia?

—

¿Alguno me calumnia? ¿Es que insensatos
Sus lenguas contra mí los necios mueven,
Ó es que sirvo de mofa á los ingratos
Que algo me deben?

—

¿Alguno me recuerda? ¿El leve ruido
Que semeja los ecos de una lira,
Será acaso de un bien desvanecido
La mágica mentira?

—

¿Ó de aquellos amigos de la infancia
Que en la tumba reposan olvidados,
Vendrán á mí, salvando la distancia,
Los ayes apagados?

—

Ora os traigan las olas ó los vientos
Nuncios á ser de pena ó de ventura,
Que os oiga siempre yo, caros acentos
De un nada que murmura.

—

Vosotros sois las voces encantadas
Que de este mundo al otro se dan cita,
Y en vuestras vibraciones ignoradas
La creacion palpita!

(1870.)

EL SUEÑO.

—

A Antonio Hurtado.

Rumor de voces lejano
Parece suena en mi oido,
Quiero recordar en vano,
Y el libro, que no he leido,
Se desliza de mi mano.

—

Ante mi incierta pupila
Miro en silenciosa fila
Seres y objetos pasar;
Cuanto me cerca vacila,
Mi aliento se va á apagar.

—

Veo risueñas llanuras
Y montañas escarpadas,
Selvas frondosas y oscuras,
Y entre arroyos y cascadas
De un antro las angosturas.

—

Del antro sobre la puerta
Arrojo yelmo y escudo,

Y por la escala desierta
Ciego, irritado, desnudo,
Me lanzo á carrera abierta.

—

Rápido cruzo y sereno
Calles de lava y basalto,
Nada á mi ardor pone freno,
Si hallo un torrente, lo salto,
Si hallo un abismo, lo lleno.

—

Á un mundo desconocido
Llego al despuntar la aurora,
Mundo de paz y de olvido,
Donde se ensalza al caido
Y se consuela al que llora.

—

No existe allí el ódio fiero,
Ni la envidia, ni el agravio,
Y unidos van de bracero
El mendigo con el sabio,
Torquemada con Lutero.

—

Rosada luz ilumina
De aquel mundo el horizonte,
Y á traves de la neblina
Palmas se ven en el monte,
Laureles en la colina.

—

En la más cercana cumbre
Alza un templo sus arcadas,
Que dora del sol la lumbre,
Y en cuyas gigantes gradas

Se postra la muchedumbre.

—

Y cien voces á la par,
Y cien mil de ellas en pos,
Van con el mismo cantar
Repitiendo: «¡Gloria á Dios!
Su reinado va á empezar.»

—

Al eco de esta armonía
Mi imaginacion turbada
Recobra su lozanía,
Y en mi pupila inflamada
Refleja la luz del dia.

—

De todo cuanto soñamos
Nada en derredor hallamos;
Las ilusiones dejemos,
Y puesto que despertamos
Á la batalla tornemos.

—

Otro viaje nos espera
Por más árido camino,
Donde en vez de la palmera
Halla cipreses doquiera
El cansado peregrino.

—

Y de ese viaje al final,
En cuyo largo arenal
La materia se evapora,
Se ve de una dulce aurora
El crepúsculo inmortal.

(1870.)

DESCUBRIMIENTO.

(Traducido del Aleardi)

Ayer, en tu jardin que el Arno baña,
Vi, Cármen, á una araña
Tejer su tela dócil é insidiosa
Sobre una fresca rosa.

—

Hoy, cuando tu pasion me ponderabas
Y eterna fe jurabas,
Del engaño la tela ver creia
Que el labio tuyo urdia.

—

Ayer del manantial que raudo brota
Cogí una limpia gota,
Y á los rayos del sol observé en ella
De mil larvas la huella.

—

Hoy, al decirte en loco desvarío
«Adios, encanto mio»,
Una perla rodó por tu semblante
Y yo la vi anhelante.

—

Dentro de ella oscilaban á lo léjos
Purísimos reflejos:
Me acerqué; los destellos que lucian
Serpientes parecian.

(1870.)

CONTEMPLANDO LA MOMIA

DEL EMPERADOR CARLOS V.

Soneto.

¡Él es! ¡Lo reconozco! Áun en su mano
La huella se adivina de la espada;
Áun fulgura en la sombra su mirada
Que en lienzo impresa nos dejó Ticiano.
De su altivez el gesto soberano
Áun conserva la boca desdentada.....
¡Pluguiera al cielo que su diestra armada
Otra vez aterrase al africano!
Quedó su historia en bronces esculpida;
Los siglos pasan y su fama crece;
Quien á verle llegó nunca le olvida:
La tumba al encerrarle se estremece;
Y fué tan grande y poderoso en vida
Que hasta despues de muerto lo parece.

(Escorial, 1871.)

LAS ONDINAS.

—

(Imitacion de Aleardi.)

Á ANTONIO F. GRILO.

Del lago azul y límpido
Las ondas cristalinas
Surcando va fantástica,
Sin eco y sin rumor,
La hueste mitológica
De sílfides y ondinas
Que alientan con el céfiro,
Que duermen en la flor.

—

Cuanto soñó el espíritu
De seductor y bello,
En sus semblantes cándidos
Idealizado está:
Sus labios son de púrpura,
De nácar es su cuello,
Y á la azucena pálida
Su seno envidia da.

—

Con danzas y con cánticos
Alegran su existencia

En la mansion recóndita
Que les labró el Señor;
Un coro son de vírgenes
De paz y de inocencia;
Sonrieu, pero ¡ay míseras!
No saben qué es amor.

—

A veces un estrépito
La superficie altera
De la laguna plácida
Do bullen sin cesar,
Y al ir con ojos lánguidos
Buscando una quimera,
Ven sólo sus imágenes
Tranquilas reflejar.

—

De noche, á los purísimos
Destellos de la luna,
Cuando el hermoso ejército
Al sueño se entregó,
Parece ver de tórtolas
Cubierta la laguna,
Y lleva el aire lágrimas
Que al pasó recogió.

—

. . . .

Así con vuelo rápido
Tu pensamiento, Elisa,
De un vértice á otro vértice
Desvanecido va:
Así navega intrépido
Tu corazon aprisa

Por ese mar sin límites
Donde el abismo está.

—

¡Cuál de tu labio trémulo
El beso fuera grato!
¡Cuál de tu frente mórbida
El celestial fulgor,
Si hallando al bien estériles
Tu afan y tu arrebato,
Lograrás por bien único
Saber lo que es amor!

—

Hoy, como estatua fúnebre
Sobre el sepulcro yerta,
Ni das al dolor bálsamo
Ni estímulo al placer:
Inerte y melancólica,
Parece tu alma muerta
Despojo de un autómata
Con forma de mujer.

—

Vendrán las horas tétricas
De angustia y de quebranto;
Caerán los rotos ídolos
Del carcomido altar:
De tu semblante célico
Se borrará el encanto,
Y ¡ay si te falta el último
Consuelo, el de llorar!

(1871.)

DEBE Y HABER.

Huésped de la pobreza, largo tiempo
Me he sentado á su hogar,
Siendo mi compañera la alegría,
Hermana de la paz.

—

Áun de aquellos instantes la memoria
Fija en el alma está,
Si del lago contemplo de mi vida
El límpido cristal.

—

He llegado despues hasta la puerta
De la felicidad,
Y he perdido en el viaje la alegría,
Que no puedo encontrar.

(1872.)

LA VISION DE ZACARIAS.

(Idilio casero.)

Á EDUARDO SACO.

Zacarías... Fernandez, no el profeta,
Sino un pobre poeta,
Redactor de un diario que no indico,
Con diez duros al mes, y esos de *pico*,
Dormido una mañana
En su camaranchon á teja vana,
Un miércoles de Enero,
Y con cinco ó seis grados bajo cero,
Soñó (debilidad seguramente)
Punto más, punto ménos, lo siguiente:

Pisando apénas la tupida alfombra
Ibale á los alcances una sombra,
Descubriendo á traves de blanco velo
Dos ojos tan azules como el cielo;
De la siniestra mano, que escondia,
Verde corona de laurel pendia,
Y de la diestra un saco,

Gordo lo mismo que el tonel de Baco,
Donde sonaban trémulas é inquietas
Onzas, doblillas, duros y pesetas.
El infeliz, absorto al contemplarla,
Dudaba si esperarla ó no esperarla,
Y era un dilema que le daba grima
El dejarse coger ó el irse encima.
Por fin, dulce y sonora,
Cual la de la mujer á quien se adora,
La voz de la vision, si es voz el canto,
Así rompió el silencio y el encanto:

—

—Fernandez, no te asombre
Que te salude y llame por tu nombre,
Pues espíritu soy de una persona
Que há tiempo te conoce: tu patrona.
Ella guarda el secreto de tu vida,
Al duelo inmensa y al placer medida,
Comprende tu inquietud y tus afanes
Y ha sumado tus penas y tus panes.
Alma cerrada á la maldad y al dolo,
Se abre la tuya á la virtud tan sólo,
Y por ese camino
Nunca llegar podrás á tu destino.
Tu destino es vencer; pompa, riqueza,
Adulacion, grandeza,
Cuanto al mortal conviene
En este saco está: de todo tiene.
Una palabra tuya y te lo entrego.
—Y tú, sombra, ¿qué harás?
—Dejarte luégo.
—Y dime; ese laurel que avara escondes,

Ese cantar con que á mi voz respondes,
Esa pálida frente alabastrina
Que el sol de tus miradas ilumina,
Esa celeste calma
En que se inunda al contemplarte el alma,
¿De mí se alejarán si tú te alejas?...
— Cierto; pero con oro ¿á qué te quejas?
— ¡Oro! ¡Maldita la region impía
Que hijo tan vil en sus entrañas cria!
¡Maldito el que por oro
Trueca de sus ensueños el tesoro,
Y del altar del genio y la hermosura
Hace un arcon de doble cerradura!
Venga ese saco, venga,
Corra por esas calles cuanto tenga;
Llenad, llenad, avaros, los bolsillos...
(Y se dió en la pared con los nudillos.)
Sonrióse Fernandez, y «¡qué tonto!
Dijo entre sí, me desperté muy pronto!
Soñaba que á ser rico no aspiraba
Y era pobre y feliz, ó lo soñaba.
¡Pero aquella mujer de ojos de cielo!
Si yo fuera pintor ¡qué gran modelo!
Vuelvo á dormir, y á que otra vez me embrome
Una sombra... mejor, así no come!»

—

Entre la turbamulta callejera
Que vive de esperanzas y armonías,
¿Quien, una vez siquiera,
No tuvo la vision de Zacarías?

(1872.)

TROVA.

Sobre una tumba sagrada
Un juramento hice un dia ;
Sér humilde en la ventura,
Sér sufrido en la desdicha,
De cera con el cariño,
De acero con la perfidia;
Y hoy ante esa misma tumba
Vengo á jurar de rodillas
Que cumpliré el juramento
Aunque me cueste la vida!

(1872.)

EL MURCIELAGO.

(Imitacion de un cuento aleman.)

Por ódio que se tenian,
Ó por otras causas graves,
Que ni ellos quizá sabian,
Guerra mortal á las aves
Los cuadrúpedos hacian.

—

Ya deshechos como espuma,
Ya iracundos como el mar,
Los dos partidos, en suma,
Iban perdiendo á la par
Quién el pelo, quién la pluma.

—

Solo feliz y contento
El murciélago vivia,
Pues, á la victoria atento,
Dando su chillido al viento
«¡Viva quien vence! decia.»

—

Y como el gran camastron
Es neutro, segun se sabe,
Pillaba siempre turron,

Siendo con los unos ave,
Y con los otros raton.

—

Cansados de guerra al fin,
De avenirse hallaron modos
Repartiéndose el botin,
Y despreciado por todos
Fué el animalejo ruin.

—

Desde entónces, sin cesar,
Sólo de noche se arroja
El murciélago á volar,
Que, áun siendo vil, le sonroja
Que se lo puedan llamar.

(1872.)

LA LIBERTAD.

Soneto.

Á EMILIO CASTELAR.

¡Celeste libertad! ¡Astro fecundo
Que triste á veces su fulgor derrama,
Cuando al mirar su luz trocada en llama
Mejor destruye que ilumina el mundo!
Ya hundida del abismo en lo profundo,
Ya rica de poder, de gloria y fama,
Como la madre por sus hijos clama,
Aclamo yo tu imperio sin segundo.
Dentro del corazon tu nombre leo;
Ántes que ausente de mi hogar te llore,
Ántes que el hierro del esclavo muerda,
De mi existencia el fin hallar deseo.
¡Maldito aquel que hipócrita te adore!
¡Maldito aquel que estúpido te pierda!

(1873.)

EN EL ALBUM DE LAURA SICKLES.

En tierra extraña nacida,
Bajo otro cielo criada,
Nuevo aroma y nueva vida
Cobra la flor trasplantada,
Si es el amor quien la cuida.

No temas, pues, bella flor,
Que de este sol el calor
Pueda amenguar tus primores;
En la tierra del amor
Nunca se agostan las flores.

(1873.)

VIENTOS CONTRARIOS.

Hace ya tiempo que veo,
Cuando mis ojos se entornan,
Desfilar ante mis ojos
No sé que especie de sombras.
Tristes y pálidas unas,
Dulces y risueñas otras,
Ya con ternura me miran,
Ya con desprecio me nombran.
No hay sueño desvanecido,
Ni esperanza seductora,
Ni quimera, ni recuerdo,
Ni voz, ni arrullo, ni nota,
Que en mi corazon no vibre,
Ó despierte en mi memoria,
Para mi mal muchas veces,
Para mi martirio todas.
Algo invisible me atrae,
Algo pesado me agobia,
Y es el palenque mi pecho
De lucha tenaz y sorda.
Rumor extraño y confuso
Que sobre los aires flota,

Y resonando en mi oido,
Me enajena ó me sofoca,
Tiene en perpétua vigilia
Mi imaginacion absorta,
Donde el entusiasmo quema
Sus alas de mariposa.
— Vence, me grita el orgullo,
— No desmayes, la lisonja;
— No me temas, el destino;
—No me desdeñes, la gloria:
Y entre uno y otro combate,
Que libran conmigo á solas
El tedio que me consume
Y el pesar que me devora,
Siento al buitre del deseo
Que mi corazon destroza,
Prometeo encadenado
Del desengaño á la roca.

(1873.)

APÓLOGO.

—

Cuentan que al sentirse herido,
Y ya próximo á su fin,
Con un amargo gemido,
Llora el ciervo perseguído
La maldad del hombre ruin.

—

Lo mismo en toda ocasion
Debe hacer el corazon
Al ver perdido su encanto,
Que muchas veces el llanto
Castiga una mala accion.

(1873.)

TROVA.

—

A Manuel Fernandez Gonzalez.

—Di por piedad, hermosa castellana,
Que bajen el rastrillo;
Herido vengo, y moriré mañana
Al pié de tu castillo.

—

—No entran en él los viles que pelean
En lucha fratricida;
Huye donde mis gentes no te vean,
Y cure Dios tu herida.

—

—Jamas en lides tales, mi señora,
Manché mi limpio acero.
Lidio por la beldad que el alma adora,
Sólo por ella muero.

—

Decir oí que de su honor en mengua
Murmuraba un villano,
Y en el vecino rollo está su lengua
Clavada por mi mano.

—

Herido estoy; tras mí con furia insana
Llegarán al castillo;
Di, por piedad, hermosa castellana,
Que bajen el rastrillo. —

—

Oyóse el rechinar de las cadenas,
Brillaron las espadas,
Y viéronse de pronto las almenas
De arqueros coronadas.

—

Miéntras á una mujer con dulce acento
Un trovador decia:
«Puedo mirarte, y moriré contento.
¡Gracias, amada mia!»

(1873.)

LAS DOS ISLAS.

Yo he visto del Oceáno,
En la inmensa soledad,
Dos islas que, siempre verdes,
Se reflejan en el mar.
Un abismo las divide,
Que las engendró quizá;
Pero á traves de ese abismo,
Entre ellas vienen y van
Los besos que lleva el aire
En su carrera fugaz,
Y los cándidos efluvios
De su seno virginal.
Todo es comun para entrambas,
La calma, la tempestad,
El sol, el viento, las olas,
La alegría y el pesar.

—

¡Ay! esas islas remedan
En su consorcio ideal,
De nuestros dos corazones

El desesperado afan.
Semejante á su destino
Nuestro destino será:
Vernos siempre, amarnos siempre
Y no juntarnos jamas.

(1874.)

RELÁMPAGOS.

Soneto.

Romper airado la tiniebla oscura,
Brillar un punto iluminando el cielo,
Y sumergirse como en mar de hielo
Del olvido en la inmensa sepultura.
Dibujar en el aire una figura
Con todos los colores del anhelo,
Y verla á otra region tender el vuelo,
Ó bien fundida en la materia impura,
¡Todo eso hace el relámpago! Mucho ántes
De afligir ó alegrar con su presencia
Muere en las sombras que alumbró distántes;
Amor, ventura, fe, gloria, inocencia,
¿Qué sois sino relámpagos brillantes
En la noche sin fin de la existencia?

(1874.)

DIÁLOGO MUDO.

—¿Qué me dicen, niña,
Tus pupilas negras?
¿Es que me preguntan,
Ó es que me contestan?

—

—Le gusto.—Me encanta.
—¡Ingrato!—¡Hechicera!.
—Pensando en él vivo.
—Me muero por ella.
—¿Qué mujer le ha dado
La rosa que lleva?
—¿Por qué estará triste
Si estaba risueña?
—¡Qué loco!—¡Qué linda!
—Nada; ¡no se acerca!
—Si yo me atreviese.....
—¡Señor, que se atreva!

—

—Gracias, alma mia,
Tus ojos me queman,
Ya se lo que dicen
Sus pupilas negras!

(1874.)

EN EL FONDO.

Miéntras terrible y formidable y rudo
Brama el mar, y las rocas estremece,
De pobre concha en el recinto mudo
La nacarada perla vive y crece.

Así de la existencia en el combate
Entre el pesar y el llanto y la rüina
Dentro del corazon, miéntras que late,
La dulce llama del amor germina.

(1874.)

VIENDO MORIR A UN NIÑO.

Vas á morir, y lloras,
¡Prenda querida!
¡Cómo se ve que ignoras
Lo que es la vida!
Si lo supieras,
Del placer de dejarla
Te sonrieras.

—

Avecilla enjaulada,
Vuelve á tu nido;
De la prision dorada
Te has redimido.
Triste del ave
Que ni volar ya puede
Ni cantar sabe!

(1874.)

EL ARBOL VIEJO.

Los piés en la verde alfombra,
La cabeza en los nublados.....
¡Cuántos seres ya olvidados
Habrán dormido á tu sombra!

—

Aquí la doncella oyó
De amor el grito primero;
Aquí el cansado viajero
Calma y reposo encontró.

—

Quizá te hicieron servir
De dosel á algun magnate;
El herido en el combate
Quizá vino aquí á morir.

—

Hoy solitario y escueto
En la noche silenciosa
Pareces mezcla medrosa
De gigante y esqueleto;

—

Y por el viento agitadas
Tus hojas, que mustias ruedan,

Ora suspiros remedan,
Ora fingen carcajadas.

—

¡Ojalá que de verdor
Te cubra amoroso Mayo,
Y caigas envuelto en flor
Ántes al fuego del rayo
Que al hacha del leñador.

(1874.)

¡YO PECADOR!

Si es sagrado, Señor, el juramento,
¡Apiádate de mí!
Perjuro soy y aguardo tu castigo
Doblada la cerviz.

—

Juré amar á una pérfida, y esclavo
Del juramento fuí.
Luégo juré olvidarla, y ¡oh flaqueza!
¡No lo puedo cumplir!

(1874.)

OLAS AMARGAS.

A un amigo de la niñez.

Vén; la playa está desierta,
El sol á ocaso camina,
Y efluvios primaverales
Lleva en sus alas la brisa.
Vén; el crepúsculo avanza,
Cubre el cielo roja tinta,
Vuelan buscando su nido
Las pintadas avecillas,
Y el rumor del oleaje
Parece canto que espira.
Mar, playa, sol, horizonte,
Todo á meditar convida;
Hora es ésta de tristeza
En que el alma se extasía
Viendo en la nube que pasa,
En el astro que declina,
En el inmóvil escollo
Y en la arena movediza
La copia de ese otro abismo
Sin fondo y sin luz: la vida.
Aquí fué, bajo este cielo,

De estas olas á la orilla,
Donde la hallé en mi camino
La mañana de aquel dia.
Como Vénus, de la espuma
Ella brotó ante mi vista;
Pero, más frágil que Vénus,
Y más que la espuma misma,
Aquí fué, sobre esta arena,
Donde ella escribió una cifra
Que no fué la de mi nombre,
Que en otro tiempo escribia.
Y ella vive, y estas olas
Sus rivales en perfidia,
La reciben en su seno
Cual náyade peregrina,
Y yo con turbada planta
Vengo á contar mi desdicha
A las aguas que murmuran
Y á los luceros que brillan.
Vén, pues, generoso amigo;
Vén, la noche está tranquila,
Y efluvios primaverales
Lleva en sus alas la brisa.
Vén, que si es grande tu pena,
Mucho mayor es la mia;
Tú llevas luto en el cuerpo
Por un sér que no respira;
Yo llevo luto en el alma
Por una persona viva!

(1874.)

EN LA MUERTE

DE MI MALOGRADO AMIGO Y EMINENTE ARTISTA

MARIANO FORTUNY.

Soneto.

¡Maldito, Roma, el ponzoñoso ambiente,
Pérfido aborto de tu estéril llano,
Que una vez más del genio soberano
Llegó á nublar la poderosa frente!
Hirieras en buen hora la indolente
Pálida sien del abatido anciano,
Del rico prócer el cerebro vano,
Del necio audaz la conturbada mente.
Mas ¡ay, que no fué así! Cayó el atleta,
El artista sin par, el que tenía
La inspiracion á su pincel sujeta:
Y ante el recuerdo del infausto dia
Triste el amigo, atónito el poeta,
¡Sólo sabe llorar el alma mia!

(1874.)

PROBLEMA.

—Dos almas en una sola
Nuestras dos almas serán : —
Así me dijiste un dia
En vísperas de marchar.
Ni te he visto desde entónces,
Ni de tí supe jamas,
Ni pensando en nuestras almas
Puedo yo vivir en paz.
Si tú las dos te llevaste,
Debes pasarlo muy mal;
Si sólo la tuya tienes,
La mia ¿dónde estará?

(1874.)

MIS HIJOS.

Desde que han nacido,
Desde ántes yo creo,
De mí no se apartan
Un solo momento.
Mis penas se curan
Mirándome en ellos,
Despierto los llamo,
Dormido los sueño.
Con darles la vida
La vida les debo,
Pues solo en el mundo
Me hubiera ya muerto.
No hay juego que iguale
Para mí sus juegos,
Ni miel que no endulce
La miel de sus besos.
Se duermen cantando
Como los jilgueros,
Y cuando la aurora
Penetra en su lecho
Los dos la saludan

Cantando y riendo.
¡Ay! ¡Con qué alegría
Entónces recuerdo
Las cien y cien noches
Que al verles enfermos
Lloraba su madre
Temblando de miedo,
Miéntras yo media
La alcoba en silencio!
Dichosos afanes,
Benditos desvelos,
Que hoy de su cariño
Reciben el premio,
Pues no hay para el alma,
Cuando están contentos,
Ni sombra en la tierra,
Ni nube en el cielo.

—

¡Ay! Ellos avanzan
Y yo retrocedo;
Ellos tienen cerca
Lo que yo muy léjos.
Su oriente y mi ocaso
Confundidos veo,
Y el uno es eclipse
Y el otro es incendio.
Por eso á la altura
Mis preces elevo,
De Dios implorando
Morir ántes que ellos,
Pues si un solo instante
Dejára de verlos,

Tan sólo hallaria,
Y hallarlas no quiero,
Sombras en la tierra,
Nubes en el cielo!

(1874.)

EN EL ALBUM

DE LA INSPIRADA POETISA J. DE A.

No te conozco, pero tu acento
Llegó á mi oido rasgando el viento,
Y era tan dulce como el que exhala
Tórtola triste batiendo el ala;
Tan melodioso como la queja
Que un alma vírgen escuchar deja;
Tan halagüeño como la brisa
Cuando las flores mece indecisa.
Aquel acento de tí me hablaba,
Y aquel acento yo idolatraba,
No con la oculta pasion ardiente
Del que codicia lo que presiente,
Sino con esa pureza santa
Del que venera lo que le encanta.
Debe ser buena, yo me decia,
La que en sí guarda tanta poesía;
Debe ser bella, pensaba luégo,
La que se expresa con tanto fuego;
Y te soñaba mi mente ansiosa
Angel, poeta, mujer y diosa.

—

No te conozco, mas te adivino;
Sé que algun dia nos hallarémos
De la existencia por el camino,
Y sé que entrambos nos mirarémos.
Sé que el afecto que en mí se abriga
No es, como muchos, promesa vana;
Sé que mi labio te dice: «amiga»,
Sé que mi pecho te llama: «¡hermana!»

(1874.)

FLORES DE MUERTO.

Cuando su labio traidor
Me dió el primer desengaño
En una frase de amor,
Ella, como caso extraño,
Puso en mi pecho una flor.

—

De mis ilusiones puras
Se eclipsaron los fulgores,
Y tú, mustia flor, áun duras.
¡Tambien arraigan las flores
Cerca de las sepulturas!

(1874.)

SIN ESPERANZA.

Soneto.

Como van hácia el mar precipitadas
Las aguas del torrente rumorosas
Atropellando las humildes rosas
Que á su cauce crecieron asomadas,
Así mi corazon y mis miradas
Fueron, amante aquél y éstas ansiosas,
Al mar que les copiaron engañosas
Tus pupilas profundas y rasgadas.
Hoy, bebiendo en sus olas la amargura
Por sus fieras corrientes absorbida,
Navega el alma en la tiniebla oscura,
Sin que le den consuelo en su caida
La inocencia, la paz y la ventura
Que atropelló el torrente de mi vida.

(1874.)

FEDERIS ARCA.

A Leandro Perez Cossio.

Hay un asilo en mi pecho
Que las dudas no combaten,
Ni los placeres alegran,
Ni entristecen los pesares.
Oscuro como una tumba,
Invisible, inexpugnable,
Ni en él penetran las risas
Ni de él se escapan los ayes.
Dios y yo tenemos sólo
De ese sepulcro la llave,
Sepulcro que es paraíso
Con apariencias de cárcel,
Y Dios y yo solamente,
En señalados instantes,
Vemos lo que allí se oculta,
O mejor, lo que allí yace.

—

Una mujer no besada,
Una interrumpida frase,
La memoria de algun sueño,

El suspiro de algun ángel,
Hojas de flores marchitas,
Ecos de dulces cantares,
Brisas, estrellas, aromas,
Relámpagos, huracanes,
Todo lo que el alma crea
Y en el alma se deshace,
Tiene allí rumor y vida,
Cuerpo, sombra, espacio y aire,
Y flota en un oceáno
Sin escollos ni oleaje,
Con la eternidad por puerto
Y la esperanza por nave.

—

Cuando cansado ó vencido
El espíritu se abate;
Cuando del pesar la nube
Lluvia de lágrimas trae;
Cuando el rencor ó la envidia
O la adulacion cobarde
Por amigo me pretenden
O me señalan por mártir;
Cuando el sol de mi ventura
Pienso que puede eclipsarse,
Del asilo de mi pecho
Donde no penetra nadie,
Abro la escondida puerta
Y en él me refugio amante,
Como se refugia un niño
En los brazos de su madre.

(1874.)

Á LA SEÑORITA DOÑA A. L.

CON MOTIVO DE HABER APADRINADO UN NIÑO, EN UNION DEL AUTOR.

Al borde de una cuna
Te encuentro, Ángeles bella, en mi camino;
La dicha y la fortuna
Sobre ella y sobre tí vierta el destino.

—

Un nuevo sér se lanza
De la existencia á la batalla grave.
¡Así bogue en bonanza,
Y al puerto del Señor llegue su nave!

—

Mar de peligros lleno,
Rudas tormentas y engañosas calmas
Es éste, en cuyo seno
Por alzarse ó caer luchan las almas:

—

Y el juez de la pelea
Á todos de igual suerte galardona,
Que igual quiere que sea
Del martirio y del triunfo la corona.

—

Tú del Abril dichoso
La senda cruzas y el ambiente aspiras,
Y en plácido reposo
Del cielo puro en el azul te miras:

—

¡ Que siempre así serena
La risa del candor juegue en tu labio,
Y de ilusiones llena
Vivas, cual hoy, hermosa, y sin agravio!

—

No anuble tu mirada
Llanto rebelde, ni memoria triste,
Y amante al par y amada,
Reunido goces cuanto bien hiciste.

—

Y cuando llegue el dia
En que, madre feliz, tus ojos fijos
Busquen en otra cuna su alegría,
Caiga amorosa y pía
La bendicion de Dios sobre tus hijos!

(1874.)

RESIGNACION.

—

Filtrándose gota á gota
Sobre el duro pedernal
De çuyas entrañas brota,
El más pobre manantial
Deja la montaña rota.

—

Para mi firme pasion
Tus desdenes gotas son,
Y con bárbaro placer
Las voy sintiendo caer
En mi roto corazon.

(1874.)

EL HIJO AUSENTE.

A mi buen amigo B. R., en memoria de una comida campestre.

De espaldas al cementerio
Te hallabas en el festin,
Siendo el dosel de la mesa
La bóveda de zafir.
Hermosa estaba la noche,
El aire fresco y sutil,
Todo labio balbuciente,
Todo corazon feliz.
Sólo tú, tristes los ojos
Mirabas detras de tí,
Cual si tu mente volára
Á más lejano confin.
Y entre el chocar de las copas,
Y entre el brindar y el reir,
—¡Pienso, dijiste, en el hijo
Que tengo enterrado allí!

—

Halagadores ensueños
Agostados en su Abril,

Esperanzas seductoras
Que al nacer tuvieron fin,
Rotos pedazos del alma,
Que el dolor hace latir,
Son los hijos, cuya muerte
Recuerda el padre infeliz.
Por eso encuentro muy justo
Que, entre el ruido del festin,
Una lágrima en tus ojos
Denuncie lágrimas mil.
¡Y aunque pena semejante
No acibara mi existir,
Lloro contigo aquel hijo
Que estás viendo desde aquí!

(Quinta de Goya, Julio 1874.)

EN EL ALBUM DE MARIA O.....

Yo te he visto una vez, no sé que dia,
Solo sé que, católico ferviente,
Grité, al mirar el cielo de tu frente:
«¡Dios te salve, María!»

(1874.)

À LA DISPERSION DE LOS RESTOS

QUE DEBIERON GUARDARSE EN EL PANTEON NACIONAL.

Soneto.

¡Dejémosles pasar! No con impías
Promesas vanas, que el honor condena,
Turbemos otra vez la paz serena
Que hallaron en sus tumbas, hoy vacías.
Duerman en calma las cenizas frias
Á cuya gloria se atrevió la ajena,
Y como arrastra el siervo su cadena
Arrastren su infortunio nuestros dias.
No durarán columnas ni trofeos,
Ni lápidas, ni bronces, ni diamantes,
Lo que duran Virgilios y Tirteos,
Y ya cerca se miren, ya distantes,
El pedestal que achica á los pigmeos
Nada puede añadir á los gigantes.

(1874.)

A ENRIQUE TAMBERLICK

EN SU BENEFICIO.

Una vez más, viejo atleta
Del arte, siempre divino,
Se atraviesa en tu camino
Mi inspiracion de poeta.

—

Y de tu canto al compas
Une su canto mi lira,
Que siendo tú quien la inspira
No puede llegar á más.

—

De tu genio los albores
Distes al pueblo español,
Y él ve tambien de tu sol
Los últimos resplandores.

—

Sol que, brillando sin par,
Al ocaso se avecina,
Y más la tierra ilumina
Cuando en la sombra va á entrar.

—

Por eso el público fiel
Te aclama con voz potente,
Que eres el lazo viviente
Que existe entre el arte y él.

—

Plegue á Dios que siempre así
Os mireis en el proscenio,
Él esclavo de tu genio
Y el genio esclavo de tí.

—

Que del tiempo en el enlace
Estoy viendo, y me entristece,
Que el arte antiguo perece,
Y el arte nuevo no nace.

(1874.)

MAGDALENA.

—

No llores más; si siempre el llanto ha sido
Alivio del que gime,
Por una sola gota el ofendido
Al ofensor redime.

—

Un eterno combate es nuestra vida,
Luchar no te avergüence;
Que la gloriosa palma apetecida
No es solo del que vence.

—

¡Levántate, mujer! contempla el cielo
Y tu dolor destierra.
¿Cuál será el ave que remonte el vuelo
Sin tocar á la tierra?

(1874.)

SCHERZO.

—

A Antonio Sanchez Perez.

La quiero tanto, tanto,
Que si me hallára
Muerto ya, y una noche
Me visitára,
Y sus divinos labios
En mí posára,
Al calor de sus besos
Resucitára.

—

Y ella me corresponde
De tal manera,
Tan cruel es conmigo
Que, si pudiera,
Con la luz de sus ojos
Muerte me diera,
Aunque despues su brillo
Palideciera.

—

¡ Ay ! aunque su cariño
Fuese mentira,

Yo quisiera escucharla
  Cuando suspira:
Ser el dichoso espejo
  Donde se mira,
El aire que la envuelve
  Y el que respira.

—

Quisiera ser el arpa
  Dulce y sonora,
Que, herida por su mano,
  Palpita y llora;
El rayo de la luna
  Que la enamora;
Cuanto ella necesita,
  Cuanto ella adora.

—

Mas quiso de mi suerte
  La desventura
Que el amor que la tengo
  Fuera locura;
Y que no haya en el mundo
  Por mí amargura,
Ni hogar para nosotros
  Ni sepultura!

(1875.)

MADRIGAL.

¿Ves á la rosa, de pureza emblema?
Copia, niña inocente, de su vida
El mágico poema:
Cuando al rayo del sol se siente herida,
Abre su cáliz y su aroma exhala;
Pero su manto al extender la noche,
Como plegan las tórtolas el ala
Plega tambien su nacarado broche.

(1875.)

A QUEVEDO.

Soneto.

De las amargas olas de tu llanto
Nacieron las espumas de tu risa,
Y hoy no distingue el ánima indecisa
Lo que es en tí gemido y lo que es canto.
Ya del austero Bruto con el manto,
Ya de Marcial siguiendo la divisa
Del tiempo, que de tí se aleja aprisa,
Eres admiracion, gloria y encanto.
Bajo los dardos de tu ingenio agudos
El vicio y la maldad doblan las frentes,
Hay jueces sordos y tiranos mudos;
Que tal fué su mision entre las gentes,
Ir por la tierra con los piés desnudos
Aplastando cabezas de serpientes.

(1875.)

ELLA Y YO.

Muchos años han corrido,
Muchas memorias han muerto,
Y áun mi corazon palpita
Cuando alguna vez la veo.
Ella indiferente pasa
Con el semblante sereno,
Como estátua que abandona
Su pedestal un momento,
Y yo, bajando los ojos,
Callo, miro, dudo y tiemblo,
Como esclavo fugitivo
Que tropieza con su dueño.

(1875.)

EN LA MUERTE

DEL INSIGNE POETA GABRIEL GARCIA TASSARA.

¡Y pudiste caer! Alma templada
Del entusiasmo y del amor al fuego,
Pájaro de la selva peregrino
Que, surcando la bóveda azulada,
Para mirar al sol sin quedar ciego
Se detiene un instante en el camino.
¡Caiste, sí, caiste! Áun á la aurora
Tu dulce canto resonar oia;
Pasó no más un hora,
Y aquella voz vibrante,
Á un tiempo tan alegre y seductora,
Trocóse en voz y canto de agonía.
Así el cedro gigante
Sus ramas dobla en lánguido desmayo
De la tormenta al poderoso empuje;
No teme el huracan que en torno ruge,
Pero se humilla al rayo!

—

¡ Poeta, adios ! tu amor y tu memoria
Viven de nuestras almas al abrigo,
Y al recordar tu gloria,
Lloran tambien conmigo
Arte, poesía, religion, historia !

(1875.)

AUSENCIA.

Soneto.

¡Todo un dia sin verte, dueño amado!
¡Cuán triste va cayendo al Occidente
La moribunda luz del sol poniente
Que áun ayer contemplaba embelesado!
¡Qué marchito y desierto miro el prado
Junto á tí tan hermoso y floreciente!
¡Qué lúgubre murmura la corriente
Del bullicioso arroyo desatado!
Cuando pienso, mujer, que sólo un dia
Tanta mudanza y tal ha producido,
Siento... no siento nada, prenda mia,
Pues ¿hubiera este amor en mí nacido
Si Dios no me enseñase que podria
Triunfar con él del tiempo y del olvido?

(1875.)

EL ARROYO.

(Cancion sueca.)

A la orilla del arroyo
Está la jóven sentada
Lavando sus piececitos
En las espumas de plata.
Un pájaro que la observa
Le grita desde una rama:
«Ten, niña, mucho cuidado,
Porque si enturbias las aguas,
No verás copiado en ellas
El cielo azul que te encanta.
La hermosa vuelve hácia el ave
Los ojos llenos de lágrimas,
Miéntras responde agitando
Con sus piés la linfa clara:
«No te importe si estas ondas
Por un instante se empañan,
Que limpias y trasparentes
Pronto estarán como estaban.»
Cuando me vistes un dia,
Risueña y enamorada,

Hablando con un mancebo
Bajo el árbol donde cantas,
Bien pudiste haberle dicho:
« No enturbies, jóven, el alma
De esa niña que te escucha
Pendiente de tus palabras,
Que si hoy sobre su pureza
Vierte tu amor una mancha,
El claro azul de los cielos
No reflejará mañana!

(1875.)

TROVA.

Porque lo ves sin hojas y sin flores
Juzgas al árbol insensible y muerto...
Dale un hachazo, y brotará la savia
Que oculta tiene dentro.

—

No hay corazon para el dolor cerrado,
Ni fe que el desengaño no quebrante,
Como no puede haber profunda herida
De que no brote sangre!

(1875.)

¡CUARENTA AÑOS!

Soneto.

Á GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

¡Pasaste, juventud! Ola brillante
De luz y espuma, y perlas y colores;
Fuente de la ilusion, nido de flores,
Donde la dicha se albergó un instante.
Áun te persigue la memoria amante
Evocando recuerdos seductores,
De tu sol á los últimos fulgores,
Tanto más bello cuanto más distante.
¡Todo contigo huyó! la dulce guerra,
La suspirada paz, el loco anhelo,
El entusiasmo que en la fe se encierra...
Y quedaron la duda y el desvelo,
Un cuerpo que se inclina hácia la tierra
Y una conciencia que interroga al cielo!

(1875.)

PARA EL ALBUM

DE UNA DAMA EXTRANJERA.

En alta mar se encuentran dos navíos,
    Y el pabellon izando,
Se detienen, se miran y se alejan,
    ¡ Ay, para siempre acaso !

—

Así en el mar revuelto de la vida
    Los dos nos encontramos,
Y cambiando un saludo, proseguimos
    Tú al puerto; yo al naufragio.

(1875.)

MADRIGAL.

¿Quieres, hermosa, que en breves frases
Nuestra existencia te pinte yo?
En ese campo donde tú moras
Tiene su espejo toda ilusion.

Árbol en hojas es el deseo;
Las esperanzas, árbol en flor;
Árbol en fruto, la dicha humana,
Que da la sombra y el fruto no.

(1875.)

EN LA CORONA FÚNEBRE

DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA C. DE V.

Soneto.

¡Amó, cantó, pasó! Grato destino
Que más que compasion envidia inspira
De quien, teniendo un alma y una lira,
Para cantar y amar al mundo vino.
No sentir de los celos lo mezquino,
La hiel del ódio, el fuego de la ira;
Correr tras esa mágica mentira
Que nos borda de flores el camino...
¡Tal fué su vida! Regalado sueño,
Dulce ilusion, magnífica ventura
De un sér á quien el orbe era pequeño;
Y al remontarse á la celeste altura,
Dejando de reinar, volvió á su dueño
El cetro del ingenio y la hermosura!

(1875.)

VIDA Y MUERTE.

¡Breve llamar solemos á la vida!...
Breve, y caben en ella
Gloria, esperanza, amor, todo lo inmenso
Del cielo y de la tierra!

—

¡Dulce llamar solemos á la muerte!...
Dulce, y es quien engendra
Todo lo amargo... soledad, olvido,
Desengaño y ausencia!

(1875.)

A LA MEMORIA

DEL INMORTAL POETA BRETON DE LOS HERREROS.

No por tí, por la patria vierto llanto,
Que apurando miserias y dolores,
Ve caer uno á uno, los mejores,
Hijos que fueron su placer y encanto.
Roto en jirones el purpúreo manto,
La sien orlada de marchitas flores,
Del genio ante los últimos fulgores
Muda se inclina con terror y espanto.
¡Ay, los dioses se van! dijo un poeta,
Y gracias si en la noche del olvido
Se agita alguna vez su sombra inquieta.
Si en mi tiempo, Breton, hubiera sido,
Dijera el vate la verdad completa:
«¡Los dioses no se van, no! ¡Ya se han ido!»

(1875.)

MI NOCHE BUENA.

A Ramon de Campoamor.

Sentado ante la roja chimenea
    Y en las manos un libro,
He pasado la noche en que naciste
    Y en que nací, Dios pío!

—

Muchas recuerdo de entusiasmo loco
    Y atronador bullicio,
En que el placer, la gloria y la esperanza
    Llenaban mis sentidos.

—

Alguna pasé léjos y muy triste
    Cuando, pobre proscrito,
Uní á la voz del viento y de las olas
    Mi voz y mis suspiros.

—

Noches de gozo, de inquietud, de duelo,
    Por premio ó por castigo
Os arrastró veloz en su carrera
    Del tiempo el torbellino!

—

¡Cuán de ésta diferentes en que solo,
Del hogar al abrigo,
He contado las horas junto al lecho
De mis hermosos hijos!

—

Las caras prendas de mi amor dormian,
Y á su lado, encendidos,
Áun brillaban del tosco nacimiento
Los diminutos cirios.

—

Yo, suspendiendo á veces la lectura,
Me alzaba con sigilo,
Y al matar una luz les daba un beso
Murmurando: «¡Hijos mios!»

—

Cesaron en la calle los rumores
De cantos y de gritos,
Apagóse la roja chimenea
Y me quedé dormido.

—

Otras noches vendrán de más fortuna,
Qué incierto es el destino:
Pero ¡ay! yo no tendré ni mayor dicha
Ni sueño más tranquilo!

(1875.)

A UNA SOMBRA.

—

Viva, te amé con el delirio ardiente
De un juvenil amor;
Muchos tormentos apurar me hiciste,
Pero la duda no!

—

Muerta, en la misma tumba que te guarda
Guardé mi corazon,
Y el pesar y la duda allí anidaron;
Pero el olvido no!

(1875.)

PRIMAVERAS.

—

(Imitacion de G. Carducci.)

Á MI QUERIDO AMIGO EL CONDE DE PREMIO REAL.

I.

Se sienten los corazones
Y los nidos palpitar,
Las ortigas y las rosas
Crecen con ímpetu igual.
Enredaderas y sierpes
Se enroscan aquí y allá,
Y con himnos ó con voces
Turban la serena paz,
Los pájaros en el cielo,
Los chicos en el pinar.
Flores en la trenza llevan
Las mozas que al Prado van,
Y en los ojos llevan soles
Para que deslumbren más.
Cuanto existe y cuanto siente
Ama y germina á la par,
Y es púrpura toda nube

Y todo arroyo cristal.

. . . .

Yo tengo dentro del alma
Un bosque de abrojos ya,
Tres víboras en el pecho
Y en el cráneo un gavilan.

II.

Vén; apoya tu brazo sobre el mio;
Ántes que el brazo el corazon te dí.
Bella es la noche, trasparente el rio,
¿Y el cielo? mira; se parece á tí.

—

Todo es perfume y embriaguez y vida,
Se enredan en las flores nuestros piés;
¿Oyes cantar? del ruiseñor que anida
En tu mismo jardin la cancion es.

—

¿Dices que son hermosas las estrellas,
Clara la fuente, el prado encantador?
Áun son más claras tus pupilas bellas,
Es más encanto para mí tu amor.

—

¿Qué me importa el concierto de las aves
Y el matiz de las rosas ideal,
Si escucho de tu voz los ecos suaves,
Si contemplo tu rostro angelical?

—

Deja que entre su verde cabellera
Envuelva el árbol la rugosa sien,
Y entre la tuya rubia y hechicera

Pueda yo un punto reposar tambien.

—

No quiero ver del campo los primores
Verte á tí sola quiero, á tí no más;
Yo sé que han de volver hojas y flores,
Y sé que tú, mi amor, no volverás!

III.

¿Ya vuelves, primavera? ¡Cuántas veces
Tu hermosa aparicion
Fué para mí presagio de esperanza,
Felicidad y amor!

—

Hoy por más que su traje de colores
El prado se vistió,
Por más que el rostro pálido la aurora
Tiñe de bermellon,

—

¡Qué vieja me pareces, primavera!
¡Qué marchita la flor!
¡Qué cerrada la bóveda del cielo!
¡Qué moribundo el sol!

(1876.)

A UNA NIÑA.

Que nada encuentras me dices
Entre las obras de Dios,
Ni como el mar tan profundo,
Ni tan bello como el sol.
Hasta hace poco, bien mio,
Lo mismo pensaba yo;
Mas por obra y gracia tuya
He cambiado de opinion.
De cuanto profundo y bello
Tiene vida, forma ó voz,
Lo más bello son tus ojos,
Lo más profundo mi amor!

(1876.)

POST NUBILA.....

Vi abrirse, entre clamores, muchas tumbas
Y cerrarse más tarde en el silencio;
Mentido alguna vez, estéril siempre,
El coro de alabanzas llegó luégo.

Buen padre, buen esposo, buen amigo,
Ciudadano sin par, sublime ingenio,
Cuantos mueren lo son; en esta vida
Ni fácil es, ni necesario serlo.

Por eso yo, que de esperanzas vivo,
Con esta realidad á veces sueño,
Y soy feliz soñando, porque escucho
Lo que dirán de mí despues de muerto.

(1876.)

NIEVE Y CARBON.

Para el album de dos hermanas andaluzas.

I.

Yo sé que los que te adulan
Á la nieve te comparan,
Y sé tambien, niña bella,
Que sin quererlo te agravian.
Pobre de tí si de nieve
Te hubiese Dios dado el alma,
Para los afectos, dura;
Para los halagos, blanda.
Que ella lentamente cae,
Agosta flores y plantas,
Y siendo á la noche hielo
Él sol la convierte en agua.

II.

Tú en cambio, morena, lloras
No haber nacido más blanca,
Temiendo que juzgue el mundo
Tu corazon por tu cara.

Deja que el mundo murmure,
Ya que, esclavo de tu gracia,
De la amorosa cadena
Los eslabones arrastra.
Y cuando algun envidioso
Te atormente con sus chanzas,
Di que el carbon es más negro
Mucho más que tu tez pálida,
Y apénas se enciende, brilla;
Y apénas se toca, abrasa.

(1876.)

PENSAMIENTOS.

—

Amar para ser amado
En amor es lo vulgar.
¡Venturoso enamorado
Aquel que siempre ignorado
Ama sólo por amar!

—

¿Porque pobre me ves me compadeces?
La vanidad te ciega;
Si yo soy pobre porque nada tengo,
Más eres tú, que todo lo deseas.

—

El cuerpo tiene un verdugo
Y otro el corazon tambien.
Uno se llama la muerte,
Otro se llama el desden.

—

Serán pueriles antojos;
Pero si matar á enojos
No quieres mi pasion loca,
Haz que confirme tu boca
Lo que me han dicho tus ojos.

—

Servir á la verdad es heroismo;
Predicarla, virtud que no conviene;
Mas yo siento por ella fanatismo,
Y es porque la verdad para mí tiene
La atraccion misteriosa del abismo.

—

He de pedir que me entierren
Sentado, cuando me muera,
Porque no falte quien diga:
«¡Ya no vive, y áun espera!»

(1876.)

LA GUERRA.

Soneto.

AL PINTOR FRANCISCO SANS.

Huye la tarde; á su fulgor incierto,
Suelta la rienda sobre el pecho herido,
Cruzando va un corcel solo y perdido
El campo de batalla, ya desierto.
De sangre y lodo y de sudor cubierto,
Con ojo audaz y con atento oido,
Al césped interroga en que el gemido
Oyó hace poco del soldado muerto.
Allí se para; al aire dilatando
La entreabierta nariz, el aire aspira,
Llegan los cuervos al festin nefando,
Apaga el sol su funeraria pira,
Mueve la hierba el bruto resoplando,
Lame la frente al paladin y espira!

(1876.)

LA PAZ.

Soneto.

El sonrosado albor de la mañana
Inunda con su luz monte y pradera,
Y de amor y consuelo mensajera
Da sus ecos al aire la campana.
Rechina el trillo que la miés desgrana;
Busca el zagal su hermosa compañera,
Y la turba de pájaros parlera
De un nido al otro nido vuela ufana.
Todo es reposo y calma y armonía;
Sin que su azul empañe nube alguna
Convidando al placer despunta el dia:
Y rica de esperanza y de fortuna,
Su bendicion á Dios la madre envia
Arrodillada al lado de la cuna!

(1876.)

MORENDO.

A José de Castro y Serrano.

I.

Cuando el volcan de la vida
Hierve oculto en nuestras venas,
Y es todo sueño posible,
Y verdad toda quimera;
Cuando el amor y la gloria,
Invisibles alas bellas,
Á mundos desconocidos
Desde el polvo nos elevan,
Como la nave que altiva
La furia del mar desdeña,
Intrépidos avanzamos
Del futuro por la senda,
Con la mirada en el cielo
Y el pensamiento en la tierra.

II.

Cuando al peso de los años
Se dobla abatido el cuerpo,

Y sólo crecen abrojos
Donde las flores crecieron;
  Cuando el alma no responde
Á los gritos del deseo,
Y es toda ilusion quimera
Y toda dicha recuerdo;
Como cruza el peregrino
Las arenas del desierto,
Así vamos de la vida
Por el áspero sendero,
Con la mirada en la tierra
Y el pensamiento en el cielo!

(1876.)

¡CALLA!

—¡Nadie nos ve! los hierros de tu reja
Me servirán de escala;
En su crespon la noche nos envuelve.
—¡Sí; pero calla!

—Nadie nos oye; el aire se ha quedado
Dormido entre las ramas;
Todo es en derredor silencio y sombra.
—¡Sí; pero calla!

—Juro puestos mis labios en tus labios
Amarte con el alma;
Juro ser tuyo como tú eres mia.....
—¡Sí; pero calla!

(1876.)

EN PLENO OTOÑO.

(Imitacion de G. Carducci.)

Húmedos están los campos,
Húmedo el aire tambien,
Húmedos tus ojos negros
Donde un tiempo me miré.
La neblina de la tarde
Va comenzando á caer,
Y en remolinos las hojas
Se arrastran á nuestros piés.
Tibio el sol y amarillento,
Como á destronado Rey,
Mas de sudario le sirven
Las nubes que de dosel.
Todo tiembla ó enmudece
Como herido del desden,
Y se evaporan cual sombras
Las ilusiones de ayer.
El otoño de la tierra

Nuestro otoño tambien es,
Y cuanto respira en torno,
Bruto indócil ó ave fiel,
Todo parece nos grita:
«¡Amad por última vez!»

(1876.)

CONTRA SIETE VICIOS.....

Sonetos.

Á ANTONIO ARNAO,

EN RESPUESTA Á SUS SIETE PECADOS CAPITALES.

I.

HUMILDAD.

Envuelta en los harapos del mendigo,
Acompañando al sabio en su jornada,
Bajo el regio dosel acariciada.....
¡Donde quiera que estés, yo te bendigo!
De la vida en el mar eres abrigo
Contra los golpes de tormenta airada,
Y el guerrero á tus piés rompe la espada
Y tiembla de pavor el enemigo.
Cuando el águila audaz desata el vuelo,
Puede, rota la nube en que se mece,
Precipitada descender al suelo:
Miéntras gala del campo donde crece
La luciérnaga humilde mira el cielo
Y el polvo de sus alas resplandece!

II.

LARGUEZA.

Madre nuestra es la tierra, y nunca ha sido
Quien no imita á su madre un hijo bueno;
Todo cuanto hay en su fecundo seno
Está para nosotros prevenido.
La flor hermosa, el fruto apetecido,
El dulce manantial, el bosque ameno,
El patrio albergue de delicias lleno,
La tumba, precursora del olvido.
Avaros, ¿qué guardais? poder, riqueza,
Inquietud, ambicion!... delirios vanos!...
La vida acaba y la verdad empieza.
Dios pide amor y aplauso á los humanos,
¿Quién ama lleno el pecho de vileza?
¿Quién aplaude con oro entre las manos?

III.

CASTIDAD.

Hermana del amor y la inocencia
Al contacto del vicio se marchita,
Y el vaso donde Dios la deposita
No pierde nunca su divina esencia.
Sorda de la pasion á la demencia,
Á la voz del deber sólo palpita,
Y si luchar á veces necesita
Es luchando mayor su resistencia.
La frente que con ella se corona
Ganada tiene la celeste palma

Con que el Señor á pocos galardona.
Prenda es de dicha y símbolo de calma.
¡Triste de la mujer que la abandona
Vendiendo el cuerpo y mancillando el alma!

IV.

PACIENCIA.

Injusticia del hombre, saña horrible,
Agravios de la edad, dolor agudo,
Nada sois contra mí, tengo el escudo
Que, si no vencedor, me hace invencible.
Ira que, blasonando de temible,
Todo lo arrollas en tu choque rudo,
Contigo lucharé pobre y desnudo
Y en mí te estrellarás: soy tu imposible.
La fuerza queda y el furor concluye;
El aura que los campos vivifica
Es más que el huracan que arrasa y huye.
La fe lo dice y la razon lo explica;
No lo olvideis, con ira se destruye
Y sólo con paciencia se edifica.

V.

TEMPLANZA.

Mas que la mesa de manjares llena,
Y el vino de las odres derramado,
Placen á todo espíritu elevado
El goce honesto y la palabra amena.
De la razon que el apetito enfrena
Se burlan el demente y el malvado;

Sólo vive feliz y muere honrado
Quien en la suya manda y en la ajena.
  Nada hay que al mar en su fiereza imite;
Cuando sus olas irritado lanza
Más parece Medusa que Anfitrite;
  Pero le ponen dique y ya no avanza.
¿Cuál será el hombre que su mal no evite
Si es dique de la gula la templanza?

VI.

CARIDAD.

  En medio del fragor de la pelea
Vierte en los corazones el consuelo,
Cubre la peste la ciudad de duelo
Y ante el peligro impávida pasea.
  Del incendio al brillar la roja tea
Sofocarla ó morir busca en su anhelo,
Al débil da valor, y alza del suelo
A quien cansado y trémulo flaquea.
  ¡Sublime caridad! ¡Virtud preclara!
La huella de tu paso á Dios nos guía
Y es venturoso aquel que en tí se ampara.
  De todo eres capaz, y si algun dia
El sol que nos alumbra se apagára
La llama de tu amor lo encenderia.

VII.

DILIGENCIA.

  ¿Veis ese campo yermo é infecundo
En el que no germina ni áun maleza?

Imágen es cabal de la pereza,
Como él estéril ó funesta al mundo.
  Trabajar es vivir; desde el profundo
Volcan que alimentó naturaleza,
Hasta el gusano ruin, cuya destreza
Labra un alcázar en el lodo inmundo,
  Todo se agita, y en provecho ó daño
Del mísero mortal su fuerza mueve
Obedeciendo á su destino extraño.
  Quien esa ley á quebrantar se atreve,
Preso en las redes de su propio engaño
Al hombre usurpa lo que al hombre debe.

(1876.)

À LA MEMORIA

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Del genio en los anales que el tiempo va agrandando
Los nombres son distintos, la historia es siempre igual:
Dante en Italia; en Grecia, Homero mendigando:
Shaspir en Inglaterra; Camoes en Portugal.

—

Del porvenir rompiendo la nube trasparente,
Robando á los sepulcros las sombras del ayer,
El genio es un esclavo que Dios marcó en la frente
Con el divino sello de su inmortal poder.

—

Como el esclavo adora su libertad perdida,
Como el esclavo canta de su cadena al són,
Como el esclavo duerme soñando en otra vida,
¿Qué queda del esclavo? Su nombre y su cancion.

—

Los lauros de la guerra, los timbres de la cuna,
El generoso impulso, la adulacion servil,
Amiga algunas veces hallaron la fortuna
Que suele dar á Enero las flores del Abril.

—

Pero del genio humano constante vencedora

En esa eterna lucha que él provocó quizás,
Serán fortuna y genio cómplices de una hora;
¿ Hermanos ? ni lo fueron ni lo serán jamás.

—

¡ Cervántes ! de los siglos la admiracion inmensa
Nos hace á todos reos, y á tí de todos juez,
Que el mundo que se ufana, si en tu grandeza piensa,
Avergonzado vive de ver su pequeñez.

—

Los tiempos no han cambiado; los mismos que hoy te aclaman
Vivieron en tu siglo mofándose de tí,
Es sólo porque has muerto porque inmortal te llaman,
Y quejas de la tumba no llegan hasta aquí.

—

Mas yo no les imito; te lloro y no te alabo,
Yo sé que va la gloria del infortunio en pos,
Y doblo la rodilla delante del esclavo
En cuya humilde frente su marca puso Dios!

(1876.)

FUEGOS FATUOS.

Lo dijiste y lo sentias:
Era ya imposible amarnos,
Y ¿á qué andar con niñerías?
Recuerdo que al separarnos
Yo lloraba y tú reias.

—

Sintió mi pecho al perderte
Algo del sepulcro frio,
Y maldije de mi suerte;
Hoy, bien lo sabes, al verte
Tú lloras y yo me rio.

—

Demos por bien empleado
El llanto de hoy y el de ayer,
Porque ¡ay! á habernos amado
¡Cuánto hubiéramos llorado
Los dos á un tiempo, mujer!

(1876.)

A UNA BELLA ENEMIGA.

Sé, mujer, que me aborreces,
Y aunque la causa me ocultes,
Ni que la digas espero,
Ni esperes que la pregunte.
Tener razon aseguras,
Y no seré yo quien dude,
Por más que el Señor me libre
De jueces que airados juzguen.
No te pago en tu moneda
Que aborrecer nunca supe,
Ni encuentro palabra amarga
Dicha por tu labio dulce;
Y si tu presencia esquivo
Como quien teme ó quien huye,
Si te juro que á mi lado
No habrá quien de tí murmure,
Es que hoy como nunca admiro
Tu hermosura y tus virtudes,
Que encuentro, cual nunca bellos
Tus grandes ojos azules,
Y que del abismo al borde
Los más serenos se aturden.

Pues el libro de la ciencia,
Que te aconsejo no estudies,
Me ha enseñado, entre otras cosas,
Que los átomos se funden,
Y el amor nace del ódio
Como el rayo de la nube.

(1876.)

MUERTOS QUE VIVEN.

(Imitacion de G. Carducci.)

Bajo una acacia florida,
De Mayo al naciente sol,
Por no guardarlo en el alma,
Enterrar quise mi amor.
Todas las aves del bosque
Cantaron en la funcion,
Y entre violetas y rosas
Digna sepultura halló.
Mi labio dijo el responso
Con melancólica voz,
Y pronto puso la tierra
Un abismo entre los dos.

—

Mas ¡ay! la tumba y la cuna
Hermanas gemelas son,
Y mi amor, planta maldita,
Al verse en tierra creció.
Se atraviesa en mi camino
Por donde quiera que voy,
Y me lo finge la estrella,

Y me lo copia la flor.
 Sueño, quimera ó fantasma
Giro de su huella en pos,
Y parece que me acusa
Cuando me pide perdon.

—

 Abierto el sepulcro tiene,
Cerrado lo quiero yo,
Y no faltará al entierro
Ni cura ni facistol.
 Tu pecho, mujer traidora,
Será la tumba mejor,
El sacerdote mi olvido,
Y mi llanto la oracion.

(1876.)

¿......?

Á RAMON RODRIGUEZ CORREA.

¡El triunfo es del hombre!
Vencido en la lucha,
Ya el fiero destino
Cede y capitula.
La ciencia le dice
Sus palabras últimas,
El genio le anima,
La razon le alumbra.
La inerte materia
Como esclava suya,
Sus leyes acata,
Sus planes secunda;
Y el sol le obedece
Y el aire le empuja,
Y el rayo le sigue,
Y el mar le columpia.
Su voz dilatada
Por simas y alturas,
De un polo á otro polo
Los orbes escuchan;

Y abriendo á la tierra
Sus venas ocultas,
Tirano la explota
Y amigo la ilustra.
Él todo lo sabe,
Pues todo lo estudia,
La sombra y el astro,
La flor y la oruga;
Cuanto del futuro
Se envuelve en la bruma,
Cuanto es de los siglos
Herencia confusa;
Solamente calla
Cuando se pregunta:
«¡Lo que harán los muertos
Dentro de sus tumbas!»

—

Yo tambien de niño
Soñé en la ventura,
Y envidié del hombre
La mision augusta.
Alzar al que cae,
Vencer del que duda,
Abrir al progreso
La sangrienta ruta,
Y hacer para todos
La tierra fecunda:
¿Dónde hay mayor dicha
Ni mejor fortuna?
Más tarde, en las horas
De fiebre y angustia,
Que el anhelo crea

Y el orgullo abulta;
Vislumbré la gloria
Y corrí en su busca,
Abrojos pisando
De acerada punta.
En cálices de oro
Bebí la amargura,
Del rencor aleve
Desprecié la furia,
Y ni éxito indigno,
Ni sentencia injusta,
Defendió mi lengua
Ó aplaudió mi pluma.
Hoy que no hay teoría
Por grande ó absurda,
Que yo no escudriñe,
Comprenda, ó discuta,
Tan sólo un problema
Mi razon ofusca;
Que á saber no alcanzo,
Y el saber me apura,
¡Lo que harán los muertos
Dentro de sus tumbas!

(1876.)

CANTARES.

—

En el viaje de la vida
Van los ricos á caballo;
Los caballeros á pié,
Y los pobres arrastrando.

—

Tu amor es, vida mia,
Agua de nieve,
Que cuanto más se enfria
Mejor se bebe.

—

Cielos y mundos podria
Mi corazon contener;
¡Cómo serán mis dolores
Cuando no caben en él!

—

De los niños y los viejos
Todo con calma lo sufro,
Porque he sido lo primero
Y espero ser lo segundo.

—

Tengo los ojos puestos
En una cara,

Y al espejo me asomo
Para mirarla.

—

La vida es una cadena
Que, segun cambia de manos,
Es en unas oro y flores,
Y en otras hierro y esparto.

—

Son tus amores, niña,
Molino de agua;
Rueda, alboroto, espuma,
Nada les falta.

—

En cambio son los mios
Agua de noria,
Luz, frescura, corriente,
Todo les sobra.

—

Una mujer y una gata
Domestico yo á la vez;
Los arañazos que tengo
Todos son de la mujer.

(1877.)

LA NUBE.

Soneto.

Á UNA MUJER.

¿La ves? ¡Cuán orgullosa avanza y crece,
Y cómo el negro pabellon de duelo
Clava audaz en la bóveda del cielo,
Que medroso al mirarla se oscurece!
El rudo viento que sus orlas mece
No consigue rasgar su denso velo,
Y al mismo sol eclipsará en su anhelo,
Ante el cual se disipa y desvanece.
Cielo tu corazon juzgué yo un dia,
De su brillante azul envidia tuve,
Y su serena calma me atraia.
Hoy el rubor á mi mejilla sube,
Que son en lo que cielo yo creia
¡Quimera el sol, y realidad la nube!

(1877.)

DESALIENTO.

¡Dolor, qué bien me conoces!
No soberbio y cara á cara
Diriges contra mi pecho
Tus flechas envenenadas.
Una tras otra mi mano
Fuera capaz de arrancarlas,
En el labio la sonrisa
Y en el corazon la calma.
Muerto en vida me quisiste,
Y has matado mi esperanza,
No con tósigos mortales,
Sí con bebidas amargas.
Vencedor yo me creia
Del ódio y de la falacia,
Y el desengaño y la duda
Me rinden y me maltratan.
Lo que no logró el deseo,
Huésped que eché de mi casa,
El capricho lo pretende
Y la abnegacion lo alcanza,
Sin que un momento mi dicha
Dejen brillar limpia y clara
Las nubes de lo pasado

Flotando siempre en el alma.
¡ Dolor, qué bien me conoces !
Tú ganarás la batalla,
Que siempre contigo en lucha,
Si bien con distintas armas,
Pobre actor de esa comedia
Llamada la vida humana,
¡ De tanto como he reido
Me están ahogando las lágrimas!

(1877.)

OYENDO UN RELOJ.

Soneto.

— ¿Qué me quieres decir? ¿Por qué en mi oido
Vibrando con sonora campanada,
Ya remedas alegre carcajada,
Ya finges melancólico gemido?
¿Lloras acaso el tiempo que he perdido
Corriendo tras la gloria suspirada,
Ó es que al mirarme al borde de la nada
Á risa te provoca mi descuido?
¡Autómata infeliz, sigue adelante!
Naciste esclavo, y de tu suerte impía
Llevas la marca impresa en el semblante:
Y ¿quién de verte libre gozaria,
Si al placer arrebatas el instante
Y das la eternidad á la agonía?

(1877.)

HATIM.

—

Oriental.

Á VENTURA RUIZ AGUILERA.

I.

Yo soy Hatim, el moro; mi tribu me respeta,
Porque por ella lidio desde mi tierna edad,
Y al lauro de guerrero me añade el de poeta,
Bebiendo en mis cantares amor y libertad.

—

Soy pobre, y nada pido; fuí rico, y lo dí todo;
Dispuse de mis bienes, cual único señor;
De la fortuna esclavo á ser no me acomodo,
Ni á nadie negué nunca mi amparo y mi favor.

—

Un dia en la batalla, con entusiasmo ardiente,
Vi huyendo á un enemigo, y á sus alcances fuí;
Él iba desarmado; paróse de repente,
«Hatim, dame tu lanza», me dijo, y se la dí.

—

Cuando la tierra guarde mi cuerpo ya deshecho,
Cuando volando el alma camine hácia su Eden,

¿Podrá privarme alguno del bien que yo haya hecho?
¿Puede do no se siembra fructificar el bien?

II.

Recuerdo que una tarde, tras fúnebre jornada,
Del Yémen las arenas logré pisar al fin,
Y un pobre prisionero, con voz acongojada,
«Piedad», gritó á mi lado, «ved mi miseria, Hatim.»

—

«Nada que darte traigo», le dije compasivo,
Pero mis tres camellos de mí vienen en pos;
Aquí para esperarlos me quedaré cautivo,
Y precio de rescate serán para los dos.»

—

Yo sé que está mi tribu exánime y hambrienta.
—Giulab! de un solo golpe degüella mi corcel,
Y miéntras todos comen de su racion sangrienta
Me ocultaré de todos para llorar por él!

. . . .

Giulab cumplió el encargo; la desmayada gente
Del generoso bruto los restos devoró,
Y Hatim, solo en su tienda, mirando hácia el Oriente,
Sobre su piel de tigre dormido se quedó.

(1877.)

REMEMBRANZA.

Soneto.

—¡Tuya ó de Dios! Con infantil denuedo
De hito en hito mirándome decia:
—Mia, prenda del alma, siempre mia!
Le contestaba yo casi con miedo.
El viento que murmura triste y ledo
De su voz me repite la armonía;
Ella ya no está aquí; Dios la queria,
Y ni llorar mi desventura puedo.
Viva, del tiempo la inflexible mano
Desvanecido hubiera poco á poco
Aquel amor que guardo en mi memoria;
Muerta, la tierra me la oculta en vano,
Y áun con mis labios trémulos la toco
Cuando penetro en sueños en la gloria.

(1877.)

A JORGE RONCONI

despues de oirle cantar en familia, y por última vez en su vida, el aria de MARÍA DE ROHAN.

Como el del cisne es tu canto;
Por eso, Jorge, al oirte,
Tras el placer de aplaudirte
Viene á mis ojos el llanto.

—

Y no es que llore al amigo
Que nunca dejé de amar;
Lloro, Ronconi, al pensar
Que el arte muere contigo.

—

Lloro al recordar los dias
De aquella edad, ya pasada,
Que hizo templo tu morada
De todas las alegrías.

—

Sol era tu inspiracion,
Que alumbraba desde léjos,
Y hoy, al mirar sus reflejos,
Pena siente el corazon;

—

Pues vamos ya de partida
Cada cual con una historia;
Tú al ocaso de la gloria,
Nosotros al de la vida.

—

Otros artistas vendrán
Del público á ser encanto;
Mas los que oyeron tu canto
Siempre te recordarán.

—

Yo mi fortuna bendigo,
Que, á contar desde aquel dia,
Arte, fe, verdad, poesía,
Tienen en mi pecho abrigo.

—

No cubras, pues, tus trofeos,
Ni el caer te dé afliccion;
¡Lo mismo cayó Sanson...
Con todos sus filisteos!

(1877.)

LA PRIMAVERA.

Boceto de un poema.

PRELUDIO.

Ya mar y tierra y viento,
El himno cantan que al empíreo sube;
Ya el prado, ayer sediento,
Recoge el llanto que le da la nube.

—

Del tronco carcomido
Se columpia la verde enredadera,
Y llama desde el nido
Á la tórtola fiel su compañera.

—

Rumor de onda sonora
En el aire y el bosque se percibe,
Y al beso de la aurora
Todo se anima y se despierta y vive.

—

Salve, estacion amada
Por Dios, y por los hombres bendecida,
Madre siempre esperada
Que de sus pobres hijos no se olvida.

—

Aun de tu sol el rayo
De mi pecho en el fondo reverbera;
¡Crepúsculos de Mayo,
Alegrad mi cansada primavera!

CORO DE INTRODUCCION.

Nosotras somos el alegre coro
De esa deidad que el tiempo llama Abril,
Y preso el mundo en nuestras redes de oro
Ve deslizarse el sueño juvenil.

—

Dicha, amor, esperanza, poësía,
Todo en nosotras vinculado está;
Alba de la creacion fué nuestro dia,
Su noche á nuestra noche seguirá.

—

Con Grecia amanecimos á la historia,
De Colon y Cortés fuimos en pos;
Los opresores nos llamaban gloria,
Los oprimidos nos llamaron Dios.

—

Del arte y de la ciencia mensajeras,
Los hicimos brotar ó renacer,
Y fueron del ingenio primaveras
Newton, Murillo, Dante, Gutenberg.

—

Hoy, respondiendo al eco de tu lira,
Juntas llegamos en tropel aquí;
¿Cuál de nosotras es la que te inspira?
Dínoslo ya. Y el vate dijo así:

LA PRIMAVERA DEL AMOR.

Un alma está dormida;
De pronto un movimiento,
Una explosion oculta
De dulce sentimiento,
La voz jamas oida
De algun soñado sér;
Rompiendo su letargo
La llevan en sus alas
De espacios infinitos
Por las abiertas salas
Entre dolor amargo
Y celestial placer.

Así en la mente brota
El fuego de la idea;
De la materia surge
La voluntad que crea,
Y el hombre, eterno ilota,
Se iguala á su Hacedor:
Cuando en la opaca bruma
De la naciente vida
Contempla con el gozo
De la ilusion cumplida
Formarse de la espuma
La Vénus del amor.

—

¡ Amor ! Grito primero
De todo humano idíoma;
Flotando sobre el cáos

Como celeste aroma,
El universo entero
Postróse ante tu altar.
Y del Eden fecundo,
Perdidos los verjeles,
Cual irritado atleta
Ganoso de laureles,
En otro Eden el mundo
Viniste á trasformar.

—

Por tí vistió natura
Sus galas más hermosas,
Por tí la vírgen tierra
Se coronó de rosas,
Y de la fuente pura
Fué música el rumor.
Por tí crece en el lodo
Contento el vil gusano,
El tronco, ayer marchito,
Retoña más lozano;
¡Por tí germina todo,
Atomo, fruto, flor!

—

¡Bendita Primavera,
Símbolo de la infancia!
¡Dichoso aquel que aspira
Tu mágica fragancia,
Y por la vez primera
De amor cede el poder!
¡Que cuando sopla airado
De Invierno el cierzo rudo,
Mejor el árbol troncha

Que sólo está y desnudo
Que el que miró á su lado
Sus vástagos crecer!

PRIMAVERAS PASADAS.

Jardines del Buen Retiro,
De Madrid rico verjel,
¡Cuántas Primaveras visteis
Sobre vosotros correr!

¡Cuántas damas y galanes,
Llenos de amor y de fe,
En vuestras amenas frondas
Oyeron con avidez
Los halagos del cariño
Y las quejas del desden!

Aun, cuando al morir la tarde
Palidece el astro rey,
Ó la brisa matutina
Columpia el alto cipres,
No hay arbusto que no tome
La forma de una mujer,
Ni ruido que no murmure
¡Laura, Julieta, Isabel!...

Allí de Lope y Quevedo
Sigue las huellas el pié,
De la córte de Felipe
Se admira la esplendidez,
Y el llanto asoma á los ojos

De cuantos quisieron bien,
Del noble Villamediana
Recordando el fin cruel.

¡Pobre poeta! Hasta el cielo
Pudo atrevido ascender,
Y el rayo que allí se forja
Diadema de su amor fué.

Por eso los cortesanos
Le llamaron descortés,
Que donde el capricho impera
La adulacion es de ley.

—

Jardines del buen Retiro,
¡Que de historias escondeis!

Tambien era Primavera,
Y mes de Mayo tambien,
Cuando haciendo vuestras flores
Alfombra de su corcel,
Un invasor atrevido
Humilló nuestra altivez.

Vosotros testigos fuisteis
De la saña del frances,
Y áun en triste montecillo
Alzada la cruz se ve
Á cuya sombra los mártires
Duermen el sueño postrer.

Bordado está de amapolas

Todo el montecillo aquel,
¡Del cadáver de la patria
Gotas de sangre tal vez!

PRIMAVERAS PRESENTES.

Son las seis de la mañana,
Y á dar al cuerpo respiro
Y á sacudir la galbana
Dirígese hácia el Retiro
La multitud cortesana.

—

Cuantos enfermos están
A los pilones se van
Con el vaso preparado,
Buscando gente el casado,
Huyendo de ella el galan.

—

Al estanque en que se alegra
Va la pobre suripanta
De suerte y mantilla negra,
Y los maridos con suegra
Al baño de la Elefanta.

—

Del Parque toma el sendero
El que de Alcázar ó Quero
Llegó con mujer y chicos,
Y en la jaula de los micos
Parece el mico primero.

—

Al sueño suele llamar,
Haciendo que aprende historia

Más de un fingido escolar,
Sentado junto á una noria
De que debiera tirar.

—

Miéntras de un peral al pié
Disputan Pedro y José,
Ya de la furia en el colmo,
Sobre cuál la tierra fué
Donde dió peras el olmo.

—

Todo es rumor y alegría
En aquel recinto ameno,
Todo luz, todo armonía
Bajo su cielo sereno
Y entre la enramada umbría.

—

El aura fresca y sutil
Con flores y plantas juega,
Y la turba juvenil,
Gozando tambien su Abril,
Juega á la gallina ciega.

—

Aquí cien niñas gozosas
Juntan en corro las manos,
Crisálidas vaporosas,
Que dejan de ser gusanos
Y van á ser mariposas.

—

Más allá Concha y Camila
Ocultas en el Parterre,
Comentan con faz tranquila
El billetito de un lila

Que escribe virtud sin *r*.

—

Y en revuelta confusion
Halla el cuerpo retozon,
Libre de penas y enojos,
Encanto para los ojos,
Placer para el corazon.

—

Regalada Primavera,
¡Quién el secreto tuviera
De tu espíritu fecundo,
Que anima y que regenera
Todos los años el mundo!

—

¡Quién por mágico poder
Eterna lográra hacer
En dulce inefable calma
La primavera del alma
Que huyó para no volver!

—

¡Y viviendo de esta suerte,
Pudiera en batalla ruda
Triunfar animoso y fuerte
Del Otoño, que es la duda,
y el Invierno, que es la muerte!

LO QUE DICEN LAS HOJAS.

Moviendo su penacho
Dice la palma:

«Del vencedor soy premio,
Del mártir gala.

—Yo, murmura la rosa,
Soy la fragancia;
—Y yo, prorumpe el sauce,
Dolor que mata.
—Soy fuerza, grita el roble;
—Yo, el laurel, fama;
—Yo soy virtud, la encina
Dice en voz baja.»

Así al cielo y al aire
Las hojas hablan
Cuando aquél resplandece
Y éste se apaga:
Y sonrien los pinos
Á las acacias,
Y lloran las adelfas
Enamoradas,
Y se buscan las vides
Y se entrelazan.

Sólo el cipres oscuro
Suspira y calla,
Pareciendo en la noche
Negro fantasma,
Que de volar cansado
Plegó las alas,
Ó bien en la llanura
Triste atalaya,
Enseñando el camino
De su morada
A las que al cielo aspiran
Cándidas almas.

Por eso de las tumbas
La puerta guarda,
Y cuando el suelo cubre
Manto de escarcha
Su copa al aire mece
Siempre lozana.

LO QUE DICE EL RUISEÑOR.

Cruce el águila caudal
La vaga region del viento,
Y escalando el firmamento
Conquiste gloria inmortal.

En tanto yo de un rosal
Ménos alto que florido,
Colgaré mi alegre nido,
Y de las aves al coro
Uniré el canto sonoro
Ni ensayado ni aprendido.

—

Cantor de la Primavera
La suerte me quiso hacer,
Y me escucha con placer
La naturaleza entera.

Más de una vez la pradera
Contemplé de sangre roja,
Y entre la mortal congoja
Y el incendio aterrador,
Iba mi canto de amor
Resonando de hoja en hoja.

—

Pöetas y ruiseñores
Del mismo soplo nacimos,
Y en el mundo en que vivimos
No hay más que música y flores.

En vano con sus rigores
Nos brinda fortuna inquieta,
Que miéntras guarde el planeta
Luz, Primavera y amor,
Al canto del ruiseñor
Responderá el del poeta.

LO QUE DICE EL POETA.

Soneto.

¡Ensueños de ambicion, dicha engañosa,
Como todas las nubes pasajera!
¡Con qué placer al fin de mi carrera
Os doy mi despedida cariñosa!
Ya no codicia más el alma ansiosa
Que la verdad y el bien buscó sincera,
Que dormirse á tu arrullo, Primavera,
Y entre flores hallar oculta fosa.
Sobre ella trine el ruiseñor canoro;
La tenue luz del espirante dia
Baje á envolverla en sus crespones de oro.
¡No cantará ya el vate cual solia!...
Pero ¡silencio! Contened el lloro...
¡Acaso esté soñando todavía!

(1877.)

BALADA.

De la puerta de mi pecho
Ha sonado el aldabon;
¿Quién es el que llama?
—La Fortuna soy.
—¡Nunca fuí tu amigo,
Perdona por Dios!

—

Otro aldabazo á la puerta
Me parece que sonó.
—¿Quién eres?—La Gloria,
Que sigue al Favor.
—No tengo en mi casa
Lugar para dos.

—

Otra vez... ¡eh! no tan fuerte,
Que me duele el corazon.
—¿Quién llama?—La Envidia.
—¿No te has muerto.—No.
—Pues pasa de largo,
Que en casa no estoy.

—

Bien repica el condenado,
Y bien levanta la voz.
—¿Quién va?—La Nobleza
Más limpia que el sol.
—Abuela, no turbe
La paz del meson.

—

Este que toca quedito
En cuidado me metió.
—¿Quién es el viajero?
—Me llamo el Amor.
—¡Hijo de mi vida,
Bendígate Dios,
Entra y nunca dejes
Esta habitacion!

A MADAME.....

En el mar nos encontramos
Y en el mar nos comprendimos;
Recia borrasca corrimos,
Y uno por otro temblamos.

«Nunca te podré olvidar»,
Me gritaban tus acentos
Entre el rumor de los vientos
Y las olas al chocar.

Y al ver la tierra cercana
Que anhelábamos los dos,
En vez de decirme: «Adios»,
Me dijiste: «Hasta mañana.»

Hoy, mujer, te vuelvo á hallar;
Tus hijas ya son amables;
Cuando de abismos las hables,
¡No las hables de la mar!

EN EL ALBUM DE BODA

DE MI AMIGO F. R. R.

¿Te acuerdas, querido Paco?
Es ya la fecha remota,
Y áun para alegrar mis penas
La conservo en la memoria.
Noches de paz y de olvido
En que en plática sabrosa
Jugábamos del futuro
Con las impalpables sombras,
Dando á los sueños del alma
Color y espíritu y forma.
De la patria los dolores,
Del destino las zozobras,
Del corazon los anhelos,
Todo cuanto gota á gota
Van filtrando en nuestra vida
El entusiasmo y la gloria,
En nosotros rebosaba
Como en cristalina copa
Rebosa el néctar divino
Que á otro mundo nos trasporta.

La noche con sus misterios,
Con sus promesas la aurora,
El arte con sus encantos,
El mundo con sus lisonjas,
De un más allá nos hablaban
Con voz tan íntima y honda,
Que sin llegar al oido
Dejaba la mente absorta.
Hoy, que ya son realidades
Aquellas visiones locas;
Hoy, que del mar de la suerte
Nos arrebatan las olas,
Que á mí, náufrago infelice
Me han arrojado á la costa,
Y á tí te llevan al puerto
Navegando siempre en popa,
Siento, amigo, que tu dicha
Es como mi dicha propia,
Porque á su calor reviven
Las dulces pasadas horas.
¡Que Dios te las dé tan gratas
Como lo fueron las otras,
Haciendo así duradera
Tu juventud venturosa!
Y cuando dentro de poco
Puedas mirarte en tus obras,
Cuando el amor de los hijos
Que al par consuela y agobia,
Dibuje en tus horizontes
Magníficas aureolas,
Vuelve al pasado la vista,
Y como ofrenda piadosa,

El tributo del recuerdo
Ofrece en sus aras rotas.

—

Posdata. Sé que es costumbre
Hacer regalos de boda;
Recibe... un abrazo, y ponme
A los piés de tu señora.

DESEOS.

Tú eres el ave de plumaje de oro
Que, las huellas siguiendo del condor,
Buscas el nido en las altivas cumbres
Que á menudo conmueve el aquilon.

—

Yo soy como esos pájaros errantes
Que se nutren del céfiro y del sol,
Y cualquier nido me parece bueno
Si hallo en él calma, libertad y amor.

(1877.)

EL CARACOL.

Fábula, traducida de Arnauld.

Sin amigos, sin familia,
Apegado á su mansion,
Donde intranquilo se esconde
Al más ligero rumor;
Idólatra de sí mismo,
Pues solo siempre se vió,
Y hasta le da pesadumbre
Que otro disfrute del sol;
Manchando con sucia baba
Todo cuanto deja en pos,
Y por el tallo royendo
La rosa que ve mejor,
Así viven y así mueren,
Sin dar á nadie afliccion,
En la tierra el egoista
Y en su concha el caracol.

INFORME.

Á UN AMIGO QUE PENSANDO EN CASARSE, ME PIDIÓ MI OPINION RESPECTO DE LAS MUJERES.

Soneto.

Es la mujer prision en que nacemos,
Y á que desde el nacer nos condenamos;
Unos por penitencia la buscamos,
Otros por galardon la merecemos.
Abismo en que los débiles caemos,
Puerto donde los fuertes nos salvamos,
Ídolo que de tierra fabricamos
Y luégo en oro convertir queremos.
Ella del cielo del amor es luna,
Inspira las letrillas y las odas,
Sirve al capricho y manda en la fortuna;
¿Dices que á ser del gremio te acomodas?
Piénsalo bien, decídete por una...
Verás como despues te gustan todas.

EN UN BAILE.

Pues conocerte he logrado,
Máscara, no hagas el bú;
De ingratitud me has hablado,
Y yo jamas he tratado
Con otra ingrata que tú.

—

¿Que me olvidó una mujer
Me vienes á recordar?...
Aplaudo su proceder,
Que hay quien goza en olvidar
Como hay quien goza en querer.

—

Baste, pues, de diversion,
Y de tus gracias avara
No te muestres sin razon,
¿A qué taparte la cara,
Si te he visto el corazon?

A MI AMIGA C. A. DE LA J.

CON OCASION DE SU ENLACE.

Que vas á casarte sé,
Y te juro por mi fe
Que, acordándome de tí,
Un gran placer recibí
Cuando la nueva escuché.

—

A consolar toda pena
Bajan del mundo á la arena
Los ángeles como tú,
¡ Bien haya el alma chilena
Do va la miel del Perú!

—

Es costumbre inveterada
Que á toda recien casada
Un regalillo hay que hacer,
Y yo, que no tengo nada
Bueno que dar ni ofrecer,

—

Deshojadas, como mias,
Sin aroma y sin colores
Que perdieron hace dias,
Pensé mandarte unas flores,

Y te mando esas poesías.

—

Mustias y pálidas son,
Mas crecieron sin abrojos
Dentro de mi corazon,
Y acaso al sol de tus ojos
Cobráran animacion.

—

Eres bella, y la ventura
En su alcázar ideal
Te dará entrada segura,
Que libran de todo mal
La virtud y la hermosura.

—

De tu esposo en el anhelo
Hallarás cuanto te cuadre,
Y completarán tu cielo
La ternura de tu madre
Y el cariño de tu abuelo.

—

Del bien y la dicha en pos
Id, pues, benditos de Dios,
Que es muy corta la jornada,
Y no hay cadena pesada
Cuando se lleva entre dos.

—

Yo en tanto me quedo aquí
Pidiendo, en ruegos prolijos,
Que, cual me sucede á mí,
Logres, cuando tengas hijos,
Que se parezcan á tí.

CREPÚSCULOS.

¡Pasado! ¡Porvenir! ¡Glorias de un dia!
¿Qué sois para el recuerdo y la esperanza?
Astro que áun sin brillar nos da alegría,
Fiero torrente que implacable avanza.

—

Sentado de la vida en el lindero
Entre esos dos crepúsculos me abismo,
Y por lo que he perdido y lo que espero
Siento el mismo dolor y el afan mismo.

—

En calma evoco de la edad pasada
La fácil dicha y el anhelo ardiente,
Velando al par con ávida mirada
El sueño de mis hijos inocente.

—

¡Ay, cómo place recordar las olas,
El negro escollo y el destino incierto,
Cuando al rumor de alegres barcarolas
Llega la nave al suspirado puerto!

—

De mi hogar en el fondo dibujadas
Os miro aparecer, sombras queridas;

¡Si del pasado sois, sed bien halladas!
¡Si sois del porvenir, sed bien venidas!

—

Jamas alzasteis, ni alzará ninguna,
Voz contra mí de enojo ni de agravio,
Que al torpe vicio y á la ruin fortuna
Cerrados tuve corazon y labio.

—

Por eso á lo que fué miro tranquilo,
Y lo que habrá de ser medito en calma;
No quedará desierta y sin asilo
Del frágil cuerpo al desprenderse el alma!

—

¡Pasado! ¡Porvenir! sin fe ni encono
Doy á la juventud mi adios doliente.
¡Quimera de la vida, te abandono!
¡Eternidad, estamos frente á frente!

(1877.)

ÍNDICE.

PROSA.

VERSOS.

FIN DEL ÍNDICE.





